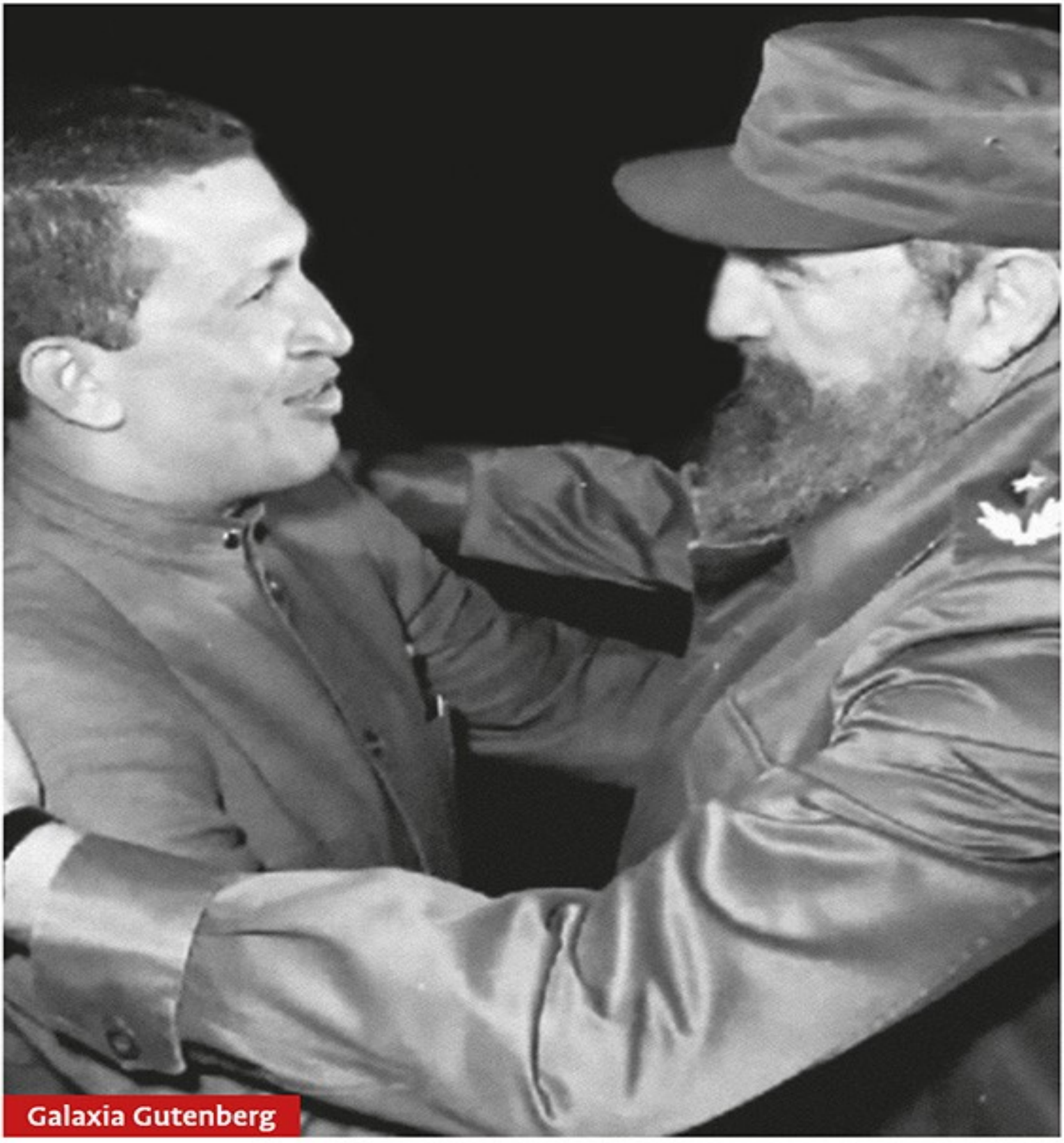
Jaime Bayly

Los golpistas



Galaxia Gutenberg



© Julia Juncadella

Jaime Bayly

(Lima, 1965) ha publicado las novelas *No se lo digas a nadie*, *La noche es virgen*, *Yo amo a mi mami*, *Los amigos que perdí*, *La mujer de mi hermano*, *El huracán lleva tu nombre*, *El canalla sentimental*, *Morirás mañana*, *La lluvia del tiempo* y *El niño terrible y la escritora maldita*, entre otras. Galaxia Gutenberg publicó en 2023 su obra *Los genios*.

Tres años después de jurar como presidente de Venezuela, Hugo Chávez es depuesto por un golpe militar, acusado de querer implantar una dictadura comunista. Tras arrestarlo y exigirle que firme una renuncia que Chávez se niega a convalidar, los espadones no saben qué hacer con el presidente derrocado y tampoco quién debe asumir el mando en su lugar. Los generales venezolanos discuten si deben matar a Chávez acusándolo de traidor a la patria, o despacharlo en un vuelo a La Habana, o someterlo a un juicio sumario y encarcelarlo de por vida. Entretanto, un gobierno provisional, liderado por empresarios prominentes y bendecido por los jefes de la Iglesia católica, se juramenta atropelladamente, disolviendo todos los poderes públicos.

En medio del caos y la confusión, el dictador cubano Fidel Castro usa el teléfono para insultar, amenazar e intimidar a los golpistas y para decirle a su amigo Chávez que no se quite la vida ni se deje matar y que escape a Cuba. ¿Por qué los confabulados no llegaron a asesinar a Chávez? ¿Por qué no despegó el avión que debía llevarlo a La Habana? ¿Cómo el presidente emboscado salvó la vida no una sino varias veces?

Los golpistas, la novela más insolente y deslumbrante de Jaime Bayly, recrea con formidables bríos narrativos los tres días turbulentos en que Hugo Chávez perdió el poder, en uno de los golpes militares más absurdos, insólitos y esperpénticos en la historia latinoamericana. Y denuncia con lucidez e ironía los entresijos del poder militar, económico, religioso y político que sustentan algunos regímenes.

JAIME BAYLY

Los golpistas

Galaxia Gutenberg

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: enero de 2026

© Jaime Bayly, 2026
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2026
Imagen de portada:
© Adalberto Roque / AFP vía Getty Images

Conversión a formato digital: Maria Garcia
ISBN: 979-13-88019-15-9

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

A Doris Mary Letts, que me dio la cruz y el oro,
y a Joan Tarrida, que a lo lejos oyó mi voz.

Abril, 2002

–¡Firme su renuncia ahora mismo! –le gritó el general Efraín Velásquez, comandante general del Ejército, al presidente venezolano Hugo Chávez.

Sentado en el despacho presidencial del palacio de Miraflores, vestido con uniforme militar a pesar de que ya había pasado al retiro, Chávez, quien llevaba poco más de tres años ejerciendo la presidencia de la nación, desafió al general insubordinado mirándolo a los ojos, se arrepintió de haber confiado en él, desenfundó la pistola calibre nueve milímetros que llevaba en la cintura, la puso sobre la mesa, apuntando a Velásquez, y respondió, levantando la voz:

–¡No firmo nada, carajo! ¡No renuncio ni renunciaré! ¡Soy el presidente constitucional de este país!

Luego bebió agua, encendió un cigarrillo y buscó consuelo en la añosa mirada de José Vicente Rangel, su ministro de Defensa, quien, sentado a su lado, le dijo, alisándose un bigote recio en canas:

–No firmes nada, Hugo. Si no firmas, es un golpe de Estado.

–¡No es un golpe de Estado! –rugió el general Velásquez, poniéndose de pie.

Era gordo, sorprendentemente obeso para ser un general de división en actividad. Tenía la cara rechoncha, el hocico prominente, el morro abultado y un adefesio de pelusa sobre el labio superior. Miraba como miraría un jabalí ante el peligro. A su lado, se apandillaban dos altos jefes militares: el general Manuel Rosado, todavía más gordo que el amotinado Velásquez, tan gordo que su rostro parecía un globo y su cuerpo embutido en el uniforme daba la impresión de estar a punto de reventar, y el general Lucas Rondón, de pelo negro y anteojos de intelectual, quienes, comandados por

Velásquez, el jefe de la conspiración, habían llegado al palacio de Miraflores en un corto vuelo en helicóptero desde Fuerte Tiuna.

–¡No es una traición! –prosiguió, todavía de pie, golpeando la mesa, agitando sus mofletes, el general Velásquez–. ¡Es una posición de solidaridad con el pueblo venezolano! –bramó, y los generales sentados a su lado asintieron, moviendo dócilmente la cabeza.

El general Velásquez estaba indignado con el presidente Chávez. Se sentía humillado, desairado por el jefe del Estado. Chávez le había pedido que sacara los tanques a la calle para reprimir una marcha pacífica de los opositores, quienes deseaban llegar al palacio de Miraflores, hartos de sus exabruptos autoritarios, para forzar su renuncia. Pero Velásquez se había negado a obedecerlo y dispuso que la marcha no se detuviera. Acorralado, temeroso de que la multitud llegase hasta su despacho y lo linchase o quemase vivo, como él sabía que a veces morían los déspotas, Chávez había dado instrucciones para que sus brigadas paramilitares se apostaran en los techos de los edificios vecinos al recorrido y, desde allí, los francotiradores más avezados disparasen contra la multitud, en particular contra la vanguardia de aquella algarada. Al ver por televisión que el presidente Chávez había ordenado a sus francotiradores que disparasen a los opositores que se dirigían a la casa de gobierno, el general Velásquez y los jefes de la Armada, la Guardia Nacional y la Aviación decidieron, ardiendo en furia, sintiéndose traicionados, que Chávez, el felón, debía caer, que Chávez, el pérfido, debía ser desalojado del poder, que Chávez, el golpista, debía ser depuesto mediante un golpe de las fuerzas armadas.

–¡Le fui leal hasta hoy, señor presidente! –gritó el general Velásquez, temeroso de que Chávez cogiese la pistola y se disparase un tiro en la cabeza–. ¡Le he perdido el respeto, señor! ¡Ni mis compañeros de armas ni yo toleramos las violaciones a los derechos humanos ni los crímenes que su gobierno ha cometido hoy, atacando a una marcha pacífica y matando a personas inocentes!

De pronto se puso de pie el general Lucas Rondón, miró fríamente al presidente y le dijo, las palabras ardiendo en las llamas del odio y la venganza:

–Si no firma su renuncia, señor presidente, yo anunciaré en la televisión que usted ha renunciado y la gente me creerá y habrá júbilo en las calles. Le ruego que firme. Porque si usted entra en razón y firma su renuncia, no irá a la cárcel y lo dejaremos salir al extranjero.

–Al país que usted elija –añadió el general Velásquez.

–¡No firmo nada, carajo! –rugió Chávez, y arrojó al piso el papel que Velásquez y Rondón habían redactado en Fuerte Tiuna, el acta de renuncia del jefe de Estado–. ¡A mí me eligió el pueblo, y solo el pueblo puede sacarme del poder! ¡Ustedes, miserables, no han sido elegidos por el pueblo! ¡Yo los he nombrado en los cargos que ocupan! ¡Me deben lealtad a mí, partida de escuálidos traidores!

El general Velásquez se acercó al presidente Chávez, lo cogió del pescuezo, como si quisiera estrangularlo, y le dijo, transfigurado en el hombre más poderoso del país:

–No es un golpe. Es un pronunciamiento institucional apegado a la Constitución.

Asustado, Chávez se resignó, bajando la voz:

–Estoy en sus manos, señores generales. Hagan conmigo lo que ustedes crean conveniente. Pero yo no voy a renunciar ni a firmar esos papeles apócrifos que me han traído.

–¡Entonces irá preso! –rugió Rondón.

–¡Y lo fusilaremos por traición a la patria! –amenazó el adiposo general Rosado, quien mitigaba la tensión comiendo pequeños emparedados de queso derretido.

–No firmes, Hugo –dijo el ministro Rangel–. Debemos resistir hasta quedarnos sin cartuchos.

–¡Silencio, Matusalén! –lo mandó a callar Velásquez, el jefe de los conjurados.

Luego miró a sus compañeros de armas y les dijo:

–Señores generales, cumplan su deber, ustedes son hombres dignos.

A continuación, le dijo al presidente Chávez:

–Le comunico que a partir de ahora queda arrestado, bajo la custodia de las fuerzas armadas nacionales.

Chávez respondió:

–Hagan conmigo lo que quieran. Solo les pido dos cosas: no me muestren esposado en la televisión. Y déjenme salir del país.

–¡No, señor! –se envalentonó Rondón–. Usted debe responder a la justicia por los crímenes que ha cometido.

–Su destino es un calabozo, Chávez –le espetó Velásquez.

–Se equivocan gravemente, señores –dijo Chávez–. La tradición indica que el mandatario depuesto parte al exilio. Lo mejor es que yo me vaya antes del amanecer.

El jefe de la confabulación, el ventrudo general Velásquez, le dijo a Chávez:

–Queda arrestado por crímenes de lesa humanidad.

Chávez soltó una risa cínica y respondió:

–Carajo, Velásquez, ahora también eres fiscal y juez. Ya me juzgaste y ya me condenaste.

–¡Quítese ahora mismo el uniforme militar! –le ordenó Velásquez.

–¿Me quieres ver sin ropa? –se burló Chávez–. Ya me habían dicho que bateas para el otro equipo, que eres bate quebrado.

Luego soltó una risa displicente, la mueca de una hiena amenazada.

–Le ordeno que se quite ahora mismo el uniforme militar –insistió Velásquez–. Usted ha mancillado el honor de las fuerzas armadas. Usted cree que somos su ejército personal.

–La vaina está jodida, entonces –musitó Chávez, derrotado.

Lentamente, el presidente se quitó la chaqueta y el pantalón, quedando en camiseta y calzoncillos. Luego le alcanzaron una ropa de su vestuario personal y apareció vestido como civil. El general Rondón confiscó la pistola de Chávez.

–¡Lléveselo ahora mismo a Fuerte Tiuna! –ordenó Velásquez–. ¡Y que no se comunique con nadie!

Rondón se llevó a empellones a Chávez, quien no opuso resistencia. El veterano ministro Rangel se retiró, presuroso, temiendo que lo detuvieran a él también. Velásquez se sentó en el asiento que Chávez había desocupado, en la cabecera de aquella larga mesa ovalada en el despacho presidencial,

tomó aire como disfrutando del insólito momento, del sueño cumplido, del golpe victorioso, y le dijo al gordo Rosado:

–A partir de este momento nosotros somos el gobierno provisional de Venezuela.

Desabotonándose la chaqueta que parecía a punto de estallar, Rosado aplaudió, eufórico.

–Que el general Lucas Rondón anuncie en televisión que Chávez ha renunciado, que ha firmado su renuncia –dijo Velásquez.

Los conjurados se abrazaron, incrédulos de haber capturado el poder sin disparar un solo tiro.

–Y que Rondón muestre en televisión el acta de renuncia firmada por Chávez –ordenó Velásquez.

–Pero Chávez no ha firmado nada –observó Rosado.

–Entonces que Rondón firme por Chávez –dijo Velásquez, con aire cínico, desfachatado.

El general Rosado se puso de pie y preguntó:

–¿Qué vamos a hacer con Chávez? Lo más sensato sería mandarlo a Cuba.

–No irá a Cuba –dijo Velásquez–. Lo juzgaremos en una corte militar, lo condenaremos por traición a la patria y lo fusilaremos.

–Más fácil será que lo suicidemos en unas horas, después de que hable Lucas Rondón en cadena nacional, anunciando que ha renunciado –dijo el gordo Rosado, y ambos soltaron unas carcajadas estruendosas, el ruido insolente y vulgar de quienes habían capturado el poder.

–Otra vez preso, como hace diez años –le dijo Chávez a Rondón, cuando se dirigían en helicóptero a Fuerte Tiuna.

Diez años atrás, Chávez había comandado un golpe militar contra el presidente Carlos Andrés Pérez, asaltando el palacio de Miraflores y fracasando en esa primera tentativa de conquistar el poder.

–Pero aquello fue un golpe de Estado, Chávez –le dijo Rondón, sin siquiera mirarlo, con un cierto desdén.

–Y el de hoy también es un golpe, Rondón –dijo Chávez.

–No, Hugo –dijo Rondón, animándose a tutearlo–. Lo de hoy es un triunfo del pueblo venezolano. La gente ya no te quiere. La gente está arrecha porque mandaste a tus francotiradores a disparar contra la marcha. Ha sido una masacre, Hugo, ha muerto mucha gente buena por tu culpa. La gente no quiere tu comunismo. Lo de hoy no es un golpe, sino un triunfo de la democracia y los derechos humanos –dijo Rondón, quien se jactaba de hablar bien en público, quizás hasta mejor que Chávez, lo que era una rareza en aquel país, un militar que hablase bien.

Tan pronto como aterrizaron en Fuerte Tiuna, Chávez fue rodeado por numerosos soldados desafectos a su autoridad y Rondón les dijo:

–Me lo encierran bien encerrado. Le dan un traje de presidiario color naranja. Queda incomunicado. No habla con nadie el preso Chávez.

–¿Y adónde vas tan apurado? –preguntó Chávez.

–A la televisión –dijo Lucas Rondón–. Hablaré en cadena nacional. Anunciaré que has renunciado.

–Buena suerte, traidor –dijo Chávez, quien horas atrás era el hombre más poderoso del país, el jefe de la revolución, el líder de los humillados y los oprimidos, la voz de quienes no tenían voz, y ahora de pronto se había convertido en un hombrecillo asustado, derrotado, caminando rumbo a un calabozo, empujado por unos militares con los rostros encapuchados.

–La vaina está jodida –dijo Chávez, y escupió la saliva amarga de quien pierde el poder.

Julio, 1954

Hugo Chávez nació un 28 de julio, día de la independencia del Perú. Su padre, Hugo de los Reyes, era maestro de escuela y militante en un partido de la democracia cristiana. Su madre, Elena, parecía condenada a tener hijos: primero nació Adán, luego Hugo y después Narciso, Aníbal, Argenis, Enzo, quien murió siendo un bebé, y Adelis. A pesar de que a la señora no le gustaba parir, su marido le adjudicó siete hijos. Como eran tantos niños, los dos mayores, Adán y Hugo Chávez, vivían con su abuela paterna, Rosa Inés Chávez. Le decían mamá. A veces la abuela Rosa Inés le preguntaba a su nieto Hugo:

–¿Tú amas a tu mamá?

Chávez respondía:

–No. Yo la respeto.

Chávez amaba a su abuela más que a su madre. Fue su abuela quien lo llevó al colegio el primer día de clases. No lo dejaron entrar porque no calzaba zapatos. Llevaba unas alpargatas viejas, gastadas, y no tenía otros calzados. Su abuela Rosa Inés lloró de humillación y juró que algún día dejarían de ser pobres. Como Chávez mostraba un precoz talento para dibujar y pintar, sentenció:

–Serás un pintor famoso. Serás nuestro Goya, nuestro Velázquez.

Chávez pintaba para hacer feliz a su abuela. Le tenía miedo a su madre porque esta era muy severa y a veces le pegaba bofetadas, cachetadas y nalgadas. La abuela, en cambio, lo consentía. A veces, caminando por las calles de Sabaneta, donde vivían, Chávez y su abuela se encontraban con Elena Frías, la madre de Chávez, y el niño le pedía a su abuela que cambiasen de acera para no saludarla, para fingir que no la habían visto. Ya en el colegio, Chávez descubrió que su verdadera pasión no era pintar, sino

jugar al béisbol. Era un buen bateador y un mejor pitcher. Mientras jugaba al béisbol, narraba lo que estaba aconteciendo con la elocuencia y la vibración de un locutor deportivo, lo que sus compañeros celebraban entre risas. Le decían El Zurdo o Tribilín. Admiraba a un famoso beisbolista venezolano llamado Néstor «Látigo» Chávez. Quería ser como él. Un domingo por la mañana, cuando Chávez tenía catorce años, mientras su abuela le preparaba el desayuno, la radio anunció que el «Látigo» Chávez había muerto en un accidente aéreo en Maracaibo. Fue un trauma para el adolescente. Llorando, tembloroso, le comunicó a su abuela:

–No seré pintor. Seré pelotero.

Tal vez por eso, dos años después, cuando terminó el colegio, no quiso mudarse a Mérida, como le pedía su padre, Hugo de los Reyes:

–Debes estudiar ingeniería en la Universidad de Mérida porque allí es profesor mi hermano.

Chávez se negó:

–No iré a Mérida porque allí no se juega béisbol, sino fútbol.

Su padre quedó pasmado.

–Y yo no quiero ser ingeniero, sino pelotero –se sinceró Chávez.

Semanas después, una delegación de la academia militar de Caracas llegó a Sabaneta buscando aspirantes a cadetes. Chávez concurrió a la exposición y decidió que postularía a la academia militar.

–Pero no quiero ser militar, mamá querida –le dijo a su abuela Rosa Inés, a quien llamaba mamá o mamita–. Entraré a la academia, estudiaré un año y luego me retiraré y me quedaré en Caracas a jugar pelota.

–Tú no has nacido para ser militar –le dijo su abuela, contrariada–. No debes presentarte a la academia, Hugo –le aconsejó, en tono maternal–. Si entras, ya no podrás salir, hijo mío.

Con apenas diecisiete años, Chávez ingresó en la academia militar y se mudó a Caracas. No le interesaba la vida militar. Le apasionaba la vida deportiva y, si acaso, también la política. Había dejado a una novia en Sabaneta, una chica muy bonita llamada Telma Torres. Le mandaba fotos en blanco y negro, ya como cadete, con el uniforme militar, y unas cartas

inflamadas de amor. Pero la madre de la jovencita no veía con simpatía a Chávez. Lo detestaba. Lo llamaba:

–Cara de crimen. Carecrimen. Ese Hugo es un carecrimen.

La señora avizoraba en Chávez un futuro sórdido en el mundo del hampa. Pero su hija Telma amaba al joven aspirante a cadete y lloraba cuando leía sus cartas traspasadas de urgente pasión amorosa.

Por supuesto, Chávez también escribía cartas a su abuela Rosa Inés, pero ninguna a su madre, Elena, ni a su padre, Hugo de los Reyes.

–He vivido mis primeros diecisiete años contigo, y aprendí muchas cosas de ti, a ser humilde pero muy orgulloso, y lo más importante que heredé de ti es el espíritu de sacrificio que a lo mejor me lleve muy lejos –le escribió Chávez a su abuela, desde la academia militar de Caracas.

Abril, 2002

Mientras el presidente Chávez se encontraba preso e incomunicado en Fuerte Tiuna, el general Lucas Rondón llegó, pasadas las dos de la mañana, a los estudios del canal Venevisión. Aunque Chávez se había negado enfáticamente a renunciar, Rondón estaba resuelto a anunciar al país que el presidente había dimitido.

–Debo hacerlo para evitar un baño de sangre –se dijo a sí mismo, pensativo, mientras redactaba el breve comunicado que leería minutos después–. Si digo que Chávez ha renunciado, el pueblo me creerá –razonó–. De lo contrario, los generales leales a Chávez, como García Carmelo y Baduel, tratarán de liberarlo, y habrá una guerra entre las unidades militares –concluyó, dándose ánimos para leer su proclama.

–¿Va a leer del teleprompter, general? –le preguntó a Rondón uno de los gerentes del canal.

–No –respondió Rondón–. Hablaré de memoria.

–¿Quiere salir en vivo y en directo, o mejor grabamos? –le preguntó el gerente.

–No tengo ningún temor a salir en vivo y en directo –dijo Rondón–. Estoy preparado. Estamos haciendo historia con H mayúscula, señores –añadió, envalentonado.

–Con todo respeto, mi general, consideramos que es mejor que grabe su alocución patriótica –le dijo uno de los jefes del canal.

–Como usted prefiera –dijo Rondón.

Leyó y releyó sus apuntes. Aceptó de mala gana que lo maquillasen. Dónde carajo se ha visto que maquillen al inspector general de las fuerzas armadas, se preguntó a sí mismo, mientras una señora le esparcía polvos rosados en la cara. Todo sea por la patria, se arengó. Pasaré a la historia de

este país por haber salvado a Venezuela del comunismo del hijo de puta de Chávez, pensó.

–Estoy listo –anunció.

Solo tenía que cumplir la misión que el general Velásquez le había encomendado:

–Anuncia que Chávez ha renunciado. Y muestra el acta de renuncia firmada por él.

–Tres, dos, uno, ¡grabando! –le gritó un camarógrafo.

El general Lucas Rondón tomó aire, se insufló de grandeza y se dispuso a cumplir su cita con la historia:

–Los miembros del alto mando militar deploran los lamentables acontecimientos sucedidos en la capital en el día de ayer –dijo, tenso, mirando a la cámara.

Se refería, por supuesto, a las decenas de personas que habían muerto, mientras marchaban pacíficamente a la casa de gobierno, protestando contra el presidente Chávez, abatidas por francotiradores leales al gobierno, apostados en techos y azoteas cercanos a la manifestación.

–Ante tales hechos –continuó Rondón, orgulloso de sí mismo, seguro de estar escribiendo la historia misma de su país–, se le solicitó al señor presidente de la república la renuncia de su cargo…

Hizo un silencio, como si estuviera disfrutando de su improbable invasión a la historia de su país, y remató:

–La cual no aceptó.

–¡Corten! –rugió uno de los gerentes del canal.

–¿Por qué me ha cortado así, sin que pueda despedirme de la gran familia venezolana? –se sorprendió Rondón.

–¡Porque usted tenía que decir: la cual aceptó! –bramó el gerente.

–¡Eso fue lo que dije! –se enfureció Rondón.

–¡No, señor! –lo reconvino el gerente–. Usted dijo: ¡la cual no aceptó!

–¡Negativo! –se puso terco Rondón–. Yo dije que renunció.

Vieron entonces la cinta y Rondón comprendió que se había equivocado. Avergonzado, pidió disculpas.

–Señores, comprenderán ustedes los nervios de un soldado de la patria –se excusó.

–Pero ¿Chávez renunció o no renunció? –inquirió uno de los directores del canal.

–Renunció –dijo Rondón, sin dudarlo un segundo–. Por eso estoy acá.

A continuación, volvieron a grabar el comunicado que Rondón había escrito, y esta vez sí leyó correctamente:

–Se le solicitó la renuncia de su cargo, ¡la cual aceptó!

Eran las tres y veinte de la mañana en Caracas. Los adversarios de Chávez que aún estaban despiertos, en pie, festejaron la noticia: la conjura había triunfado, los insurrectos habían prevalecido, Chávez había sido depuesto. Sin embargo, los partidarios de Chávez, que no eran pocos, entre quienes se contaban varios generales con poder de tropa, como García Carmelo y Baduel, se negaron a creer el anuncio de Rondón y pensaron que se trataba de una patraña urdida por los golpistas. Entretanto, Chávez, prisionero en el cuartel de Fuerte Tiuna, custodiado por un solo soldado, vio en televisión la proclama que anunció el general Rondón, montó en cólera y gritó:

–¡Cobardes, miserables, traidores!

Luego le rogó al soldado que le prestara su celular para hacer tres llamadas, nada más que tres.

–Si me dejas hacer tres llamadas, te prometo que cuando vuelva a Miraflores te daré tres millones de dólares en efectivo –le dijo.

–No puedo prestarle mi teléfono, mi comandante –dijo el soldado–. Las órdenes superiores son que usted no habla con nadie.

–Yo soy tu superior, hijo –le dijo Chávez, en tono amigable, cordial–. Yo soy el presidente constitucional de Venezuela. No he renunciado ni renunciaré. Me han dado un golpe de Estado esos traidores. Y te aseguro que, si me ayudas ahora, prestándome tu celular, volveré a Miraflores y te recompensaré generosamente. No te olvidaré. Te daré tres millones de dólares y serás parte de mi familia.

Pálido, tembloroso, el soldado sacó su celular de un bolsillo del pantalón y musitó:

–Lo que usted diga, mi comandante.

Chávez leyó su libreta de apuntes, marcó el teléfono privado del dictador cubano Fidel Castro, vio que su reloj marcaba casi las cuatro de la mañana y se dispuso a hablar con Castro.

–A esta hora suele estar despierto –pensó.

–¿Quién es? –dijo Fidel.

–Fidel, soy Hugo –dijo Chávez–. Estoy jodido. Me han dado un golpe.

–Ya lo sé –dijo Castro–. Acabo de ver al mariconzón ese diciendo que has renunciado.

–¡No he renunciado, hermano! –gimió Chávez–. ¡Es mentira! ¡No he renunciado ni renunciaré!

–No firmes nada –le aconsejó Fidel–. Pero si van a matarte, firma lo que tengas que firmar para salvar tu vida.

Chávez guardó silencio.

–Lo más importante es que preserves la vida –continuó Castro–. No te dejes matar. Firma lo que tengas que firmar. Lo más importante es preservar tu vida.

–De acuerdo, Fidel –dijo Chávez.

–No se te ocurra hacer la locura que hizo Allende –prosiguió Castro–. No te inmoles. Salva tu vida. Y pide que te manden a Cuba. Acá te espero.

–Eso haré, Fidel, hermano del alma –dijo Chávez–. Firmaré la renuncia, si no tengo otra alternativa. No dejaré que me maten estos traidores hijos de puta. Pediré que me manden a Cuba.

–Acá organizamos bien el contragolpe, y ya verás que en poco tiempo te devolvemos al poder, Hugo –dijo Castro–. Pero ahora lo único que importa es que no te maten y que te dejen venir a La Habana.

–Nos vemos en pocos días, Fidel.

–Acá te espero, Hugo. ¿Algún general está contigo?

–Sí. Baduel. Raúl Baduel. Está en Maracay.

–Llámalo ahora mismo –aconsejó Castro–. Dile que salga a desmentir a los golpistas traidores, que no has renunciado, y que una parte del Ejército te apoya.

–Ya mismo lo llamo, Fidel.

–¡No te dejes matar por esas sanguijuelas! –rugió Castro–. ¡Cuba es tu casa, Hugo!

Cortaron. De pronto Chávez se sentía envalentonado, confiado en que, si salvaba la vida, algún día volvería al poder. De inmediato, llamó a Raúl Baduel, su compañero de armas, su amigo desde los tiempos de la escuela militar:

–Raúl, soy Hugo, estoy en Fuerte Tiuna –le dijo, apenas Baduel respondió la llamada–. No es cierto que he renunciado. Los traidores de Velásquez, Rosado y Rondón me han dado un golpe.

–Han roto el imperio de la ley –dijo Baduel–. Quiero decirte que yo no apoyo el golpe de Estado. Yo estoy contigo. Tú eres el presidente constitucional. No renuncies, Hugo.

–¡Claro que no renunciaré, Raúl!

–¡No te rindas! –se animó Baduel–. Dame unas horas. ¡Te prometo que los soldados leales a ti y a la Constitución iremos a liberarte!

–Pero no quiero un derramamiento de sangre, Raúl. No quiero que tus tropas se vean envueltas en una guerra fratricida con las tropas de Velásquez y Rosado.

–¡Los vamos a derrotar, Hugo! –rugió Baduel–. ¡No te rindas! ¡Ya vamos por ti! ¡Te juro por el honor de mi uniforme que te devolveremos a Miraflores, hermano!

Tras despedirse de Baduel, Chávez hizo la tercera y última llamada. Habló con su esposa, Marisabel Rodríguez, quien había volado a Barquisimeto, para protegerse del avance de los conjurados.

–Mami –le dijo Chávez–, llama a CNN. Diles que quieres darles una primicia. Diles que te entrevisten ahora mismo, en vivo. Y diles que yo he hablado contigo desde Fuerte Tiuna y te he jurado que no he renunciado.

Marisabel Rodríguez habló minutos después con los jefes de CNN en español, en Atlanta, y se ofreció a darles una entrevista exclusiva y, una vez en el aire, dijo, en términos tajantes:

–Mi esposo, Hugo Chávez Frías, no ha renunciado y sigue siendo el presidente constitucional de Venezuela. Está secuestrado. Exijo su inmediata liberación.

Después de hacer las tres llamadas, Chávez le devolvió el celular al soldado anónimo, tomó nota de su nombre completo, su dirección, sus documentos de identidad, su número de celular, y le dijo:

–Te juro por mi santa madre que volveré a Miraflores. Y te juro que honraré mi promesa y haré que todas las bendiciones caigan sobre ti y tu familia.

–Gracias, mi comandante –dijo el soldado.

–Te voy a hacer rico -le prometió Chávez-. Y te voy a ascender a coronel y luego a general. Y algún día tú serás mi comandante general del Ejército, hijo mío. A los hombres se les conoce en la adversidad. Y me has demostrado tu temple y tu coraje ahora mismo, en las circunstancias más adversas. Nunca te olvidaré.

Luego Chávez se tendió en un colchón tirado en el piso, encendió un cigarrillo y pensó:

–Fidel tiene razón. Tengo que salvar la vida. Tengo que escapar a Cuba. Y luego volveremos.

Entretanto, poco antes de que amaneciera, los jefes golpistas, el general Velásquez y el general Rosado, acompañados del general Rondón, decidieron que, una vez anunciada al país la renuncia de Chávez, convenía llevarlo cuanto antes a la base militar de Turiamo, en un vuelo en helicóptero despegando desde Fuerte Tiuna. Llamaron de urgencia al coronel Julio Ramírez Salas y le encomendaron una misión:

–Apenas amanezca, a las seis de la mañana, vas a llevar al renunciante a la base de Turiamo –le dijo Velásquez.

–Volarán en un helicóptero Súper Puma –precisó Rosado.

–Llévalo esposado –ordenó Velásquez.

–Y cuando estén sobrevolando la bahía de Turiamo, lo empujas del helicóptero al mar –dijo Rosado.

–No puedo hacer eso, mi general –se asustó el coronel Ramírez–. Sería un asesinato.

–¡Es una orden, coronel! –rugió Velásquez.

–No te preocupes –le dijo Rosado–. Después diremos que Chávez quiso escapar y saltó al mar y se ahogó.

–Comprendido –dijo Ramírez Salas.

–Porque tú sabes que Chávez no sabe nadar, ¿verdad? –intervino Rondón–. En la escuela militar era el más torpe nadando de toda su promoción. Era tan torpe, tan cobarde, que no sabía echarse un clavado de cabeza a la piscina de la escuela militar. Sus compañeros de promoción se reían de su cobardía.

–Así que solo lo empujas al mar y verás que se ahoga bien rápido ese hijo de puta –sentenció Velásquez, y se echó un trago de whiskey, y miró su reloj: las cinco de la mañana.

–En dos horas, Chávez estará muerto –pensó–. Y yo juraré como presidente provisional de Venezuela.

Octubre, 1974

Con veinte años cumplidos, Hugo Chávez es seleccionado por la academia militar para viajar a Lima, junto con diez aspirantes a cadetes, donde pasarán unos meses, alojados en la escuela militar de Chorrillos. Chávez viaja, entusiasmado. Es su primer viaje desde Venezuela a un país extranjero. Queda maravillado por Lima. Es la primera vez que ve el mar desde los acantilados de Miraflores y Barranco, la primera vez que se da un baño de mar en las playas pedregosas de Miraflores, pero lo hace con cuidado, porque no sabe nadar. Estando en Lima, Chávez y sus amigos de la academia militar venezolana concurren una noche al palacio de gobierno, en el centro de la ciudad, donde son recibidos con honores por el dictador de izquierdas, el general Juan Velasco Alvarado. Al verlo, Chávez es sacudido por una emoción poderosa. Admira a Velasco porque lo considera un militar nacionalista, un patriota que ama a los pobres. Por eso, cuando estrecha la mano del dictador peruano, le dice:

–Yo soy velasquista, mi general.

–Carajo, qué honor –dice Velasco, fumando un cigarrillo, ignorando que le queda poca vida.

–Yo seré el Juan Velasco Alvarado de Venezuela –le dice Chávez, mirándolo a los ojos.

–Dios te bendiga, muchacho –dice el dictador.

Luego da unos pasos desiguales, coge dos libros de una mesa y se los entrega al joven Chávez: uno es un libro diminuto, de bolsillo, de tapa azul, titulado *Revolución Nacional Peruana*, y el otro es un libro de tamaño estándar, titulado *El Plan Inca*, escrito por Augusto Zimmermann poco después del golpe militar de Velasco. Chávez los recibe, emocionado, y

agradece al dictador, quien llama a Zimmermann, que está detrás, presenciando el encuentro:

–Augusto, ven acá, saluda a este amigo venezolano que algún día será presidente de su país.

Redactor político del diario *El Comercio*, periódico que ese mismo año ha sido confiscado por la dictadura de Velasco, y escribidor en la sombra de los discursos del espadón peruano, Zimmermann le da un apretón de manos a Chávez, quien le dice:

–Leeré su libro con enorme interés, señor.

Unos días después, Chávez, tras leer el libro de Zimmermann, que es una apología de la dictadura de izquierdas de Velasco Alvarado, llama por teléfono al diario *El Comercio* de Lima, y lo hace con tanta insistencia, que por fin consigue hablar con él. Acuerdan verse en un restaurante en las afueras de la casa de gobierno, en el centro de Lima, el Cordano. Allí se hacen amigos. Allí Chávez prueba un coctel que no olvidará, el mítico Capitán, a base de pisco y vermut rojo. Allí se deleita con butifarras bien encebolladas, con ajís de gallina, con ceviches y tiraditos, con lomos saltados.

–Este país es el paraíso –le dice a Zimmermann, en el Cordano.

Zimmermann pagaba las cuentas con el dinero de la caja chica que le confiaba la presidencia de la república para sus gastos de representación. Con esa plata, se había comprado un VW modelo escarabajo color rojo. Chávez y Zimmermann recorren los barrios de Lima, buscando los restaurantes más sabrosos, en aquel auto rojo. Chávez conoce Barrios Altos y La Victoria, San Isidro y Miraflores, el puerto del Callao y La Punta. Un día, almorzando en una pescadería de La Punta, Chávez se enamora de la camarera, una joven de veinte años llamada Nélida Heredia. De pronto, Chávez le pide a Zimmermann que vayan todos los días a almorzar en ese restaurante en La Punta para ver a Nélida. En la academia de Chorrillos, antes de dormir, Chávez la llama por teléfono y le recita poemas que le ha escrito. También le hace dibujos y le escribe cartas de amor. Chávez tiene premura por desnudar a Nélida y hacer el amor con ella, pero el asunto no es sencillo porque la joven es virgen y vive con sus padres y hermanos.

Entonces Chávez traza un plan y lo comparte con Zimmermann: irán a La Punta, aguardarán a que Nélida concluya su horario de trabajo y salga del restaurante, y luego la joven subirá al escarabajo rojo y Zimmermann conducirá a algún lugar tranquilo y despoblado, pobremente iluminado, en la penumbra o, casi mejor, en tinieblas. Una vez allí, dice Chávez, Zimmermann saldrá a fumar un cigarrillo y dar un paseo, dejándolos a solas en el coche, donde Chávez medirá su suerte de donjuán con Nélida. Zimmermann se ríe de las urgencias hormonales del venezolano y le cuesta trabajo entenderlas porque él se considera un intelectual, un escritor, un lector, un soldado de la revolución peruana. No le interesan mayormente las mujeres ni el sexo. Pero Chávez arde de sofocos y calenturas por Nélida. No le queda más remedio a Zimmermann que prestarse a cumplir el papel de alcahuete o celestino de su amigo Hugo. Recogen a Nélida del restaurante, Zimmermann conduce a una playa de La Punta donde casi no hay peatones ni coches aparcados y dice:

–Necesito caminar. Regreso en media hora.

Baja del vehículo y los deja solos. Chávez se pasa al asiento trasero y besa a Nélida. Con gran dificultad, vence gradualmente la resistencia de la joven, sus defensas, sus reservas de decencia y moral. Nélida no quiere quitarse la ropa, pero Chávez la acaricia, la besa y le dice incendios al oído. Por fin Nélida se abandona a los bríos del cadete y se monta a horcajadas sobre él, quien le dice:

–Sí, Nélida, sí, ¡esta será nuestra batalla de La Punta, carajo!

Están copulando y transpirando, cabalgando y disparando, atacándose y penetrándose, cuando de pronto ven a decenas de personas que salen corriendo de las casas, los edificios y los comercios, a los gritos de:

–¡Terremoto, terremoto!

Es un movimiento sísmico de 7,8 en la escala de Richter que Chávez y su amante no sienten dentro del coche trepidante, entregados a la impaciencia amorosa: el temblor de los amantes y los sacudones del escarabajo rojo se acompasan con los espasmos y las vibraciones del terremoto, que deja varios muertos en La Punta y en el puerto vecino del Callao.

–¡No pude terminarle a mi Nélida por el terremoto de mierda! –le dice Chávez a Zimmermann, riéndose, después de dejar a la joven en casa de sus padres.

Abril, 2002

Ni el empresario Pedro Cardona ni el líder sindical Carlos Onega habían dormido esa madrugada, esperando la noticia confirmada, y propalada por el general Rondón en cadena nacional, de que el presidente Chávez había renunciado. Luego se habían quedado bebiendo whiskey, con ánimo festivo, celebratorio, en las oficinas de Cardona. Sin someterse a negociaciones tensas ni discusiones acaloradas, y ya cuando había amanecido, acordaron, en presencia del cardenal Ignacio Velasco, adversario de Chávez, quien llegó para compartir el desayuno con ellos, que convencerían al alto mando militar, y en particular a los generales Velásquez y Rosado, jefes de la conspiración, de que el nuevo presidente provisional sería Cardona y su vicepresidente, Onega. Por eso, hacia las ocho de la mañana, Cardona se dirigió al cuartel Fuerte Tiuna, para reunirse con los generales Velásquez y Rosado, y comunicarles que el triunvirato de la Iglesia, los empresarios y los trabajadores había resuelto que él sería el nuevo presidente de la nación. Velásquez y Rosado tampoco habían dormido. Después del anuncio de Lucas Rondón, dando por confirmada la renuncia de Chávez, se habían quedado bebiendo whiskey en las oficinas de la comandancia general del Ejército, deliberando cordialmente sobre quién sería el nuevo presidente de Venezuela.

–Por lógica, por respeto a la jerarquía militar, por don de mando, el presidente debo ser yo –dijo Velásquez, henchido de amor a la patria o de amor al poder.

El gordo Rosado se puso de pie y se quedó en silencio, pensativo. Como su compañero de armas Velásquez, estaba inflado de tequeños y arepas, mofletudo y barrigón.

–Yo no quiero ser presidente –anunció, en tono sereno–. Prefiero ser embajador.

–Donde quieras, Manuel –celebró la noticia Velásquez–. ¿Dónde quieres ser mi embajador? ¿En Washington?

–No –dijo Rosado–. No hablo un carajo de inglés. Quiero ser tu embajador en Madrid.

Velásquez se puso de pie, le dio un apretón de manos y dijo:

–Cerrado. Trato hecho. Tienes mi palabra. Serás mi embajador en Madrid.

–Y si no te molesta, Efraín, a mi hermano lo nombras embajador en Lisboa.

Velásquez hizo un gesto de sorpresa.

–¿Y eso, por qué? –preguntó.

–Porque me estoy cepillando a mi cuñada –confesó Rosado, ruborizándose–. Quiero tenerla cerca de Madrid para echarme un buen polvo de vez en cuando.

–Esas son razones de Estado, carajo –comentó Velásquez, y se rieron.

A esa hora de la mañana, no muy lejos de las oficinas donde los generales Velásquez y Rosado conspiraban, repartiéndose amigablemente las parcelas del poder, el coronel Ramírez Salas se dispuso a cumplir la misión que le habían confiado, la de llevar en helicóptero a Chávez hasta la base militar de Turiamo, en el occidente del país. Cuando Ramírez entró en el cuarto donde habían encerrado al presidente depuesto, lo encontró despierto, rezando de rodillas en voz alta, pidiéndole un milagro a la Divina Providencia. Chávez tampoco había dormido. Estaba resignado a entregar el poder, pero no quería perder la vida, y sabía que su existencia corría grave peligro, pues los generales Velásquez, Rosado y Rondón lo odiaban. Quería ir a La Habana cuanto antes, siguiendo el consejo de Fidel Castro.

–Nos vamos –anunció el coronel Ramírez, y Chávez interrumpió sus oraciones, se puso de pie y lo abrazó, como si fueran amigos del colegio, amigos de toda la vida.

Pícaro para seducir, astuto para fingir afecto, le dijo:

–¿Cómo es que te llamas, hijo mío?

–Soy el coronel Ramírez Salas –fue la respuesta seca, lacónica: no le dijo mi presidente, ni mi comandante.

–¿Julio es tu nombre? –dijo Chávez, que tenía una memoria prodigiosa para los nombres desde los tiempos del colegio, cuando se sabía sin esfuerzo los nombres de los peloteros de todos los equipos de béisbol del país.

–Julio, así es –dijo el coronel, sorprendido de que Chávez lo hubiera reconocido, y en cierto modo también halagado–. Julio Ramírez Salas –añadió, dándose aires, sintiéndose superior al presidente depuesto.

–¿Y adónde vamos, Julio? –preguntó Chávez, vestido con ropa deportiva: una chaqueta morada, un pantalón azul y zapatillas y medias blancas.

–A Turiamo –dijo el coronel–. A la base militar de Turiamo.

–No –dijo Chávez, dando un paso atrás–. Yo no voy a Turiamo. Yo voy a La Habana. Si no me llevan a Cuba, no salgo de acá, no voy a ninguna parte, no voy a ser tan pendejo de dejar que ustedes me maten.

–Nadie lo va a matar, señor –dijo el coronel.

Chávez se acercó a él, le puso las manos sobre los hombros, como ejerciendo su autoridad sobre un subordinado, y le dijo, amigablemente:

–Mira, Julito, yo he pedido un abogado y ustedes me lo han negado, he pedido hablar con mi mamá y con mi esposa, me lo han negado, por eso ahora me he encomendado a Dios, para que me salve la vida.

–Le vamos a respetar la vida, señor –dijo el coronel Ramírez–. Pero tengo órdenes superiores de llevarlo a Turiamo, no a Cuba. Tengo que cumplir esas órdenes.

–¡No voy a Turiamo, carajo! –rugió Chávez–. ¡Me llevan a Cuba ahora mismo! ¡Y si no me llevan a Cuba, vendrá el general Baduel a rescatarme!

El coronel Ramírez perdió la paciencia, llamó a unos lugartenientes y les ordenó que esposaran a Chávez. Derrotado, humillado, el presidente fue esposado como quedó maniatado diez años atrás, tras el golpe fallido que le dio al presidente Carlos Andrés Pérez. Lo llevaron a empujones hacia un helicóptero Súper Puma de fabricación francesa. Chávez y Ramírez se sentaron en el asiento trasero. En los controles de mando se encontraban el

piloto y el copiloto, que saludaron moviendo las manos, sin demasiada efusión. No sabían quienes guiaban el helicóptero que ese vuelo estaba planeado no para encarcelar a Chávez en la base de Turiamo, sino para empujarlo desde el helicóptero a la bahía de Turiamo.

–No sé si voy a poder empujarlo –pensó el coronel Ramírez, tan pronto como despegó la aeronave.

–Estos traidores me van a matar –pensó Chávez, interrumpiendo sus plegarias–. ¿A qué carajo me llevan a Turiamo, si ya me tenían preso en Fuerte Tiuna?

Mientras el helicóptero se dirigía hacia el occidente del país, Chávez recurrió a su más eficaz técnica de persuasión y seducción: hablarle a quien tenía enfrente con cariño, complicidad y picardía, como si fueran íntimos amigos, amigos del colegio, amigos de toda la vida, como si no fueran el coronel golpista y el presidente derrocado. Chávez era un militar atípico, un bicho raro: cuando hablaba, no parecía un teniente coronel, sino un animador de televisión, o un predicador, o un motivador.

–Si me ayudas a salvar la vida, querido Julio –dijo, mirando a los ojos al coronel–, no lo olvidaré jamás.

Ramírez guardó silencio.

–Esos traidores de Velásquez y Rosado, y el imbécil de Rondón, no merecen tu lealtad, Julito, hijo mío.

Ramírez no dijo una palabra. No quería hacerse amigo, en la hora undécima, del hombre al que tenía que matar.

–Te voy a contar lo que pasó, para que tú, que eres inteligente, comprendas lo que ha ocurrido, querido Julio –prosiguió Chávez–. Tú bien sabes, porque pendejo no eres, que esto es un golpe de Estado, que el presidente constitucional soy yo, que los traidores miserables de Velásquez, Rosado y Rondón se van a repartir el poder, sin que nadie los haya elegido democráticamente, como me eligieron millones de venezolanos, ¿comprendes?

El coronel no respondió. Chávez continuó su relato:

–Yo soy el presidente. Yo sé que tengo enemigos poderosos, pero eso no justifica un golpe de Estado. Si Velásquez y Rosado quieren ocupar la

presidencia, que no jodan, que se presenten en las próximas elecciones. Porque yo te juro por mi santa madre que no iré a la reelección.

Por fin Ramírez se animó a hablar:

–Usted tiene las manos manchadas de sangre, señor. Usted ordenó a sus círculos bolivarianos que disparasen a la marcha pacífica. Por su culpa, murieron más de veinte personas inocentes. Por eso el alto mando militar, en defensa del pueblo, le pidió la renuncia.

–¡Una renuncia que yo no firmé! –levantó la voz Chávez–. ¡Una renuncia mentirosa que Rondón anunció en televisión!

–Le pido respetuosamente que guarde silencio, señor –dijo el coronel.

–Escúchame, Julito, por favor escúchame –suplicó Chávez–. Yo no ordené que los francotiradores disparasen. Quien dio la orden fue Maduro.

–Da igual –dijo Ramírez–. Los muertos ya están muertos. Y no merecían morir así.

–Estoy de acuerdo contigo, Julito –dijo Chávez–. Pero yo solo di la orden de activar el plan Ávila para impedir que la marcha entrase a Miraflores y me linchase. Llamé a Rosado y le dije active el plan Ávila y no me quiso obedecer, no me respondió, cortó la comunicación y desapareció ese miserable.

Como el coronel seguía atormentado porque en cuestión de minutos debía arrojar al mar a un hombre esposado que no sabía nadar, Chávez siguió narrando sus desgracias, a ver si el coronel se compadecía de él:

–Luego llamé a Lucas Rondón y le ordené Lucas, activa el plan Ávila, no los dejes llegar a Miraflores, me van a matar, y el hijo de puta me dice lo vamos a pensar. ¡Un cobarde, un traidor!

El coronel Ramírez nunca había matado a un hombre con sus propias manos, y no sabía si se encontraba en condiciones de hacerlo.

–Llamé entonces a García Carmelo y le ordené: saca los tanques a la calle, rodea Miraflores con los tanques, nadie entra a la casa de gobierno. Y García Carmelo, leal a su presidente, leal a la Constitución, me obedeció, aunque me dijo que los golpistas estaban buscándolo para meterlo preso, porque él y Baduel no se habían sumado al golpe. Y te digo una cosa bien

clara, Julio: si no me llevan a Cuba, García Carmelo y Baduel van a ir a Turiamo a rescatarme.

–Este payaso comunista no para de hablar pendejadas –pensó el coronel Ramírez–. En pocos minutos estará ahogado en el fondo del mar y sigue jodiendo como si estuviera en televisión, en cadena nacional.

–Ojalá un rayo de buen juicio, de sabiduría, ilumine a esos generales que están tomando las decisiones, poniendo en peligro mi vida, la vida del presidente constitucional –dijo Chávez–. Ojalá comprendan que deben enviarme a Cuba cuanto antes.

El piloto y el copiloto le hicieron unas señas al coronel, y enseguida se abrió la portezuela del helicóptero, y Chávez dio un respingo al ver que volaban sobre el mar. Nunca pudo aprender a nadar. Tenía pavor al mar. Miró a los ojos al coronel sentado a su lado, quien desvió la mirada, atormentado por la misión que, muy a su pesar, debía cumplir.

–Póngase de pie, señor –le ordenó a Chávez.

Chávez comprendió que el coronel lo arrojaría al mar. Moriré ahogado, pensó, al tiempo que un ramalazo helado le recorría la espalda. Tengo que salvar la vida, se dijo a sí mismo, recordando lo que le había dicho Fidel Castro. Entonces se acercó a Ramírez y le dijo al oído:

–Si me matas, pasarás a la historia de la infamia, terminarás preso, Julito. No cometas ese error. No eres un asesino. Y yo soy el presidente constitucional. No cometas un crimen obedeciendo a unos golpistas que después, te lo juro por mi santa madre, no te van a defender, te van a dejar pudriéndote en la cárcel, hermano.

El coronel Ramírez Salas comprendió que no quería ser un asesino, que no podía ser un asesino. Pensó: si Chávez ha cometido unos delitos al masacrar a la marcha pacífica, que lo juzguen, que lo metan en la cárcel. Pero yo soy un cristiano, un hombre de bien, y no puedo matarlo.

–Llévame a Cuba, Julito. Te ruego que me lleves a Cuba.

El coronel no dijo nada.

–Y si me dejas en La Habana, te juro por mi santa madre que volveré y seré presidente nuevamente. Y más nunca te olvidaré. Y serás el hombre más poderoso de Venezuela, y tendrás todos los reales que quieras tener.

–¡Cierren la puerta! –ordenó el coronel–. ¡Aterrizamos en Turiamo!

Chávez elevó una plegaria en silencio: había salvado la vida. Ahora tenía que convencer al coronel de llevarlo a Cuba.

–Gracias, Julio –le dijo, los ojos anegados en lágrimas–. Serás recompensado por tu patriotismo y tu hombría de bien.

El coronel le quitó las esposas y prometió:

–Haré todo lo posible para su pronto traslado al exterior.

–No al exterior, Julito –lo corrigió Chávez–. A Cuba, no al exterior.

A esa misma hora, el líder de los empresarios venezolanos, Pedro Cardona, les preguntó a los generales Velásquez y Rosado:

–Entonces, señores, ahora que ha renunciado Chávez, ¿quién será el nuevo presidente de Venezuela?

El gordo Rosado lo miró con solemnidad marcial y respondió:

–Cabello. Diosdado Cabello. Él es el vicepresidente. Le corresponde asumir la presidencia.

–¡Pero Diosdado es peor que Chávez! –se encolerizó Cardona, poniéndose de pie–. ¡De ninguna manera podemos dejarlo como presidente! ¡Chávez volvería a Miraflores en cuestión de horas!

Rosado soltó una carcajada y lo calmó:

–Tranquilo, don Pedro, era solo una broma.

–No estoy para bromas –refunfuñó Cardona–. No he dormido ni una hora, señores.

Luego miró a los ojos a Velásquez y le dijo:

–He venido a comunicarles respetuosamente que el líder sindical Carlos Onega, el cardenal Ignacio Velasco y yo, representantes los tres de la sociedad civil, de las fuerzas vivas de la nación, hemos llegado al acuerdo patriótico de que el nuevo presidente de Venezuela, y no de la república bolivariana de Venezuela, seré yo, Pedro Cardona, su humilde servidor.

El general Velásquez carraspeó, algo nervioso, hizo un gesto de perplejidad, y dijo:

–Lamento decirle que eso no será posible, estimado señor Cardona.

–¿Por qué? –se exasperó Cardona.

–Porque el presidente soy yo –respondió el general Velásquez.

–No hemos calentado el agua para que usted se tome el té –lo secundó el general Rosado.

–Esta vaina se jode si asume Velásquez –pensó Cardona–. Será un golpe militar clásico. Estos generales son unos idiotas. Son más brutos que Chávez, carajo.

Luego, sin dejarse arredrar, sentenció:

–Si usted quiere jurar como presidente, general Velásquez, nosotros no lo apoyaremos: no lo apoyarán nuestros diputados en la Asamblea Nacional, no lo apoyará la Iglesia católica, no lo apoyarán los sindicatos que lidera Carlos Onega y no lo apoyaremos los empresarios, que están conmigo.

Velásquez y Rosado permanecieron en silencio.

–Piénselo bien, general –le dijo Cardona a Velásquez–. Si usted se autonombra presidente de Venezuela, no durará cuatro semanas. Y Chávez volverá a Miraflores y le cortará las bolas. Así que piénselo bien –añadió, y salió a toda prisa de la comandancia general del Ejército, preguntándose:

–En qué me he metido, carajo.

Enero, 1978

–No me gusta la carrera militar –le dijo Chávez a su novia, Nancy Colmenares–. Yo debería irme a la guerrilla. Debería ser guerrillero. Pero si no me voy a la guerrilla, es por ti, Nancy, porque estoy enamorado hasta los huesos.

Veintitrés años había cumplido el subteniente Chávez. Destacado en Barinas, a cincuenta kilómetros de Sabaneta, el pueblo donde había nacido, lo habían nombrado comandante general de la escuela de bomberos.

–Estoy harto de apagar candela, Nancy –le dijo a su novia–. Un día de estos voy a morir quemado, carbonizado.

Allí, en los llanos cálidos de Barinas, había conocido a Nancy, una joven rumbosa y dicharachera que cayó rendida a sus encantos, oyéndolo hablar de sus planes para ser alguien importante en el futuro. El subteniente Chávez, entretanto, procuraba escapar de la rutina tediosa del cuerpo de bomberos. Llevó un curso de locutor, se graduó con honores y, gracias a ello, le dieron un programa en la radio de Barinas, donde destacó por su verbo encendido, su buena memoria para canturrear fragmentos de canciones populares y su sorprendente facilidad de palabra.

–No pareces militar –le decía Nancy–. Hablas tan bonito que no pareces militar.

Chávez escribía además una columna en el diario *El Espacio de Barinas*, titulada *Columna Patriótica Cultural*. Pero su gran pasión era la radio: no solo hablar en la radio, sino oír la radio. No se perdía el programa radial de Renny Ottolina, el más famoso animador de la televisión venezolana. Chávez se convirtió así en un apasionado seguidor de Ottolina. Lo escuchaba en la radio y lo veía en la televisión. Lo admiraba con fervor.

Lo consideraba culto, carismático, visionario, un hombre de éxito, un hombre amado por el pueblo.

–Yo no quiero ser militar –le decía a Nancy–. Yo quiero ser como Renny.

Ottolina era conocido como «el número uno» en la televisión venezolana, el showman más exitoso, más visto y, con diferencia, el mejor pagado. Presentaba un programa musical al que llegaban a cantar las estrellas de toda América, incluso las luminarias y los figurones de los Estados Unidos, quienes cantaban en inglés y a las que Renny entrevistaba con fluido dominio de ese idioma. Impecablemente vestido de pajarita, con anteojos gruesos de intelectual, fumador empedernido, hablantín fogoso, risueño e inspirado, Renny Ottolina se había instalado en el corazón de los venezolanos, y el subteniente Chávez, jefe de los bomberos de Barinas y engolado locutor radial de aquella ciudad, soñaba con ser algún día un hombre famoso, animador de televisión, bien pagado y bien vestido, amado por las mujeres, unas mujeres tan lindas como las seis bailarinas que inauguraban el programa nocturno de Ottolina, haciendo danzas arriesgadas y mostrando sin recato las piernas.

–La carrera militar nos condena a la pobreza, negrita –le decía Chávez a Nancy–. El futuro está en la radio y en la televisión. Yo quiero ser un showman como Ottolina.

Ocurrió entonces que, con apenas cuarenta y nueve años, desbordado de éxito y popularidad, embriagado de sí mismo, fascinado de escuchar sus propios monólogos en la radio y la televisión, Renny Ottolina decidió dar el salto intrépido a la política. Sus amigos y sus fanáticos le pedían que se postulase a la presidencia de la república como un candidato independiente que desafiase a la clase política. Acostumbrado a triunfar, y a triunfar en grande, por todo lo alto, en sus emprendimientos, salvo en los amores, que le eran esquivos, Ottolina fundó un partido político, el Movimiento de Integración Nacional, y anunció que se presentaría a la presidencia de la república en las elecciones del siguiente año:

–Yo no quiero ser presidente –dijo–. Yo tengo el deber de ser presidente.

Luego añadió:

–Si no me atrevo a dar este paso, me voy a traicionar toda la vida.

Como parte de aquella aventura política, Renny Ottolina viajaba a dar charlas y conferencias por todo el país. Fue así como llegó un fin de semana a Barinas, un evento que el subteniente y locutor Hugo Chávez promocionó apasionadamente desde su programa radial. Aquella tarde, en la sala de conferencias de un hotel de Barinas, Renny Ottolina dio una charla ante centenares de personas, y entre ellas se encontraban Chávez y su novia. Chávez acudió con su mejor traje militar y Nancy exhibió su vestido más elegante, o su único vestido elegante. De pronto, Ottolina hablaba sin leer un texto, improvisando, caminando por el escenario, fumando un cigarrillo tras otro, con la pasmosa naturalidad para hablar y seducir que exhibía en la televisión, y el subteniente Chávez lo escuchaba maravillado, porque sentía que Ottolina decía exactamente las cosas que él pensaba.

–Venezuela nació para ser líder –dijo Renny–. Yo quiero hacer una campaña para recuperar el nombre de Bolívar –añadió–. Bolívar tiene que recordarnos la conciencia de ser venezolanos, la importancia de ser venezolanos.

Hechizado porque «el número uno» de la televisión y ahora candidato presidencial exaltaba a Simón Bolívar casi tanto como él, Chávez pensó:

–Tengo que unirme al movimiento de Renny. Tengo que ser parte de su campaña.

Ottolina prosiguió:

–Por eso me opongo a que en este país el nombre de Bolívar se use vilmente para designar al dinero. Porque entonces resulta que hay miles de bolívares, millones de bolívares, y que cada día Bolívar vale menos.

Chávez y Nancy aplaudían, rendidos, eufóricos, como aplaudía el auditorio entero, al que Ottolina hipnotizaba sin esfuerzo, gracias a su don de palabra y su natural simpatía.

–Yo me inspiro también en otras figuras de la política y la historia –afirmó–. Por ejemplo, el Che Guevara es una figura romántica, una figura bella y hermosa.

Chávez sonrió, conmovido, al tiempo que aplaudía a Ottolina, quien, sin saberlo, había llegado a Barinas para despertar y avivar los sueños políticos

del subteniente.

–Fidel Castro me parece un tipo interesante, una personalidad extraordinaria de la que podemos aprender mucho –siguió Ottolina.

Parecía un hombre de izquierda, pero él se definía como un independiente insobornable.

–Mao fue capaz de imponerse ante setecientos millones de personas –prosiguió, siempre fumando–. Perdonen, pero yo por Mao me saco el sombrero.

Chávez pensó:

–Carajo, Ottolina es guevarista, es fidelista, es maoísta. Y además es rico, famoso y millonario. Y encima se coge a las mujeres más lindas de la televisión.

–Yo quiero eliminar en Venezuela la partidocracia –prometió Renny–. Yo quiero establecer la meritocracia en este país.

Hacia el final, habló de los miles de colombianos indocumentados que vivían en Venezuela, atraídos por la riqueza de ese país:

–Yo quiero cerrar la frontera con Colombia a cal y canto, quiero cerrar la frontera para la mano de obra no calificada –anunció–. Pero a los colombianos que ya están acá, que son buena gente, pobrecitos, hay que darles sus papeles, no hay que deportarlos, hay que animarlos a que se hagan venezolanos.

Chávez estuvo de acuerdo con todo lo que dijo Ottolina aquella tarde en Barinas.

–Votaré por él –se dijo a sí mismo.

Tan pronto como terminó la conferencia, Chávez se sumó a una fila para saludar a Ottolina y pedirle un autógrafo. Le sudaban las manos, mientras aguardaba con impaciencia ese encuentro que, estaba seguro, habría de cambiarle la vida. Media hora después, Chávez se cuadró ante Renny, le rindió un saludo militar, le dio un apretón de manos y le dijo:

–Maestro Renny Ottolina, soy el subteniente Hugo Chávez, su más grande y rendido admirador.

Ottolina se sorprendió por la presencia de ese oficial joven, de mirada incendiaria y palabra bonita:

–Usted, maestro, es para mí un hombre tan sabio y patriota como el propio Bolívar –dijo Chávez–. Usted, si me permite, maestro, es la reencarnación de Bolívar.

Ottolina palmoteó a Chávez en la espalda, miró con curiosidad a Nancy, quien lo espiaba con los ojos chispeantes, y le dijo al subteniente:

–Será que soy un loco y un quijote, como Bolívar. El otro día me preguntaron: Renny, ¿usted está loco? Y respondí: Evidentemente, de otro modo no me postularía a la presidencia de Venezuela.

Se rieron. Chávez se sintió en confianza y dijo:

–Maestro, quiero trabajar con usted. Quiero ser su escolta personal. Quiero ser su edecán, su guardaespaldas.

Ottolina lo miró, sonriendo, halagado.

–Muchas gracias –dijo–. Pero eres militar, te debes al ejército, no te conviene interrumpir tu carrera, Chávez.

Dijo bien el apellido no porque lo recordase, sino porque lo leyó en el uniforme del subteniente.

–Yo no quiero ser militar –le dijo Chávez, envalentonado, seguro de su futuro–. Yo quiero ser escolta personal de Renny Ottolina. Por usted lo dejo todo, maestro. Por usted doy la vida.

Ottolina abrazó a Chávez y le dijo:

–Apunta mi número de teléfono en Caracas. Llámame la próxima semana, a ver qué podemos hacer contigo.

Ottolina dijo entonces unos números y Chávez, zurdo, los apuntó en la palma de su mano derecha.

–Hasta pronto, Chávez –dijo Renny Ottolina.

–Hasta pronto, maestro –dijo Chávez, y se abrazaron.

Las semanas siguientes, Chávez llamó incansablemente al número que le dio Ottolina, pero no consiguió hablar con él: le decían que estaba en reuniones, o grabando, o viajando. Pero Chávez seguía llamándolo, indesmayable, resuelto a viajar a Caracas para trabajar en la campaña presidencial de Renny. A pesar de que no lograba hablar con él, Chávez seguía oyéndolo en la radio y viéndolo en la televisión:

–Mi candidatura sale de abajo, de la base, del pueblo –decía Renny–. ¿Quién me acompaña? Me acompaña mi país. ¿Gasto mi propio dinero en la campaña? No. Yo no sé de dónde sale el dinero. Yo no estoy en esto por fama ni por dinero. Yo quiero ser presidente porque es mi deber, porque es mi destino, porque he nacido para eso.

–Y mi destino es acompañar a Renny cuando sea presidente –pensaba Chávez.

Semanas después, Renny Ottolina aceptó una invitación para dar una charla en el hotel Concorde de Porlamar. No quiso viajar en la aerolínea comercial Viasa. Eligió hacerlo en la avioneta privada de su amigo Gonzalo Fernández. Sin embargo, le informaron de que esa avioneta estaba en el hangar, sometida a servicios mecánicos. Siendo tan famoso, Renny no quería exponerse a los previsibles jaleos de un vuelo comercial, a pesar de que era un viaje corto, de apenas una hora y diez minutos. Aceptó entonces la invitación de un amigo, el empresario Carlos Olavarría, quien le ofreció su avioneta. Renny Ottolina, Olavarría piloteando su propia avioneta Cessna 310, y tres personas más salieron del aeropuerto de Maiquetía, en Caracas, pasadas las cinco de la tarde. Diez minutos después, la aeronave desapareció de los radares. Nunca llegó a Porlamar. Durante días, la buscaron en el mar. Una tarde hallaron los restos de la avioneta en el cerro Las Mercedes, en La Fila de los Indios, unas montañas a veinte kilómetros apenas del aeropuerto de Maiquetía. Una investigación ordenada por el presidente Carlos Andrés Pérez concluyó en que el accidente ocurrió por una impericia del piloto, Carlos Olavarría, quien, desorientado por una espesa formación de nubes, se desvió de la línea costera y no avistó a tiempo las montañas donde él y sus cuatro pasajeros perdieron la vida. Al enterarse, pasadas las tres de la tarde, saliendo de su programa radial en Barinas, de que habían encontrado los restos carbonizados de Renny Ottolina, unos despojos que estaban siendo devorados por los lobos, el subteniente Hugo Chávez rompió a llorar sin que nadie pudiera consolarlo y pensó, devastado:

–A Ottolina lo mataron.

Luego le habló al difunto, mirando al cielo:

–Renny Ottolina, yo seré tu heredero político. Yo rescataré el pensamiento de Bolívar. Y yo seré el presidente de Venezuela, el presidente que tú no pudiste ser porque la derecha de este país te asesinó.

Abril, 2002

Apenas el presidente Chávez entró en la base militar de Turiamo, pidió comida y una cama para descansar. Llevaba muchas horas sin dormir. Estaba exhausto. No soñaba con recuperar pronto el poder. Pensaba que debía volar a Cuba cuanto antes para, desde esa isla, y con la protección de Fidel Castro, organizar su regreso al poder, como Castro, desde México, deportado por Batista, planeó su regreso a Cuba en un yate de recreo, con menos de cien hombres intrépidos a bordo, todos dispuestos a conquistar el poder y, de paso, la gloria. Chávez desayunó en una mesa larga que acentuaba su soledad y le recordaba su desdicha. Pidió un teléfono. Se lo negaron. Pero advirtió que uno de los soldados que lo custodiaban lo miraba con simpatía.

–Ese muchacho es mi aliado –pensó.

Entretanto, y también sin haber dormido muchas horas, y sintiendo el peso agobiante del poder aun sin haberlo ocupado formalmente, el empresario Pedro Cardona llamó por teléfono al cardenal Ignacio Velasco y le pidió una reunión con carácter de urgencia.

–Venga ahora mismo –le dijo el cardenal Velasco.

Se conocían, se veían con simpatía, eran aliados en la causa de derrocar a Chávez. Además, Velasco sabía que Cardona era un hombre de fe y Chávez, en cambio, un ateo, y además un ateo que lo había insultado por televisión en numerosas ocasiones, diciéndole que era el diablo agazapado, el demonio encubierto debajo de una sotana, el representante de lucifer en la tierra. Por eso, Velasco veía con simpatía, y hasta con entusiasmo, que Chávez estuviera preso.

–Cardenal, tenemos un problema –le dijo Cardona, tras darse un apretón de manos.

–Menos mal que es solo uno –ironizó Velasco, quien, tras ver el anuncio de Rondón, asegurando que Chávez había renunciado, se había entregado, sin dificultades, a un sueño profundo y gozoso, pensando que su peor enemigo había sido derrotado en nombre de Dios y del bien.

–Estamos jodidos –le dijo Cardona–. En esta hora trágica para la república, las fuerzas vivas de la oposición tenemos que estar unidas.

–Absolutamente –dijo el cura.

–Y hemos llegado a un acuerdo, usted como representante de la Iglesia católica, Onega como representante de los trabajadores, y yo como representante de los empresarios, que el presidente provisional…

–Debe ser usted, don Pedro –lo interrumpió el cardenal, con una sonrisa meliflua.

–Pero el general Velásquez no está de acuerdo –dijo Cardona, preocupado y, al mismo tiempo, enojado.

–¿Y quién quiere el general, o los generales, que sea el nuevo presidente? –preguntó el cardenal Velasco, ardiendo de curiosidad.

–Velásquez quiere ser el presidente –dijo Cardona.

Pedro Cardona era un hombre habitualmente sereno, parsimonioso, que no perdía los estribos. Jugaba al golf, esquiaba en los Alpes, practicaba submarinismo. Ignacio Velasco reprimió una risa discreta y burlona.

–Qué atrevimiento el suyo, por el amor de Dios –dijo, como hablando consigo mismo–. Ya que ese señor sea general de división y comandante general del Ejército es un milagro de Dios, una prueba de la infinita generosidad de Dios, Nuestro Señor –continuó–. Pero de allí a querer ser presidente de la república…

–No da la talla –lo interrumpió Cardona–. Los zapatos de presidente le quedan grandes.

–Inmensos –dijo el cardenal Velasco.

–Pero él no lo entiende –se quejó Cardona–. Y los generales lo apoyan. Rosado lo apoya, Rondón lo apoya, los jefes de la Armada, la Aviación y la Guardia Nacional lo apoyan.

–Tenemos un problema –observó el religioso–. Pero no es un problema sin solución.

–¿Cuál sería la solución, estimado cardenal? –inquirió Cardona, cuya mano derecha temblaba levemente, tanto que cuando bebía una taza de café derramaba unas gotas sobre su pantalón.

–La solución es que yo, en nombre de Dios, Nuestro Señor, hable con los generales –dijo el cardenal, seguro de su poder de persuasión.

–No sé si son creyentes –dudó el empresario.

–Sí lo son –dijo el cardenal–. Yo los convenceré. Llame a Velásquez, a Rosado y a Rondón y dígales que vengan ahora mismo, que los espero en mi despacho.

Cardona llamó por teléfono a Velásquez y le pidió que se dirigiera de inmediato a las oficinas del cardenal Velasco. Pero Velásquez, cortante, le dijo:

–Mejor que el curita venga a mi comandancia.

Sin demora, el empresario Cardona llevó en su camioneta blindada, seguida de otra con cuatro guardaespaldas, al cardenal Velasco hasta la comandancia general del Ejército. Quiso entrar con Velasco a la reunión con los generales, pero el cura le dijo:

–Entro yo solo.

Minutos después, el cardenal saludó con un abrazo al general Efraín Velásquez, quien le dio un cálido apretón de manos y enseguida besó su anillo, haciéndole una reverencia al religioso. Luego los generales Rosado y Rondón saludaron al cardenal, aunque sin besar su anillo. Lo estimaban. Lo veían con simpatía. Lo consideraban un aliado natural. Ignacio Velasco era enemigo público de Chávez, había sido insultado por Chávez, era amigo de los generales enemigos de Chávez.

–He venido, en primer lugar, a felicitarlos por el acto heroico de liberar a nuestra república –les dijo, una vez que se sentaron en mullidos sofás de cuero y bebieron cafés y aguas minerales, aunque el gordo Rosado atacaba también unos tequeños–. Es un día de profundo júbilo para los hombres buenos de Venezuela. Han extirpado a ese tumor canceroso llamado Hugo Chávez, que estaba envenenando a nuestra nación –habló el purpurado, sin ocultar que se sentía superior a los generales, moralmente superior, intelectualmente superior, superior en todo sentido.

–Muchas gracias, su eminencia –le dijo Velásquez.

–Estos tres generales están gordísimos –pensó el religioso–. Parecen unos carpinchos, unos jabalíes. Si corren un kilómetro, se mueren los tres. Es el golpe de las vacas sagradas.

Luego planteó la cuestión de fondo sin más dilaciones:

–Señores generales, he venido a decirles, con toda humildad, pero con toda la firmeza de hablarles en nombre de Dios Nuestro Señor, quién debe ser el nuevo presidente de Venezuela.

Los generales se miraron con estupor, con perplejidad, con un súbito pasmo, como si estuvieran en la instancia final de un concurso para elegir al hombre más poderoso del país, Míster Presidente Venezuela, los tres pensando ojalá que el curita me elija a mí.

–¿Quién es su candidato? –preguntó el general Rondón, los ojillos curiosos tras las gafas de intelectual, sabiendo bien que él no sería el elegido.

–No vaya a ser que este pícaro del cardenal se nombre presidente, joder –pensó el general Rosado.

–No es mi candidato –corrigió el cardenal–. Es el candidato de Dios.

Seguro de que él era el elegido, porque había liderado la confabulación para deponer a Chávez, y porque mandaba sobre los demás insubordinados, y porque tenía el poder de fuego, las armas de la república, a diferencia del cardenal, quien solo poseía las fuerzas dudosas de sus palabras y del agua bendita, el general Velásquez pensó, sin dudarlo:

–Yo soy el elegido de Dios. Yo soy el nuevo presidente. Yo me he ganado ese honor, arriesgando mi vida.

Pero el cardenal le dio una mala noticia:

–El nuevo presidente de Venezuela debe ser don Pedro Cardona.

Los generales dieron un respingo, como si estuvieran montados sobre unos caballos chúcaros, reacomodaron sus posaderas, y se miraron, incrédulos.

–¿Quién lo ha elegido? –no salía de su espanto el general Velásquez–. Porque el alto mando militar no ha elegido a Cardona.

–Lo ha elegido Dios –dijo el cardenal, secamente, sin ánimo de negociar con los apandillados.

–¿Y usted cómo lo sabe? –preguntó, desconfiado, Rondón.

–Porque yo hablo con Dios –le respondió, con autoridad, el cardenal–. Yo le pregunté a Dios quién debía reemplazar a Chávez. Y su respuesta fue clara y contundente: Pedro Cardona.

–Entonces estamos jodidos –dijo Rosado, que soñaba con su embajada en Madrid, como Rondón soñaba con ser el ministro de Defensa del presidente Velásquez–. Porque nosotros no apoyamos a Cardona.

–Tenemos que hacer lo que manda la Constitución –razonó el general Velásquez, poniéndose de pie, dándose aire de jurista o de letrado.

–¿Y qué manda la Constitución? –preguntó el cardenal.

–No sé bien –se sinceró Velásquez–. La verdad, no la he leído.

–Yo tampoco –confesó el cardenal–. Yo no leo las cosas que escribe Chávez ni los adulones de Chávez. No pierdo el tiempo.

–La Constitución básicamente dice que, si renuncia el presidente, como ha renunciado Chávez, entonces asume el vicepresidente –se permitió intervenir el general Rondón, con las ínfulas de grandeza que sentía en sus entrañas y su espíritu, por haber sido quien firmó la renuncia de Chávez, suplantando al presidente derrocado.

–¿Y quién es el vicepresidente? –preguntó el cura Velasco.

–Diosdado –dijo Rondón–. Diosdado Cabello.

–Entonces estamos jodidos –dijo el cardenal–. Porque Diosdado es peor que Chávez, mucho peor que Chávez.

–Es más inteligente que Chávez –opinó el general Rosado–. Y está dispuesto a matar a Chávez para quedarse con todo el poder.

–Entonces no haremos lo que dice la Constitución chavista, ese mamarracho hecho a la medida del dictador –dijo el cardenal.

Y luego añadió:

–Haremos lo que dice Dios. Porque Dios, señores generales, está por encima de la Constitución.

Los generales asintieron, dóciles, sumisos. Ignacio Velasco sintió su poder sobre ellos:

–La Constitución es un engendro creado por Chávez –continuó–. En cambio, Chávez es un engendro creado por Dios. En consecuencia, y teológicamente, Dios tiene superioridad jurídica y moral sobre la Constitución.

–Carajo, este cura es un genio –pensó Rondón–. Si habla así en televisión, los chavistas se pasan a nuestro bando o se suicidan.

–Señores generales, les anuncio entonces que don Pedro Cardona se juramentará como presidente de la república –dijo solemnemente el cardenal–. Si ello no ocurre, yo, en nombre de la Iglesia católica, y el Papa desde el Vaticano, no los apoyaremos a ustedes, los alzados en armas.

–Comprendemos, señor cardenal –dijo el general Velásquez, aterrado de escuchar que Ignacio Velasco podía indisponer al Papa contra él–. Haremos humildemente lo que usted diga.

–Lo que Dios diga –lo corrigió el religioso.

–¿Y a nosotros, qué cargos nos corresponden, según la voluntad de Dios? –preguntó el general Rosado.

El cardenal los sorprendió:

–Usted, Velásquez, ministro de Defensa. Usted, Rosado, ministro del Interior. Usted, Rondón, comandante general del ejército. ¿Les parece bien?

–¿Eso le ha dicho Dios? –preguntó Velásquez.

–Asimismo –improvisó el cardenal.

–Acepto el Ministerio de Defensa, cardenal –se resignó Velásquez.

–Y yo, a mucha honra, la comandancia general –se pronunció el desvelado y ojeroso Rondón.

–Yo no acepto el Ministerio del Interior –dijo, sereno, y seguro de su destino, el gordo Rosado–. Yo quiero ser embajador en Madrid.

–No será problema, general –le dijo el cardenal–. Yo convenceré a don Pedro. ¿No prefiere ser nuestro embajador en el Vaticano?

–No, gracias –dijo Rosado, y luego esgrimió una razón de peso:

–Si sigo comiendo tantas pastas, voy a reventar.

Enero, 1982

Apenas Chávez se entera de que ha muerto su abuela paterna Rosa Inés, a quien llamaba Mamá Rosa, y a quien quería más aún que a su madre biológica, se hunde en una profunda depresión y se cuestiona su existencia, su futuro como militar y el amor por su esposa Nancy. Después del sepelio de su abuela, Chávez duerme en la casa de su hermano mayor Adán, en Sabaneta, y le escribe una larga carta de despedida a Rosa Inés:

> Quizás algún día, vieja querida, dirija mis pasos hacia tu recinto. Con los brazos en alto y con alborozo, colocaré en tu tumba una gran corona de verdes laureles. Sería mi victoria, sería tu victoria, y la de tu pueblo, y la de tu historia. Y entonces, por la Madre Vieja, volverán las aguas del río Boconó, como en otros tiempos tus campos regaron, y por sus riberas se oirá el canto alegre de tu cristofué, y el suave trinar de tus azulejos, y la clara risa de tu loro viejo. Y entonces, en tu casa vieja, tus blancas palomas el vuelo alzarán. Y entonces, la sonrisa alegre de tu rostro ausente llenará de luces este llano caliente. Y entonces, solamente entonces, al fin de mi vida, yo vendría a buscarte, Mamá Rosa mía, llegaría a la tumba y la regaría con sudor y sangre, y hallaría consuelo en tu amor de madre, y te contaría de mis desengaños entre los mortales. Entonces abrirías tus brazos y me abrazarías cual tiempo de infante, y me arrullarías con tu tierno canto y me llevarías por otros lugares a lanzar un grito que nunca se apague.

–Al lado de Mamá Rosa conocí la humildad, la pobreza, el dolor –le dijo Chávez a su hermano Adán, aquella noche, tras enterrar a su abuela–. A su lado aprendí a trabajar y cosechar, aprendí las injusticias de este mundo.

Consternado, Adán dijo:

–Siempre se preocupaba por los vecinos. ¿Recuerdas cuando te decía Huguito, vaya y llévele a la doña María tal esta hallaca, este poquito de

dulce?

–Y yo le llevaba la hallaca –dijo Chávez–, y me tocaba ir en su nombre, repartiendo platicos a sus amigas que, como nosotros, no tenían nada, o casi nada. Y siempre venía de vuelta con otras cositas que ellos le mandaban: un dulce, una mazamorra, un bollito de maíz.

Esa noche, en la casa de su hermano mayor, angustiado por la muerte de su abuela, Chávez le dijo a Adán:

–Yo no quiero ser comandante general del Ejército. Yo quiero ser presidente de Venezuela.

–Entonces primero serás comandante general –le dijo Adán–. Y luego darás un golpe.

–¿Y luego qué? –se animó Chávez.

–Luego convocarás a elecciones y las ganarás tú mismo –respondió Adán–. Y ya nadie podrá contigo, Hugo.

A finales de ese año, cuando Chávez era capitán del segundo regimiento de paracaidistas, todavía atormentado por las dudas sobre su futuro militar, el comandante de su unidad, Ángel Manrique, le ordenó que diese un discurso ante mil doscientos oficiales. Chávez no se dejó intimidar por el encargo: nada le gustaba más que hablar en público. Aquella tarde ocurrió un hecho capital que habría de cambiarle la vida. El comandante Manrique lo llamó para que hablase y, al advertir que el capitán Chávez caminaba presuroso y subía al estrado sin llevar en las manos unos papeles, un cuaderno de apuntes o un texto impreso, le preguntó, sobresaltado:

–¿Y el discurso, capitán?

Chávez respondió, altanero:

–Yo no tengo ningún discurso escrito. Voy a improvisar. Voy a hablar con el corazón, mi comandante.

Manrique quedó preocupado. Chávez acomodó el micrófono, acaso pensó en su Mamá Rosa y comenzó evocando al escritor cubano José Martí, citándolo de memoria:

–Así está Bolívar en el cielo de América, vigilante y ceñudo, porque él no hizo, no pudo hacer, lo que hasta hoy está sin hacer.

Enseguida habló durante una hora y media sobre Bolívar, sobre la vida heroica de Bolívar, sobre los pensamientos de Bolívar, y lo hizo con tal aplomo, naturalidad, elocuencia y dominio de escena que su jefe militar y los mil doscientos oficiales comprendieron sin dificultad que estaba naciendo allí mismo un orador estelar que habría de echarle muchos discursos más a la patria, un militar pico de plata y lector voraz de textos históricos que subyugaba con su verbo encendido y su palabra bonita. Cuando por fin terminó de hablar, fue premiado con una ovación, pero su jefe, el comandante Manrique, le dijo:

–Chávez, usted parece un político.

–Entendido –respondió Chávez, al sentir el reproche o la reprobación de Manrique.

Entonces se acercó su compañero de armas y amigo de promoción, Felipe Acosta Carlez, quien dijo:

–Usted está equivocado, mi comandante Manrique. Chávez no es ningún político. Es un capitán de los de ahora, y cuando ustedes oyeron lo que él dijo en su discurso, se mearon en los pantalones.

Sorprendido, Manrique se acercó al micrófono y le dijo a la tropa:

–Quiero que sepan que todo lo que ha dicho el capitán Chávez estaba autorizado por mí. Todo lo que dijo, si bien no lo trajo escrito, me lo había contado ayer. Y yo le di la orden para que pronunciara ese discurso.

Chávez se sintió reconfortado, más todavía cuando el comandante Manrique le concedió la tarde libre. Entonces Chávez les propuso a sus mejores amigos de la promoción, los capitanes Felipe Acosta Carlez, Jesús Urdaneta y Raúl Isaías Baduel, que salieran a trotar. Los cuatro capitanes, hinchados de orgullo por el discurso de Chávez, corrieron hasta llegar a un árbol famoso, el Samán de Güere, donde, según la leyenda, Bolívar, acogido por una sombra bienhechora, se sentaba a leer y reposar. Es allí donde, a sugerencia de Chávez, los cuatro capitanes decidieron comenzar a conspirar políticamente para llegar algún día al poder. En tono grandilocuente, y todavía conmovido por el éxito de su discurso improvisado, Chávez les anunció que allí mismo estaban fundando el

Movimiento Bolivariano Revolucionario de Venezuela. Uno a uno, primero Chávez, luego los demás imitándolo, al final Baduel, juraron así:

–Juro por el Dios de mis padres, juro por mi patria, juro por mi honor, que no daré tranquilidad a mi alma ni descanso a mi brazo hasta no ver rotas las cadenas que nos oprimen y que oprimen al pueblo por voluntad de los poderosos.

Desde entonces, Hugo Chávez se propone seguir formalmente la carrera militar hasta llegar, si acaso, a la comandancia general del Ejército, al mismo tiempo que conspirar políticamente para dar un golpe de Estado cuando las circunstancias le parezcan propicias. Esa tarde, en el patio de honor frente a la tropa reunida, y luego bajo el árbol que cobijaba a Bolívar, el capitán Chávez ha decidido que será más un político que un militar, o que será un militar altamente político, y que no cejará en su empeño de conquistar el poder, todo el poder.

Meses más tarde, poco después de cumplir treinta años, Chávez conoce en Caracas, en la casa de una amiga, Elizabeth Sánchez, a una mujer dos años mayor que él, divorciada, madre de dos hijos, profesora de historia, llamada Herma Marksman. Si bien Chávez está todavía casado con Nancy y es padre de tres hijos con ella, se enamora de Herma y así se lo hace saber sin dilaciones. Una de las primeras cosas que le regala a Herma es un mechón de pelo suyo, que le cortó su abuela Rosa Inés cuando era un niño. Hija de un sindicalista de izquierdas de origen alemán que trabajó en la Orinoco Mining Company, Herma Marksman era una intelectual, una mujer de libros y de ideas políticas, y por eso Chávez congenió enseguida con ella. Le dijo:

–Tú debes saber en qué ando yo. Tengo una doble vida, Herma. Una dentro del Ejército, como capitán. Y otra, la vida clandestina de la conspiración política.

Añadió:

–Mi sueño es llegar a la presidencia. El futuro nos pertenece. Quiero que me acompañes para toda la vida.

Por último, afirmó:

–Es cierto que estoy casado con Nancy. Es cierto que me ha dado hijos. Y yo los amo, Herma. Pero mi relación con Nancy es una relación traumática porque cuando estoy con ella no tengo nada de qué hablarle.

Chávez y Marksman conspiran políticamente. Tras pronunciar el juramento de Bolívar, Herma se afilia al Movimiento Bolivariano Revolucionario, es la primera mujer en sumarse a esa cofradía en las sombras. En las reuniones clandestinas, el nombre de guerra de Chávez es Liz o Caridad, y el de Herma es Pedro. Les gusta salir a pasear en el auto de ella, un Ford Sheffield, hablando de política y cantando las Barrancas de Arauca.

–Yo soy un capitán que combate en dos frentes –le dice Chávez, en tono risueño–. La casa principal, que es donde están Nancy y mis hijos, y la sucursal, que es donde vives tú con tus hijos.

Cantándole serenatas y rancheras mientras pasean en el coche de Herma, Chávez le asegura:

–Tú eres mi verdadera mujer, la mujer de mi vida.

Un día, borracho de amor, Chávez le dice:

–Herma, ¿te has planteado la posibilidad de que nos casemos? Yo me quiero casar contigo. ¿Tú quieres casarte conmigo?

Marksman responde:

–Pero tienes que divorciarte de Nancy antes de casarte conmigo.

Sorprendido, tocado en su honor, Chávez dice:

–Eso es imposible, Herma. Yo no puedo divorciarme de Nancy. Pero quiero casarme contigo.

–Entonces mejor no nos casamos –zanja Marksman el asunto.

Quieren ser padres, y ella queda embarazada, pero pierde al bebé a los dos meses. Cuando llegan las primeras Navidades juntos como pareja, ella con treinta y dos años cumplidos, él con treinta, Chávez le escribe una postal:

> Querida Herma:
>
> He aquí nuestra génesis. He aquí la razón de ser de los hombres y mujeres capaces de morir, ahora mismo, por esta querida tierra venezolana. He aquí mi vida y la tuya.

> Nuestro pasado, que se encabrita sobre los estertores del siglo XX, para dar un salto inmenso y caer victorioso en el siglo XXI. Te invito a cabalgar sobre su lomo este vuelo centenario, fugaz, violento, hacia un horizonte abierto como mi sábana. Feliz Navidad, amor. Nuestra primera Navidad juntos.

–Ningún militar venezolano escribe tan bonito como Hugo –piensa Herma, conmovida–. Llegará muy lejos, para bien o para mal de este país.

La hermana de Herma, llamada Cristina, es bruja, vidente, zahorí, y se jacta de penetrar en el futuro. Enterada de que el novio de Herma es militar y sueña con ser presidente, Cristina lee el futuro incierto del capitán Chávez y le anuncia, en tono sombrío:

–Vas a ser presidente de Venezuela, pero vas a estar preso primero. La señal la cargas encima.

Luego añade unas palabras con sincera congoja, resignada al imperio caprichoso de los dioses y a las maléficas emboscadas de los duendes del azar:

–Antes de cumplir sesenta años, vas a enfermar gravemente y te vas a morir.

Abril, 2002

Cuando Chávez despertó de una larga siesta en la base militar de Turiamo, pidió un teléfono fijo, un celular y un fax, para comunicarse con sus aliados más poderosos en aquella hora contrariada: el dictador de Cuba, Fidel Castro, y el general venezolano Raúl Baduel, jefe de la brigada de paracaidistas de Maracay. No sabía que los confabulados habían tomado una decisión:

–Si Chávez no firma de puño y letra su renuncia en Turiamo –le dijo el general Velásquez al general Rondón–, lo mataremos.

–¿Quién lo matará? –se sobresaltó Rondón.

–Tú –le dijo Velásquez–. Tú has nacido para ser un héroe.

–No, mi general –dijo resueltamente Rondón–. No puedo cumplir esa orden.

–Lo matarás y diremos que se suicidó –dijo Velásquez.

–Y si no tienes cojones para matarlo, lo mataré yo mismo –dijo el general Rosado.

–Pero la gente no creerá que Chávez se mató –objetó Rondón.

–La gente está harta de Chávez –alegó Velásquez.

–Pero ya verás que no tendrás que matarlo –dijo Rosado.

–Le dirás: si firma la renuncia, lo mandamos ahora mismo a Cuba –le dijo Velásquez a Rondón.

–Pero se lo dirás apuntándolo con una pistola –dijo Rosado–. Y ya verás que se mea en los pantalones y firma la renuncia.

–No lo sé –dudó Rondón–. Cuando ustedes le pidieron la renuncia en Miraflores, y lo amenazaron de muerte, no firmó.

–Ahora será distinto –dijo Velásquez.

–Ahora sabe que vamos en serio y que lo mataremos, si no firma –lo secundó Rosado.

No le quedó más remedio al general Lucas Rondón, que no había dormido dos noches largas y espesas, dos noches brutales y culposas, que subir a un helicóptero y volar a Turiamo para convencer a Chávez de renunciar a la presidencia y enseguida volar a Cuba.

–En ningún caso lo mataré –se dijo a sí mismo Rondón, en el helicóptero, rumbo a Turiamo–. Si no firma, no le dispararé. Porque si lo mato, iré preso el resto de mi vida.

Horas más tarde, saludó respetuosamente a Chávez, aunque no le dio la mano. Quedó sorprendido porque Chávez, ya liberado de las esposas, y en dominio de sus nervios porque había descansado, se puso de pie al verlo, se acercó con una gran sonrisa, una sonrisa invicta, una sonrisa regia, presidencial, como si aún fuese el hombre más poderoso del país, y le dijo, tras darle un abrazo que dejó demudado a Rondón:

–Carajo, Lucas, te has revelado como un actor profesional. Vi tu discurso de madrugada, diciendo que había renunciado. No sabía que tenías ese talento histriónico, Lucas. ¡Tienes que hacer una carrera en Hollywood!

Incómodo, disminuido, Rondón sonrió, abochornado de sí mismo. Sabía que le había mentido al país al decir que Chávez había renunciado, pero pensó, culposo, lo hice por el bien del país. A veces los hombres de honor tenemos que mentir por el bienestar de la patria, pensó. Luego dijo:

–Chávez.

No dijo presidente, o señor presidente, o comandante, o teniente coronel, o señor teniente coronel. Dijo secamente:

–Chávez.

Y Chávez, perspicaz, leyó el peligro y por eso dio un respingo.

–Tengo órdenes superiores –dijo Lucas Rondón, de pie, tieso, envarado, como si fuese una estatua de sal.

–¿Órdenes de quién? –preguntó Chávez, asustado, dando un paso atrás–. ¿De los golpistas? ¿De tus jefes golpistas, de esos traidores?

–Órdenes del comandante general del Ejército –dijo Rondón, de pronto un autómata, un robot programado para matar.

–¡El cobarde de Efraín Velásquez! –estalló Chávez–. Que venga a decírmelo en la cara.

Rondón tomó aire, sacó pecho, pensó en la historia, hizo acopio de coraje en esa hora crucial y le dijo a Chávez:

–Si firma la renuncia, lo dejaremos ir a Cuba, como usted ha solicitado.

Chávez asintió en silencio, la mirada obnubilada por el miedo, el terror dibujado en el rostro.

–Pero si no firma la renuncia que ya hemos anunciado al país…

–Que ya has anunciado al país, mintiendo –lo interrumpió Chávez.

–Entonces lo daremos de baja.

–¿Me darán de baja? –se exasperó Chávez–. ¿Qué carajo significa eso? Yo ya no soy militar en actividad.

–Lo eliminaremos –dijo Rondón.

–Ya me han eliminado como presidente constitucional –dijo Chávez.

–Lo eliminaremos físicamente –dijo Rondón.

Chávez sintió un escalofrío en las piernas, en la espalda, en los testículos.

–¿Me matarán, si no firmo? –preguntó.

–Afirmativo –dijo Rondón.

Un silencio espeso y ominoso se instaló entre el insurrecto con gafas y el presidente caído en desgracia.

–Y diremos que usted, como Allende, se pegó un tiro en la cabeza.

Chávez dio un paso atrás, se sentó sobre el colchón, se persignó, cerró los ojos, como elevando una plegaria, y dijo:

–Entonces mátenme. No renunciaré. Mátenme, hijos de puta.

Lucas Rondón decidió entonces que mataría a Hugo Chávez porque ese era el papel que la historia con mayúsculas le había reservado. Mataré a este dictador comunista y liberaré al pueblo venezolano y diremos que este miserable se mató, se dijo a sí mismo, en silencio, mirando fríamente a Chávez. Y si debo ir a la cárcel por liberar a Venezuela de este maldito comunista, Dios me protegerá, pensó. Luego sacó su pistola del cinto y apuntó a Chávez, quien dio un respingo, sentado en la cama, y gritó:

–¡Espera, Lucas! ¿Qué haces? ¿Te has vuelto loco?

Rondón siguió apuntando a Chávez.

–Hablemos, hermano –dijo Chávez–. Negociemos. ¿Estás loco de encañonarme así?

Rondón dio unos pasos, acercándose a Chávez, y se puso al lado de él, y dijo:

–Cuando dispare, la bala tiene que entrar por el lado izquierdo de su cabeza, porque usted es zurdo.

Chávez se quedó tieso, aterrado.

–Así los forenses dirán que usted se pegó un tiro con su mano izquierda.

A continuación, acercó la pistola a la cabeza del presidente, quien, temeroso de morir, gritó:

–¡Baja esa pistola, Lucas! ¡Hablemos! ¡Negociemos la renuncia!

–Adiós, Chávez –le dijo Rondón, y apretó el gatillo, al tiempo que el presidente cerraba los ojos y se llevaba las manos a la cabeza, agachándose, resignado a morir.

Lucas Rondón apretó el gatillo, pero el proyectil no salió expulsado de la pistola, porque él, deliberadamente, la había dejado trabada por el seguro.

–Tiene suerte, Chávez –le dijo Rondón–. La bala se atracó. La bala no salió.

–¡Renuncio, carajo! –rugió Chávez, llorando, temblando, los pantalones mojados de orines–. ¡Renuncio, Lucas!

Entonces Rondón dio unos pasos, abrió su maletín, sacó un fólder y le extendió una hoja a Chávez, quien, sudando frío, leyó un breve texto que decía que él, Hugo Chávez, destituía como vicepresidente a Diosdado Cabello y presentaba su renuncia irrevocable a la presidencia de Venezuela.

–Muy bien –dijo Chávez, recobrando a duras penas el aliento–. Firmaré la renuncia. Pero la firmaré cuando aterricemos en La Habana tú y yo, Lucas.

Rondón esbozó una sonrisa cínica, desdeñosa, y dijo:

–No, Chávez.

Ahora era él, Lucas Rondón, quien tenía el poder, y era Chávez quien debía obedecerle:

–Firmas ahora mismo o te mato. Y en una hora el general Velásquez saldrá en televisión a anunciar tu suicidio.

Chávez se desdibujó en una mueca de estupor, de espanto, de temblores ante la muerte inminente. Me están fusilando, pensó, pero sin juzgarme ni condenarme, es un fusilamiento ejecutado por cobardes que luego dirán que el cobarde fui yo mismo, razonó, observando la mirada gélida e imperturbable de Lucas Rondón.

–Confío en ti, Rondón –dijo Chávez–. Firmaré este papel escrito por los traidores. Pero júrame por tu honor que no me matarás y vendrás conmigo a Cuba.

–Le doy mi palabra de soldado de la república –respondió Rondón.

–Pásame un lapicero –dijo Chávez–. Firmaré ahora mismo.

Rondón le alcanzó un bolígrafo al presidente depuesto. Chávez releyó el texto, hizo un gesto de asco o repugnancia, miró a Rondón como si este fuese una alimaña y le dijo:

–Solo pido una cosa, antes de firmar mi renuncia.

–Diga, Chávez –respondió, helado, Rondón.

–Quiero siete millones de dólares en efectivo –pidió el presidente depuesto, todavía sudando frío.

–Yo no tengo ese dinero –dijo Rondón, con una media sonrisa displicente.

–Pues consíguelo –le dijo Chávez–. Yo no puedo llegar a La Habana sin dinero. Necesito plata, Lucas.

Rondón guardó temeroso silencio. No quería comprometerse.

–Si me consigues siete millones, te daré la mitad –dijo Chávez–. Apenas aterricemos en La Habana y me dejes en buenas manos, te llevas la mitad.

Lucas Rondón movió la cabeza, como evaluando la oferta:

–Entonces diré que usted ha pedido diez millones de dólares –dijo, y Chávez le sonrió, miró el texto y se dispuso a firmar.

A esa hora, mientras Chávez se jugaba la vida, el líder empresarial Pedro Cardona deliberaba con sus asesores y consejeros sobre su juramentación inminente como presidente de la república y sobre el decreto que anunciaría a la nación.

–Seré presidente de transición y unidad nacional por un año –dijo Cardona, hundido por el peso de varias noches insomnes, sin conciliar el sueño, atizado el ánimo sombrío por incontables tazas de café–. Y convocaré a elecciones en un año. Y diré que no me presentaré a la reelección.

Sus asesores, principalmente abogados, juristas, empresarios y familiares aprobaron la iniciativa.

–Debes decir que Chávez ha violado la Constitución y se ha puesto fuera del imperio de la ley –le aconsejó Brenes Farías, uno de los juristas.

–Diré la verdad –dijo Cardona–. Que Chávez ordenó reprimir y asesinar a mansalva a unos inocentes venezolanos que marchaban pacíficamente en los alrededores del palacio de Miraflores.

–Lo que constituye un delito de lesa humanidad contra el pueblo venezolano –dijo Brenes Farías, amigo de Cardona de toda la vida.

–También diré que Chávez ha violado la Constitución al suprimir la independencia de poderes, al politizar a las fuerzas armadas para convertirlas en su ejército personal y al violar sistemáticamente los derechos humanos del pueblo venezolano –dijo Cardona.

–Brillante, señor presidente –le dijo el prestigioso abogado, Daniel Roma–. Lo importante es no romper el hilo constitucional –añadió.

–¿El qué? –se rascó la oreja Cardona.

–El hilo –dijo el abogado Roma–. El hilo constitucional.

–O sea, señor presidente, usted debe decir que Chávez rompió el hilo constitucional al masacrar con francotiradores a una marcha pacífica –opinó Brenes Farías, bebiendo un café más–. Y usted viene a restaurar el imperio de la Constitución, a restablecer el hilo constitucional.

–Estoy al hilo de un infarto, carajo –pensó Cardona, aburrido de los abogados.

–Y para demostrar que usted se juramenta como presidente para restaurar la Constitución violentada por Chávez, es imperativo que se juramente ante la Asamblea Nacional –le dijo Brenes Farías, el jurista más respetado del salón.

–¡Ni a cojones! –se erizó Cardona–. ¡No voy a juramentar ante la Asamblea, ese burdel de chavistas! ¡No voy a dignificarla con mi presencia!

De pronto se instaló un silencio tenso y agobiante en el salón de los conspiradores, el despacho del empresario Cardona.

–Esa Asamblea es un nido de ratas –prosiguió el empresario–. No puedo jurar ante esa cloaca, señores. ¡No me jodan, por favor!

–Cabello no es un problema –le dijo Brenes Farías, su amigo jurista–. Al renunciar Chávez, ya removió a Cabello de la vicepresidencia.

Entonces Pedro Cardona se puso de pie y anunció, rugiendo como un león herido:

–¡Voy a disolver la Asamblea Nacional, señores!

–¡Pero eso sería romper el hilo constitucional! –insistió Brenes Farías.

–¡El hilo te lo metes por el culo! –se impacientó Cardona–. ¡Y voy a cerrar el Tribunal Supremo de Justicia!

–¡No puede hacer eso, señor presidente! –protestó Brenes Farías, poniéndose de pie.

–¡Y voy a clausurar la Fiscalía General y la Contraloría General, que están en manos de esos ladrones! –tronó Cardona, impaciente por gobernar.

–No, tío Don –se asustó un sobrino del empresario, de nombre Cipriano–. No puedes disolver todos los poderes públicos. Van a decir que eres un golpista, tío Don.

–¡Y voy a disolver el Consejo Nacional Electoral! –continuó rugiendo, poseído por las fiebres de grandeza, el hombre que debía suplantar a Chávez en el poder.

–¡No puedes cerrar todo, Pedro! –le dijo Brenes Farías, alisándose el bigote, presagiando lo peor–. ¡No puedes acusar a Chávez de violar la Constitución y luego violarla tú también!

–¡Cierro todo! –gritó Cardona–. ¡Disuelvo todo! ¡Clausuro todo! ¡No voy a gobernar con maricos, no voy a gobernar con mariconadas, señores! ¡El pueblo quiere mano dura para echar a los ladrones del poder! ¡Y gobernaré con mano dura, por el bien de la patria!

–Pero si no juras ante la Asamblea Nacional, y si no respetas la Constitución chavista, ¿entonces cómo podrás decir que eres el presidente

legítimo, democrático y constitucional de Venezuela? –se inquietó Daniel Roma, uno de los leguleyos al servicio de la conjura.

–Yo juraré no ante la Constitución chavista, que es una mierda, un adefesio, un mamarracho –dijo Cardona.

–Pero es la Constitución vigente, tío Don –le dijo su sobrino.

–¡Pues te la metes por el culo, sobrino! –se encabritó Cardona–. Porque esa Constitución la escribieron los chavistas para que el miserable de Chávez se quede eternamente en el poder, como nuestro Fidel Castro. ¡Yo me limpio el culo con esa Constitución!

Y luego añadió:

–Yo juramentaré ante Dios Todopoderoso, que me ha elegido presidente. Y gobernaré ante Él. Y responderé por mis actos ante Él.

Entretanto, en la base militar de Turiamo, sin saber que los alzados en armas habían decidido respaldar al empresario Pedro Cardona como presidente transitorio, y sin saber que Cardona había resuelto cerrar todos los poderes públicos, incluyendo el legislativo, el judicial y el electoral, además de destituir a los gobernadores y alcaldes elegidos por el pueblo, y sin saber que Cardona se había comprometido con el general Velásquez para nombrarlo ministro de Defensa, Chávez se persignó y dijo en voz alta:

–Dios, en tus manos pongo mi alma y mi cuerpo. Te ruego que me des un poco más de vida.

Enseguida sopló el bolígrafo, lo agitó para que brotase la tinta, miró a Lucas Rondón y dijo:

–La vaina está jodida. No me queda sino firmar.

Y recordó el consejo que Fidel Castro le había dado por teléfono:

–Salva tu vida, Hugo. No te inmoles. No dejes que te maten. No hagas una locura como la de Allende. Ven a Cuba y desde acá organizaremos tu regreso al poder.

Chávez escribió un garabato que no parecía su firma en ese papel que él no había escrito, miró con odio soterrado a Rondón, escupió un salivazo al piso y le dijo:

–Ya está. Aquí tienes mi renuncia, Lucas. Ahora nos vamos a Cuba.

–No –dijo Rondón–. Todavía no, Chávez –añadió, guardando el papel firmado en su maletín.

Julio, 1983

Hugo Chávez está por cumplir veintinueve años. Casado con Nancy Colmenares, mujer abnegada que le escucha pacientemente sus sueños de grandeza, tiene dos hijas: Rosa Virginia, que pronto cumplirá cinco años, y María Gabriela, que ya cuenta tres. Es principios de julio. Chávez acaba de ser ascendido a capitán. Está impaciente por ser padre de un varón. Para celebrar su condición de capitán, Chávez y su familia viajan al parque nacional Canaima, una impresionante reserva natural de tres millones de hectáreas, situada en la zona oriental del país, cerca de la frontera con Guyana. Nunca han estado en Canaima y quieren contemplar, maravillados, sus montañas, sus siete cascadas, sus ríos caudalosos, su vegetación exuberante y frondosa. En particular, quieren hacerse fotos al pie de la montaña del diablo, el Auyantepuy, de dos mil quinientos metros de altitud, y de la catarata más alta del mundo, el Salto Ángel.

Al mismo tiempo, esos primeros días de julio, temporada lluviosa en Venezuela, ha llegado al parque Canaima uno de los hombres más ricos del país. Se llama Carlos Enrique Cisneros. Ha cumplido cuarenta años. Es hijo del magnate Diego Cisneros, nacido en Cuba, y de Albertina María Rendiles. Los Cisneros se han consolidado como una de las familias más poderosas del país. Son dueños de Pepsi Cola y de la televisora Venevisión, entre otros negocios. Quien dirige el imperio familiar no es don Diego, ya retirado, sino su hijo Gustavo Cisneros, tres años menor que Carlos Enrique. Ambos son brillantes. Ambos son ambiciosos. Carlos Enrique, el mayor, posee un don natural para moverse en el mundo de la política y las ideas. Es más intelectual que Gustavo, quien, por su parte, se mueve como pez en el agua en el mundo de los negocios y el dinero. Por eso Gustavo quiere que Carlos Enrique sea algún día político profesional y, por supuesto,

presidente de la nación. Los Cisneros son los Kennedy de Venezuela y todos en la familia coinciden en que Carlos Enrique, si se lo propone, será presidente del país, pues se distingue por su inteligencia penetrante y, en particular, por una simpatía arrolladora que no conoce enemigos.

En alguna parte a orillas del caudaloso río Caroní, la familia Chávez come una merienda austera. Las niñas quieren meterse al río. Chávez, el padre, les prohíbe que hagan tal cosa. Lejos de allí, la familia Cisneros disfruta de los paisajes sobrecogedores y el aire puro. Carlos Enrique, más dado a los libros que al deporte, reposa bajo la sombra, leyendo un libro del escritor y periodista venezolano Carlos Rangel, *Del buen salvaje al buen revolucionario*. Su esposa, Shahla Mehbod, medio año mayor que él, sirve bebidas y hamburguesas. De pelo negro azabache y facciones aguileñas, Shahla es guapa, refinada, y al mismo tiempo sencilla, hacendosa. Han llegado en un vuelo privado desde Caracas. Son ricos, pero saben que las cosas más valiosas no se compran ni se alquilan: por ejemplo, un día en familia, lejos de la política y los negocios, contemplando la belleza del Auyantepuy. No muy lejos de allí, los hijos de la pareja juegan una partida de ajedrez. Se llaman Carlos Enrique, como su padre, y Shahla Cristina. Carlos Enrique Cisneros hijo tiene diecisiete años. Es tan guapo que los contornos de su rostro parecen dibujados por un artista de otro tiempo. Es apuesto, sensible, tímido, de pocas palabras. Su hermana, Shahla, de quince años, se parece mucho a su madre: es bellísima y ella lo sabe bien. Ambos parecen destinados al mundo de las artes. Pero una tragedia está por ocurrir.

De pronto, Carlos Enrique Cisneros hijo se despoja de la ropa, quedando en traje de baño, y se mete en las aguas del río Caroní. No les avisa a sus padres, no les pide permiso. Sabe nadar, se considera un buen nadador. Y ese río, que es peligroso, y que es muy extenso, tan extenso que recorre novecientos kilómetros de territorio venezolano, no le parece un riesgo mayor. Entra entonces al río Caroní. Las aguas no están demasiado agitadas, cerca de la orilla se tornan rojizas. Carlos Enrique hijo comete entonces un error: decide cruzar a nado el río de una orilla a la otra. Subestima la fiereza de aquellas aguas que bajan desde alguna cascada del parque natural. Sobrestima sus aptitudes como nadador. Y a mitad del río

pierde el piso. Y de pronto el cielo descarga una lluvia súbita e impiadosa. Y entonces Carlos Enrique hijo, a mitad del río, siente que la corriente se apodera de él, que las aguas lo secuestran, que el río lo aleja de su familia. Entonces grita:

–¡Papá, ayúdame! ¡Papá, sálvame, me lleva el río!

Carlos Enrique Cisneros padre se incorpora de un salto y comprende que su hijo está en peligro. Sin dudarlo, se quita los anteojos, las zapatillas, la camiseta, el sombrero. No vacila en arrojarse a las aguas del río Caroní, mientras su esposa Shahla eleva una plegaria al cielo. El padre nada resueltamente hacia su hijo. Ambos son arrastrados por la corriente. Carlos Enrique padre está en buena forma. Bebe poco alcohol, fuma raramente, siempre ha sido un buen nadador. Por eso no le teme al río. Por eso se acerca a su hijo, que hace esfuerzos por no hundirse.

–¡Tranquilo, Carlitos! –le grita–. ¡No te asustes, te voy a sacar!

Y el padre se acerca a su hijo, mientras el caudal los arrastra río abajo, y una lluvia tremenda encrespa esas aguas chúcaras y les impide ver bien. Y entonces, más allá, ambos pugnando por acercarse a la orilla, ambos evitando las piedras salientes del río, la familia Chávez se sobresalta al ver que hay un joven gritando en el río y que detrás de él nada con determinación un hombre de mediana edad.

–¡Se están ahogando, mi amor! –le dice Nancy Colmenares a su esposo, el recién ascendido capitán Hugo Chávez.

Las niñas Rosa Virginia y María Gabriela han entrado a una carpa que su padre ha montado para protegerlas de la lluvia inclemente.

–¡Tírate al río, amor! –le dice Nancy a su esposo–. ¡Haz algo! ¡Tienes que salvarlos!

Pero Chávez se queda de pie, tieso, asustado, y no se atreve a meterse al río.

–¡No sé nadar, Negra! –se defiende–. ¡Si me meto al río, tus hijas quedarán huérfanas!

Y entonces Chávez, impotente, contempla desde la orilla cómo el río arrastra al joven y cómo se afana el hombre de mediana edad en salvar al muchacho, y no puede hacer nada por ayudarlos, por rescatarlos, porque, a

pesar de ser militar, nunca pudo aprender a nadar. En ese momento, Chávez comprende que, si se mete en el río, perderá la vida. Y por eso no se arroja a las aguas del Caroní.

–Que Dios los proteja –dice, y se persigna.

Más allá, Carlos Enrique Cisneros padre salva heroicamente a Carlos Enrique Cisneros hijo. Una vez que lo toma del brazo y lo lleva nadando a la orilla, siente que ha cumplido su misión. Y mientras el joven cae desmayado sobre la maleza al pie del río, exhausto por el esfuerzo, su padre se descuida tres segundos y, tratando de salir, entra en un pozo hondo, pierde piso y es arrastrado por una súbita corriente traicionera que le golpea la cabeza con una piedra, dejándolo inconsciente. Y es así como Carlos Enrique Cisneros padre, que parecía predestinado para ser presidente de Venezuela, muere ahogado en el río Caroní, con apenas cuarenta años, tras haber salvado la vida de su hijo. Veinte años más tarde, Carlos Enrique Cisneros hijo, atormentado por el peso de la culpa de aquella tragedia que le costó la vida a su padre, muere de una sobredosis en su apartamento en Santa Mónica, Los Ángeles.

Abril, 2002

El teléfono del general Raúl Baduel, comandante de la brigada de Maracay, amigo de Chávez desde la escuela militar, sonaba con insistencia, pero él no quería atender las llamadas, por temor a que fuesen los generales Velásquez y Rosado, jefes del alzamiento, a quienes veía como unos golpistas fuera de la ley. Baduel deploraba la insurrección, la consideraba un acto de barbarie, un motín reñido con la democracia y la Constitución, y deseaba que Chávez recuperase el poder tan pronto como fuese posible, pero ese escenario le parecía harto improbable. Su celular volvió a timbrar y entonces reconoció que la llamada se originaba en Cuba y por eso habló, aunque no sin dudarlo:

–Aquí el general Raúl Isaías Baduel. ¿Con quién hablo?

–Baduel –habló una voz lejana–. Soy Fidel.

–¿Fidel qué? –se atrevió a preguntar Baduel.

–Fidel Castro –escuchó, y se cuadró como si tuviera enfrente al dictador cubano, a quien no conocía, con quien nunca había hablado.

–Señor presidente –le dijo, subordinándose de inmediato–. A sus órdenes. ¿Cómo puedo servirle?

Castro no perdió tiempo:

–¿Dónde está Chávez? –preguntó–. ¿Está vivo?

–Sí, señor presidente –respondió el general Baduel, quien gozaba de prestigio e influencia en las fuerzas armadas de su país–. El presidente está vivo. Lo tienen secuestrado. Me dicen que está en Turiamo.

–¡Tenemos que salvarlo, Baduel! –chilló Castro–. ¡Lo van a matar!

–Señor presidente, yo estoy en contra de los generales golpistas –dijo Baduel–. Yo estoy con el presidente Chávez.

–¡Entonces tienes que rescatarlo! –ordenó a gritos Fidel–. ¡Tienes que ir a salvarlo ahora mismo, Baduel!

–Mis contactos me dicen que el presidente ha renunciado y que desea viajar a Cuba –dijo el general Baduel.

–¡Baduel, escúchame! –gimió Castro–. ¡Escúchame y hazme caso! ¡Esos miserables no lo van a dejar venir a Cuba! ¡Lo van a fusilar!

–No creo que se atrevan a tanto –discrepó Baduel–. El presidente Chávez todavía tiene apoyo popular. Y a los golpistas no los conoce nadie.

–¿Cuántos hombres armados tienes bajo tu mando? –preguntó Castro.

–Quinientos hombres leales, todos de la brigada de paracaidistas –respondió Baduel.

–¿Están contigo? –preguntó Fidel–. ¿Te obedecen?

–Cien por ciento –contestó Baduel–. Mi brigada está conmigo.

–¿Tienes helicópteros? –siguió Castro.

–Sí –dijo Baduel.

–¿Tienes aviones? –preguntó Castro.

–Sí –respondió Baduel–. Pero no aviones de combate. Esos son de la Aviación, y el jefe de la Aviación está con los golpistas. Tengo aviones de carga, aviones portatropas.

–Muy bien –dijo Fidel–. No te voy a dar un consejo, Baduel. Te voy a dar una orden. Si la cumples, pasarás a la historia de los héroes y te convertirás en un mito.

–Un mito como usted, señor presidente –dijo Baduel, sorprendido de su amabilidad ante los arrestos del dictador cubano.

–Vas a elegir a tus mejores hombres –continuó Castro–. Los vas a subir a tus aviones y helicópteros. Y vas a volar adonde tengan secuestrado a Chávez. A Turiamo o al coño de su madre. ¿Me oyes?

–Perfectamente –dijo Baduel.

–Y vas a ejecutar una operación comando, con tu cuerpo de élite –siguió Castro–. Y vas a matar a quienes tengas que matar, ¿comprendes? Y vas a rescatar a Chávez. Lo vas a liberar, ¿me entiendes?

–Sí, señor presidente –se ofreció Baduel–. Pero si la operación de extracción y rescate del presidente Chávez tiene éxito, ¿qué debemos hacer luego?

–¡Lo llevas a Miraflores! –ordenó Castro–. ¡Y lo devuelves al poder!

Baduel guardó silencio, pensando que ese desenlace feliz que deseaba el dictador cubano era altamente improbable.

–¡Chávez es el presidente constitucional de Venezuela, Baduel! –bramó Fidel–. ¡Y tu deber patriótico es derrotar a los golpistas y restituirlo en el poder!

–Comprendido, señor presidente –dijo Baduel–. Pero ahora escúcheme usted.

–Habla –dijo secamente Castro–. Pero sé breve, que no hay tiempo que perder.

–Yo puedo ir a liberar a Chávez –dijo Baduel–. Pero será una guerra entre dos facciones de los militares de mi país, ¿comprende?

Castro no respondió.

–Y es una guerra que, me temo, yo no puedo ganar, mi comandante –siguió Baduel–. Ellos tienen más poder de fuego que yo. No puedo enfrentarme, solo con mi batallón de paracaidistas, a todo el Ejército, a la Armada y a la Aviación, ¿usted comprende? Porque sería una masacre. Nos aplastarían. Los golpistas están tan locos que querían bombardear el palacio de Miraflores, si Chávez no renunciaba.

–¡Pero no ha renunciado! –levantó la voz el dictador cubano–. Yo hablé con él cuando todavía lo tenían preso en Fuerte Tiuna y me dijo que no firmó ninguna renuncia.

–Yo le creo –dijo Baduel–. Pero ya se anunció al país que el presidente renunció y se mostró el acta de su renuncia firmada por él.

–¡Es una farsa! –rugió Castro–. ¡Una patraña! ¡Yo conozco a Hugo, y él no es un cobarde!

–Lo que le propongo es lo siguiente, señor presidente –dijo Baduel–. Me jugaré la vida y la de mis hombres para rescatar a nuestro presidente. Y una vez que lo tenga en libertad, le preguntaré si desea ir a Miraflores o si prefiere volar a Cuba.

–¡Elegirá Miraflores! –tronó el dictador cubano.

–Sería un baño de sangre –dijo Baduel–. Moriríamos todos, masacrados por los golpistas. Pero si esa es su voluntad, yo la respetaré y volaremos a Miraflores a echarle bolas y dar la pelea.

–¡Muy bien, Baduel! –se entusiasmó Castro–. ¡Eres un caballo!

–¿Y qué hacemos si el presidente quiere ir a Cuba, señor presidente? –preguntó Baduel.

–Pues lo traes –dijo Fidel–. Y vienes con él. Y desde acá organizamos la resistencia y la operación de retorno y captura del poder.

–Comprendido –dijo el general Baduel.

–Recuerda que yo fui con apenas cien hombres a Cuba y derroté a Batista –dijo Castro.

Luego añadió:

–Buena suerte, Baduel.

–Hasta pronto, señor presidente –dijo el general.

–Espera un momento –le dijo Castro–. ¿Tienes el teléfono del general Velásquez?

–Sí, por supuesto –dijo Baduel.

–Dímelo ahora mismo –ordenó Fidel.

Baduel le dijo unos números que Castro apuntó y memorizó, pues se jactaba de tener una memoria poderosa.

–¿Velásquez es el jefe de los golpistas, correcto? –se aseguró Castro, antes de hacer la llamada–. ¿O es el mequetrefe ese que salió en televisión, un tal Rondón?

–No –dijo Baduel–. Rondón cumple órdenes. El jefe es el general Velásquez. Y es él quien quiere quedarse como presidente provisional. Tiene el apoyo del Ejército, de la Armada, de la Aviación y de la Guardia Nacional. Si él quiere quedarse con el poder, nadie podrá sacarlo.

–¡Lo sacaremos tú y yo! –gritó Castro, y colgó.

–Este sujeto está loco –pensó Baduel, tembloroso tras hablar con el dictador–. Ha nacido para conspirar. Por algo lleva tantos años sin que nadie pueda tumbárselo.

Minutos después, el general Efraín Velásquez, sentado en su despacho, afligido porque no sería el nuevo presidente, sino apenas el ministro de Defensa del presidente provisional Pedro Cardona, respondió una llamada que provenía de La Habana.

–¡Habla Fidel Castro! –escuchó Velásquez, y pensó que era una broma de algún comediante o imitador–. ¿Con quién hablo?

–Con el general Efraín Velásquez, comandante general del Ejército de la república de Venezuela –dijo el jefe de los confabulados.

–¿Mi amigo Hugo Chávez está vivo? –preguntó Castro, levantando la voz, como si Velásquez fuese su subordinado.

–Sí, por supuesto –respondió Velásquez–. Le vamos a custodiar la vida, le vamos a respetar su integridad física.

–¿Dónde carajo está Hugo? –bramó Fidel.

–Me va a disculpar, señor Castro, pero esa es información de inteligencia que no puedo compartir con usted –se replegó el general Velásquez.

–¿Por qué no puedes decirme dónde está Hugo? –se enfadó Castro, levantando la voz.

–Porque usted no es venezolano –se puso bravo Velásquez–. Porque usted no manda acá. Porque usted es presidente de un país extranjero.

–¡Escúchame bien, mamaguevo, mariconzón! –gritó el dictador cubano.

Velásquez se quedó helado: hacía décadas que nadie lo insultaba. No estaba acostumbrado a quedarse callado, tras escuchar tales procacidades.

–¡Si no me dices dónde está Hugo, voy a ir yo mismo a Caracas, y te voy a encontrar, y te voy a cortar los huevos, y te voy a matar con mis propias manos! –gritó Fidel–. ¿Me has oído, mariconzón?

–¡Más respeto, carajo! –se enfureció Velásquez–. ¡Usted podrá gritar e insultar en Cuba, que es un burdel, pero acá mando yo, coño de su madre!

–¡Yo tengo hombres infiltrados en Caracas, hijo de puta! –lo amenazó Fidel–. ¡Si te atreves a matar a mi amigo Hugo, mis hombres te matarán!

–¡Váyase a la mierda, señor Fidel Castro! –rugió de pronto el general Velásquez, sorprendido por su improbable coraje–. ¡Acá en Venezuela nadie lo quiere! ¡No queremos una dictadura comunista en mi país!

–¡Oye, mariconzón, óyeme bien! –arremetió el dictador cubano–. ¡Te voy a decir lo que va a ocurrir! ¡Baduel va a rescatar a Chávez y lo va a traer a Cuba! ¿Me oyes? ¡Y no te atrevas a sabotear el rescate de mi amigo Hugo! ¡Él quiere venir a Cuba y tú tienes la obligación de respetar su vida!

Porque, ya te dije, si no la respetas, si lo matas, mis hombres en Caracas te matarán, pero antes te cortarán los huevos. ¡Y luego matarán a tu esposa, a tu madre y a todos tus hijos! ¿Me has oído?

El general Velásquez se estremeció con un escalofrío que le recorrió la espalda. Sabía que el dictador de Cuba era capaz de las peores maldades, las más abyectas crueldades. Por eso calló un momento, incapaz de ser valeroso o de fingir serlo, y respondió:

–No se preocupe, señor Castro. Ya el teniente coronel Chávez firmó su renuncia. Lo dejaremos huir a Cuba, como es su deseo.

–¡No vas a llegar a fin de año en el poder, mariconzón! –rugió Fidel–. ¡Yo mismo me encargaré de la venganza!

Enseguida cortó la comunicación. Azorado, sudoroso, víctima de una crisis de nervios, el general Velásquez llamó al general Rondón, quien se encontraba en la base militar de Turiamo, y le dijo:

–Te llevas a Chávez ahora mismo a La Orchila. Es una orden.

–¿A La Orchila? –se sorprendió Rondón–. ¿Por qué, mi general?

–Porque Baduel va camino de Turiamo a liberar a Chávez –dijo Velásquez–. Vuelen a La Orchila ya mismo y yo mandaré tropas a la isla para repeler la operación de Baduel.

–Baduel es peligroso –opinó Rondón–. Su tropa lo quiere.

–Si Baduel aterriza en Turiamo buscando a Chávez, lo fusilamos –dijo Velásquez.

–¿A quién, a Baduel? –se sobresaltó Rondón.

–No –dijo Velásquez–. Lo fusilamos a Chávez.

Hubo un silencio inquietante, el silencio de los cementerios en la noche, cuando graznan los cuervos ateridos que guardan rencores por años.

–Sobre mi cadáver lo dejo huir a Cuba –sentenció el general Velásquez, sintiéndose todavía el hombre más poderoso de su país.

Agosto, 1987

–¡Usted es un espía! –le gritó un capitán colombiano, en una estación policial de ese país, al capitán venezolano Hugo Chávez–. ¡Queda arrestado!

Obsesionado con investigar la historia de su bisabuelo Maisanta, a quien la leyenda le atribuía gestas heroicas de guerrillero o fechorías de bandido y criminal, Chávez había cruzado la frontera hacia Colombia por el puente de Arauca, llevando una mochila con dos pistolas, una cámara de fotos, un cuaderno de apuntes, una grabadora y mapas de la región.

–¡No soy un espía, mi capitán! –se defendió Chávez, sorprendido de que, detrás del oficial colombiano, estuviese colgado un cuadro de Bolívar–. Soy el nieto de Maisanta.

–¿Quién carajos es Maisanta? –se sorprendió el colombiano.

–Mi bisabuelo –respondió Chávez, con orgullo–. El padre de mi abuela materna Marta Frías. El último gran caudillo militar de Venezuela.

El colombiano no entendía de qué diablos le hablaba aquel venezolano sudoroso, flaco, de voz engolada y mirada penetrante.

–Lo que es la vida, mi capitán –se lamentó Chávez, en tono sereno, conciliador–. Hace muchos años, los colombianos y los venezolanos formábamos parte de un mismo ejército, ¿recuerda?

El capitán colombiano enmudeció.

–Y teníamos un mismo jefe –prosiguió Chávez–. Nuestro jefe era ese señor que nos mira allá atrás, desde ese retrato.

El colombiano miró de soslayo el rostro aguileño de Bolívar.

–No soy un espía, capitán –afirmó Chávez–. Soy un heredero de Bolívar. Soy bolivariano. Y quiero escribir un libro sobre mi bisabuelo Maisanta, que, como Bolívar, fue un héroe, un visionario, un hombre

adelantado a su tiempo, un guerrillero que combatió a la dictadura de Juan Vicente Gómez.

Acaso adormecido por las palabras musicales del capitán venezolano, o tal vez persuadido de que no era un espía, el colombiano lo dejó en libertad, con una condición:

–Vamos a tomar unas cervezas al bar de Arauca para que me cuentes la vida de tu bisabuelo.

Pasaron la noche emborrachándose en una cantina bulliciosa, después se fueron de putas, fina cortesía del colombiano, quien les pagó a las mujeres del meretricio con boletos de la lotería del Ejército, a ver si les tocaba en gracia la suerte, y a la mañana siguiente, con una resaca feroz, se despidieron con un abrazo. Aquella fue la primera vez que Chávez era arrestado. No cejaron desde entonces sus esfuerzos por reconstruir la vida de su bisabuelo Maisanta. Se llamó Pedro Pérez Delgado. Le decían Maisanta porque cuando entraba en combate, cabalgando, solía gritar:

–¡Madre Santa! ¡Mai Santa!

Tuvo dos hijos en Barinas. Uno de ellos se llamó Rafael Infante. Fue dicho señor Infante quien dejó embarazada a Marta Frías y luego desapareció de su vida. De aquel embarazo nació Elena Frías, la madre biológica de Chávez. Le pusieron de apellido Frías porque el tal Infante había desaparecido de la faz de la tierra. ¿Por qué Rafael Infante, si era hijo de Pedro Pérez Delgado, no se llamó Rafael Pérez? Era algo que Marta Frías, su hija Elena y su nieto Hugo Chávez no sabían responder con certeza. Probablemente, porque a Rafael, como a Marta, le pusieron por delante, como único apellido, el de la madre. Gracias a su curiosidad, Chávez llegó a conocer a una hija de Maisanta, quien entonces tenía casi ochenta años. Ella, llamada Ana Domínguez, que era de alguna manera la tía abuela de Chávez, le regaló un escapulario que había sido del viejo jefe guerrillero:

–Sobrino nieto, tú eres la reencarnación de Maisanta –le dijo–. Tu misión en esta vida es terminar de ganar las batallas que mi padre no pudo ganar.

Chávez nunca se desprendió de ese escapulario. Pero su madre Elena decía que Maisanta no había sido un héroe ni un justiciero ni un guerrillero moralmente virtuoso:

–Mi abuelo Pedro Pérez era un malandro –decía Elena, cuya palabra podía ser un látigo–. Era pistolero, tiratiros y ladrón de bancos, y violaba a cuanta mulata se le cruzaba en el camino, tremendo bandido.

–No, vieja –se impacientaba Chávez–. Maisanta fue casi tan grande como Bolívar. Desertó del ejército de Gómez para combatir como revolucionario a ese dictador repugnante.

–¡Pendejadas! –decía Elena Frías–. ¡Tu bisabuelo fue un asaltante de caminos, un ladrón de siete suelas! ¡Y no entiendo por qué me lo has convertido en santo!

A veces, el capitán Chávez visitaba a la bruja más respetada del pueblo y le pedía que, entre tragos de ron y densas humaredas de habanos, convocase al espíritu de Pedro Pérez Delgado, el caudillo Maisanta. En efecto, la mujer, ya mayor y adicta al trago, decía que Maisanta se le aparecía, que Maisanta le hablaba, que Maisanta le mandaba saludos, parabienes y felicitaciones a su bisnieto Hugo, el capitán justiciero, y que tenía un mensaje escueto que transmitirle:

–Tu enemigo es Carlos Andrés.

Chávez dio un respingo, asustado, y preguntó:

–¿Carlos Andrés Pérez?

La zahorí volvió a entablar comunicación con Maisanta en el más allá y, al retornar de aquel viaje invisible y astral, respondió:

–Sí. Pérez. Carlos Andrés Pérez.

Chávez quedó mudo.

–Dice Maisanta que tendrás que matarlo.

De pronto Chávez se puso de pie, agitado, nervioso, abrumado por el tamaño de la misión histórica que le imponía su bisabuelo desde las tinieblas.

–Pero Carlos Andrés me dio mi sable de graduación de la academia militar, bisabuelo Maisanta –argumentó–. Quedé octavo de setenta y cinco alumnos. Me gradué como licenciado en ciencias y artes militares. Y Carlos

Andrés, que entonces era el presidente de la república, me dio mi sable de graduación.

La bruja permaneció imperturbable, pensativa.

–¿Cómo carajos voy a matar a Carlos Andrés Pérez, Maisanta? –preguntó Chávez, al borde de un ataque de nervios.

La bruja cerró los ojos y habló por el bisabuelo, o el bisabuelo habló a través de ella:

–Carlos Andrés Pérez volverá a ser presidente en pocos años, Hugo –dijo, en el tono sentencioso e inequívoco de los profetas, de los que leen el futuro y se instalan en él–. Y tú tendrás que matarlo para coronar tu sueño de ser presidente de Venezuela.

–Carajo –pensó Chávez–, estoy jodido, ¿y si el viejo Maisanta tiene razón?

La bruja continuó:

–Una vez que mates a Carlos Andrés, y que seas presidente vitalicio de este país, ganarás las batallas por la justicia social que yo libré a caballo y no pude ganar, querido bisnieto.

–¡Tu palabra es una orden sagrada, bisabuelo! –rugió Chávez, de pie, haciendo el clásico saludo militar.

Después de pagarle a la bruja, Chávez temblaba de emoción y a punto estaba de romper a llorar. Corrió a contárselo todo a su amante Herma Marksman. Le dijo que Carlos Andrés Pérez volvería a ser presidente y que él tendría que matarlo tarde o temprano para capturar el poder y hacer la revolución. Desde entonces, Chávez comenzó a seguir con particular atención los discursos que Carlos Andrés Pérez, orador fogoso, político de raza, pronunciaba en calles y plazas, como parte de su campaña a un segundo mandato presidencial, unos discursos flamígeros que eran propalados íntegramente, o por fragmentos, por la televisión.

–Carlos Andrés es un imán, carajo –le decía Chávez a Herma–. Tiene una fuerza magnética. Es más carismático que Fidel Castro.

Herma, fumando, lo escuchaba, pensativa.

–Ojalá algún día pueda matarlo para dirigir los destinos de este país –decía Chávez, abrumado por el encargo de su bisabuelo afantasmado.

Abril, 2002

A las cinco en punto de la tarde, en un salón del palacio de Miraflores atiborrado de empresarios pudientes, vestidos de traje y corbata, y de curas intrigantes, y de periodistas amigos, Pedro Cardona, el elegido, se disponía a juramentarse como presidente provisional de Venezuela para cumplir un período breve de un año y luego entregar el mando a quien ganase las elecciones libres que él convocaría. Cardona no quería jurar ante los diputados de la Asamblea Nacional porque en su decreto inaugural anunciaría el cierre de dicho congreso donde los partidarios de Chávez eran holgada mayoría. Decidió entonces juramentarse ante sus amigos, los empresarios complotados y los curas conspiradores. Decidió que juraría ante el cardenal Ignacio Velasco y ante el obispo Luis Ugalde.

–Si la Iglesia me apoya, no es un golpe de Estado –dijo a sus amigos.

Los abogados Brenes Farías y Roma le alcanzaron a Cardona el extenso decreto que habría de leer, disolviendo todos los poderes públicos.

–Yo prefiero no leer el decreto –los sorprendió Cardona, visiblemente nervioso–. Mejor lo lees tú, Daniel –le dijo a Roma.

Alto, apuesto, rico sin complejos, impecablemente vestido, con pleno dominio de las circunstancias, Daniel Roma conocía bien los entresijos y los recovecos del poder, porque había sido secretario personal del expresidente Carlos Andrés Pérez y ahora aspiraba a tener una considerable cuota de poder, maniobrando al lado de Cardona.

–Tú eres un actor consumado –le dijo Cardona–. Lo harás mejor que yo.

–Con mucho gusto –aceptó el desafío Roma.

–Menos mal no me pidió a mí que leyera el decreto –pensó Brenes Farías.

Poco después, el abogado Daniel Roma leyó el decreto con voz estentórea, con gestos teatrales, con autoridad y determinación, como si hubiera nacido para protagonizar ese momento histórico, como si se hubiese entrenado toda la vida para proclamar a Pedro Cardona como presidente de Venezuela. Sentado a su lado, Cardona sonreía y saludaba con una mano al centenar de empresarios acaudalados que no cabían de euforia y ovacionaban los anuncios fragorosos de Roma. En efecto, el espectacular Daniel Roma, convertido en tribuno de oratoria caudalosa y portador de noticias dramáticas, anunció, tras nombrar presidente a Cardona, que cerraba la Asamblea Nacional, y fue interrumpido por los vivas y los vítores de los empresarios y los curas. Luego anunció que clausuraba el Tribunal Supremo de Justicia y los empresarios estallaron en gritos de júbilo y alborozo. Después anunció que destituía al Fiscal General de la República y, mientras Cardona sonreía, satisfecho, triunfador, sus amigos, los empresarios, daban saltos de alegría y se abrazaban como si hubiesen ganado una licitación, una obra pública, una jugosa partida presupuestal. A continuación, Roma, que ya parecía el presidente en funciones, expulsó de sus cargos al Contralor General de la República y al Defensor del Pueblo, lo que provocó que los empresarios chillaran de felicidad y gritaran cánticos glorificando a Cardona, el elegido. Enseguida, Roma, leyendo lo que no quiso leer Cardona, quien miraba todo como un gato veterano y sigiloso, siempre con una media sonrisa, dueño de las circunstancias, anunció la disolución fulminante del Consejo Nacional Electoral.

–Carajo –pensó el cardenal Velasco–, este Cardona se las trae, ha barrido con todos los poderes públicos copados por el chavismo.

En menos de diez minutos, el gobierno entrante de Pedro Cardona había disuelto el poder legislativo, el poder judicial, el poder fiscalizador y el poder electoral, después de que, unas horas antes, los generales alzados en armas hubiesen disuelto también el poder ejecutivo, presidido por el depuesto Chávez.

Poco después, Cardona juró, ante Dios y ante la patria, en un salón lleno de empresarios poderosos, restituir el Estado de derecho en su breve presidencia. No tardaron sus amigos conjurados en arroparlo con una

ovación atronadora, además de una lluvia de loas, ditirambos y alabanzas al nuevo jefe de Estado. Inmediatamente después, unos confabulados notables, elegidos por Cardona y sus abogados, firmaron el decreto inaugural del presidente: el cardenal Velasco, el gobernador Rosales, el empresario Ball, el político Curiel y la activista Guijarro.

–La conspiración ha triunfado –pensó Cardona–. La libertad ha salido victoriosa. Lo mejor está por venir.

Entretanto, en la base militar de Turiamo, el soldado Luis Hierro, encargado de cuidar a Chávez, le preguntó al presidente caído en desgracia:

–Mi presidente, ¿usted ha renunciado?

–No, negro –respondió Chávez–. No he renunciado. Me quieren matar. Me quieren fusilar.

–Tengo una idea –dijo el soldado Hierro.

–Dime, negro –dijo Chávez.

–Usted firme un papel diciendo que no ha renunciado –dijo el soldado–. Yo sacaré el papel a escondidas, sin que los jefes se den cuenta.

–¡Brillante idea! –dijo Chávez.

–Y se lo mandaremos por fax a quien usted diga –siguió Hierro.

–Tráeme el papel ahora mismo –le pidió Chávez.

No tardó el soldado Hierro, admirador de Chávez, pues había votado por él en las dos elecciones presidenciales precedentes, en acercarse con un papel y un bolígrafo. Sentado frente a una mesa austera, Chávez escribió:

> Al pueblo venezolano (y a quien pueda interesar)
> Yo, Hugo Chávez Frías, venezolano, presidente de
> La República Bolivariana de Venezuela, declaro:
> No he renunciado al poder legítimo que el pueblo me dio. ¡Para siempre!
>
> HUGO CHÁVEZ F.

Y a continuación registró no el garabato ilegible que le dio al general Rondón, sino su firma auténtica.

–Ahora meta el papel en una gaveta –le dijo el soldado Hierro.

Chávez abrió el cajón de un escritorio, pero Hierro cambió de opinión:

–Mejor métalo al fondo de la canasta de basura, debajo de todos los papeles.

Chávez obedeció y escondió el papel firmado en el cesto de basura.

–No se preocupe, mi presidente –dijo Hierro–. Yo se lo enviaré por fax a quien usted me diga.

–Apunta, negro –le dijo Chávez.

Luego le dio dos números de teléfono: el de Diosdado Cabello, su vicepresidente, y el del general Raúl Baduel, su amigo de toda la vida, el jefe de la brigada de Maracay.

–No se preocupe, mi presidente, que cumpliré la misión –prometió el soldado Hierro.

–Te prometo que, si Cabello y Baduel reciben este papel, algún día te regalaré una casa para ti y otra para tu señora madre –dijo Chávez.

–No hace falta, señor presidente –dijo Hierro–. Yo estoy con usted. Yo voté por usted. Yo creo en usted.

–Gracias, negro –se emocionó Chávez.

–Nosotros, el pueblo, lo elegimos presidente a usted –dijo Hierro, tez morena, corpulento, voluminoso, algo subido de peso–. El pueblo no eligió a los generales que lo han sacado del poder. Ellos no representan a nadie.

–Bien dicho, negro –se entusiasmó Chávez.

Mientras el soldado Hierro se disponía a ayudar sigilosamente al presidente caído en desgracia, el presidente recién juramentado, Pedro Cardona, discutía con su abogado Daniel Roma sobre la suerte de Chávez:

–Por mí, que lo dejen ir a Cuba –dijo Cardona–. Así nos sacamos un peso de encima.

–No, Pedro, de ninguna manera –dijo Roma–. No podemos dejarlo escapar. Tenemos que juzgarlo y meterlo en la cárcel.

–No lo subestimes –opinó Cardona–. Chávez aún tiene mucha gente que lo apoya.

–Si lo dejas huir, quedarás como un presidente débil, sin autoridad, que le tiene miedo –dijo Roma–. Tienes que meterlo en la cárcel. Recuerda que tu deber no es ser popular ni ser querido, sino ser respetado y ser temido.

–¿Qué dicen los generales? –preguntó Cardona.

–No lo sé –dijo Roma.

–Llama a Velásquez –ordenó Cardona.

Daniel Roma marcó el número privado del general Velásquez y le pasó el celular a Cardona:

–¿Cómo está mi ministro de Defensa? –lo lisonjeó Cardona, masajeándole el ego.

–Muy bien, señor presidente –respondió Velásquez–. Felicitaciones por su juramentación. Es un día histórico para la patria.

–Gracias, gracias –dijo Cardona, que no sentía química ni sintonía con Velásquez, que desconfiaba de él, que lo veía como un hombre chato, limitado, de corto vuelo intelectual–. Dime una cosa, ¿qué vamos a hacer con Chávez?

–Lo que usted mande, mi presidente –se rebajó de inmediato el general.

–Pero tú qué piensas –dijo Cardona.

–Chávez quiere ir a Cuba –dijo Velásquez–. Yo lo mandaría a Cuba de inmediato.

–Comprendo –dijo Cardona, mientras Roma, a su lado, movía la cabeza, visiblemente contrariado, como diciendo este general es un cabeza dura, no le hagas caso, no sabe nada de política.

–El problema es que Chávez ha pedido dinero –reveló Velásquez.

–No me sorprende –sonrió a medias Cardona–. ¿Cuánto quiere?

–Siete millones de dólares –dijo Velásquez–. Se los ha pedido al general Rondón.

–¡No le daremos nada, carajo! –gritó Daniel Roma, para que el general lo escuchara–. ¡Y no lo dejamos huir a Cuba a ese malnacido! ¡Se queda en Venezuela y va a la cárcel, como corresponde!

–Es una orden, general –dijo Cardona–. No lo mandemos a Cuba. No todavía. Pensemos bien.

–Lo que usted diga, mi presidente –obedeció Velásquez.

–Muy bien, general –dijo Cardona–. Nos vemos luego.

–Tengo algo importante que decirle, si me permite, señor presidente –le dijo Velásquez.

–Dime –se interesó Cardona.

–Me ha llamado Fidel Castro –reveló el general.

–¡No me jodas! –sonrió Cardona–. ¿En serio? ¿Y qué quiere?

–Me ha insultado –se quejó Velásquez–. Me ha amenazado de muerte. A mí y a mi familia, incluyendo a mi santa madre.

–¡Ese degenerado! –se enfureció Cardona–. ¡Es el diablo en persona!

–Y me ha dicho que él y Baduel están planeando una operación militar para liberar a Chávez –dijo Velásquez.

–Mierda –dijo Cardona–. Eso sí que es serio.

–¿Baduel está con Chávez? –gritó el abogado Roma.

–Positivo –respondió el general.

–Te voy a dar una orden, amigo Velásquez –dijo Cardona–. Vas a trasladar de inmediato a Chávez de Turiamo a La Orchila, ¿me has oído?

–Muy bien, señor presidente.

–Y óyeme bien: si la gente de Baduel llega a La Orchila, ¡mi orden es matar a Chávez! –gritó Cardona.

–¡Y luego diremos que murió, tratando de escapar con los cubanos! –rugió Roma.

–Comprendido, señores –dijo Velásquez.

Mientras tanto, el soldado Luis Hierro recogió de la basura el papel firmado por Chávez, lo escondió debajo de sus calzoncillos y salió manejando un camión del Ejército con la misión de repartir balones de gas a las casas cercanas de los jefes de esa base militar en Turiamo. Concluida la misión de repartir las bombonas de gas, se dirigió a la casa de un amigo que tenía un fax y despachó el papel firmado por Chávez a los números que este le había dado: los de Baduel y Cabello. Al recibir el fax en Maracay, el general Baduel reconoció la firma de Chávez y pensó:

–Tengo que ir a liberarlo. Esto es un golpe de Estado. Cardona ha violado la Constitución. El dictador es Cardona, no Chávez. Tengo que derrocar a Cardona y devolver a Chávez al poder.

Luego llamó por teléfono a Diosdado Cabello y empezaron a idear planes para liberar a Chávez. A esa misma hora, el general Velásquez llegó a su casa para cenar y anunció a su esposa y sus hijos:

–El nuevo presidente Cardona me ha pedido que sea su ministro de Defensa.

Su familia lo abrazó, lo felicitó y lo cubrió de elogios, mientras Velásquez pensaba:

–He salvado a la patria del comunismo. He pasado a la historia.

Luego caviló:

–Quizás en un año me presento a las elecciones y me eligen presidente, carajo.

Diciembre, 1987

Hugo Chávez ha cumplido treinta y tres años. Sigue casado con Nancy Colmenares. Es padre de tres hijos: Rosa Virginia, María Gabriela y Hugo Rafael. No vive con ellos, quienes están en Barinas, con su madre. Chávez se encuentra destacado en un cuartel en Apure. Entre sus jefes, tiene fama de conspirador, intrigante y comunista encubierto. Por eso la inteligencia militar desconfía de él y le sigue la pista. Temeroso de que lo apresen, Chávez se inventa una enfermedad en el ojo izquierdo. Dice que no puede ver por ese ojo, que teme quedar tuerto. Pide licencia médica para viajar a Barinas, a fin de reunirse con su familia y someterse a una operación ocular. Sus jefes le otorgan las vacaciones. Pero Chávez no viaja a Barinas. Ve muy bien con ambos ojos. En efecto, ve tan bien que no se pierde todas las mañanas el noticiero *Buenos días*, que emite el canal 4, Venevisión, un informativo que comienza muy temprano, a las seis de la mañana, conducido por Carlos Rangel y Sofía Ímber. Chávez viaja a Caracas. Quiere conocer a Carlos Rangel. Si antes admiraba a Renny Ottolina, ahora se considera un asiduo espectador de Carlos Rangel. Admira su inteligencia y su cultura, su aplomo y su elegancia para hacer preguntas, su capacidad para explicar en términos sencillos las cosas más complejas. Por eso, Chávez llega una mañana, a las cinco en punto, todavía de noche, a los estudios de Venevisión, y aguarda a que arriben los famosos conductores del noticiero matinal, Rangel e Ímber, que además son amantes, una pareja inseparable. Al verlos llegar en un coche que maneja Sofía porque Carlos es muy distraído, Chávez, vestido de civil, se acerca a ellos y le dice a Carlos Rangel:

–Soy un fanático de su programa, señor Rangel. No me lo pierdo.

Rangel todavía no ha cumplido sesenta años. No disimula las canas. Lleva el pelo bien planchado hacia atrás, gobernado por un fijador. Sus ojillos curiosos e inquietos, agazapados tras unos anteojos gruesos de intelectual, observan a ese joven delgado, con una verruga en la frente, quien le sonríe, obsequioso, al tiempo que dice:

–¿Me firmaría un autógrafo?

Enseguida Chávez le extiende una copia de *Del buen salvaje al buen revolucionario*, ensayo escrito por Rangel, publicado originalmente en francés y traducido al español por la editorial Monte Ávila.

–Encantado –dice Rangel, ante la mirada atenta de su mujer–. ¿Cómo es tu nombre?

–Mi nombre es Hugo Chávez –dice el entonces capitán–. Y mi sueño es ser un buen revolucionario –añade, con una sonrisa.

Mientras Rangel firma con parsimonia la dedicatoria, sin sospechar que ese rendido lector y espectador, todavía joven, es un militar en actividad y un golpista en ciernes, le dice:

–La revolución que tenemos que hacer en Venezuela es la revolución capitalista.

Chávez enmudece.

–Porque la revolución marxista es una estupidez que solo trae pobreza –afirma Rangel.

–Comprendo –dice Chávez.

–Venezuela, hasta hoy, ha sido un fracaso –dice Rangel, y le entrega el libro dedicado.

–Nos vamos –dice Sofía, impaciente–. Tenemos que maquillarnos.

Entonces Chávez los sorprende:

–¿Podría pasar al estudio con ustedes?

Ímber lo mira con desconfianza.

–¿Y tener el honor de contemplar el programa en vivo y en directo? –insiste Chávez.

–Casi mejor si lo ves en tu casa –sugiere Ímber.

–Venga, vamos, acompáñanos –dice Rangel, amable como siempre.

Es así como Hugo Chávez entra por primera vez a los estudios de Venevisión: como admirador de Carlos Rangel, y abusando de la gentileza y la paciencia de Carlos Rangel. Una vez en el estudio, se sienta en una esquina y promete:

–No haré ruido. De aquí no me muevo. Cuando los escucho, aprendo.

Rangel e Ímber llevan casi veinte años conduciendo el noticiero matinal y haciendo entrevistas. Todo lo hacen juntos. Son cultos e intelectuales, sin ser aburridos ni solemnes. Tienen sentido del humor. Saben preguntar. Saben discrepar sin levantar la voz. Casi veinte años atrás, comenzaron el telediario de las mañanas en Radio Caracas y, cuatro años después, lo mudaron a Venevisión, donde han cumplido quince años ininterrumpidos de éxitos en la pantalla chica. Son, ya, un clásico de la televisión venezolana. Sofía ha nacido en Soroca, un pueblo rumano, y ha llegado de niña a Caracas, y, antes de enamorarse de Carlos, ha estado casada con un escritor, Guillermo Meneses, a quien llama Guillito, con el cual ha tenido cuatro hijos. Carlos, por su parte, ha estudiado en Nueva York y París, ha sido diplomático en Bruselas y ha estado casado con Bárbara Barling, con quien ha tenido cuatro hijos. Carlos y Sofía viven juntos y no han tenido hijos como pareja. Se conocieron en los estudios de Venevisión, haciendo el programa *Frente a la prensa*, y desde entonces son inseparables.

–¿Y a qué te dedicas? –le pregunta Rangel a Chávez, en uno de los cortes comerciales, mientras bebe café.

–Soy revolucionario –responde Chávez, altanero, la voz engolada–. Soy fundador del Ejército de Liberación de Venezuela.

Rangel y Sofía se miran, sorprendidos, y sonríen. No saben si están ante un charlatán, un orate, o un conspirador en serio.

–¿Eres soldado? –pregunta Rangel.

–Sí –responde Chávez–. Pero mi vocación es la política.

Luego el programa continúa y Chávez, desde una esquina en la penumbra, toma notas como un alumno aplicado. Ha leído el ensayo de Rangel. Lo ha subrayado en casi todas las páginas. Pero, a diferencia de Rangel y de Sofía Ímber, Chávez ve con animosidad a los Estados Unidos y

cree que Venezuela es un país pobre por culpa de sus políticos corruptos, pero también de los Estados Unidos.

–Si Dios quiere, algún día ustedes me van a entrevistar –les dice Chávez a Rangel e Ímber, tan pronto como concluye el programa.

–¿Eso crees? –pregunta Sofía, viendo con creciente recelo a ese hombre que le parecía entrometido y trepador.

–Sí –dice Chávez, los ojos despidiendo unas chispas inquietantes, los destellos del fanático extranjero a toda duda–. Yo soy un revolucionario, como Bolívar. Y algún día seré presidente de este país. Y vendré a este estudio, querido Rangel, querida Sofía, y acá conversaremos largo y tendido.

–Buena suerte –le dice Rangel, apurado por irse a su casa a leer, porque es un hombre que, cuando no lee, siente que pierde el tiempo.

–¿Cómo es que te llamas? –le pregunta enseguida al revolucionario que ha ocultado su condición de capitán.

–Hugo. Hugo Chávez.

–Suerte, Hugo Chávez –lo despide Rangel, siempre atento con sus espectadores y sus lectores.

Es diciembre y Carlos Rangel y Sofía Ímber aguardan con ilusión las fiestas de fin de año, a pesar de que no son religiosos. Sofía es madre de Adriana, Pedro, Sara y Daniela. Por su parte, Carlos es padre de Antonio, Carlos, Magdalena y Diana. Cuando la pareja se reúne con los hijos de ella y los hijos de él, son diez, y se divierten mucho. Además, tienen dinero y viven cómodamente. El libro de Rangel ha vendido más de cien mil ejemplares y es un éxito en diversas lenguas. Pero su ingreso más copioso proviene de la televisión. Carlos y Sofía cobran una fortuna a Venevisión porque, además de ser los conductores del *Buenos días*, ejercen como productores independientes del espacio y negocian directamente con los auspiciadores. Carlos Rangel y Sofía Ímber son intelectuales respetados, periodistas que gozan de prestigio, grandes defensores de las libertades y, además, empresarios adinerados.

Unas semanas después, un jueves a mediados de enero, Carlos y Sofía graban el telediario que se emitirá al día siguiente. Como de costumbre,

hacen varias entrevistas. El tema capital que recorre el programa es que se cumplen treinta años de vida democrática en Venezuela, tras la caída del dictador Pérez Jiménez. Tan pronto como concluye la grabación, Rangel e Ímber se dirigen a su casa. Ella cree advertir que él está sumido en una tristeza que no tiene cura ni remedio, una depresión que procura disimular. Por eso, una vez en casa, Sofía le pide a su hijo Pedro, quien cuenta veintiséis años:

–No pierdas de vista a Carlos. Está raro. Lo veo trastornado. No lo dejes solo.

Pedro Meneses ya es médico graduado y ejerce como cirujano plástico. Le tiene sincero aprecio a Carlos Rangel.

–Pedro, por favor prepárame un té –le dice Rangel.

Entonces Pedro va a la cocina y Rangel entra en su dormitorio, cierra la puerta del baño y se dispara un tiro en la cabeza. Asustado, Pedro corre al baño.

Rangel yace en el piso, bañado en sangre. Está muerto. Se ha quitado la vida con apenas cincuenta y ocho años. Las razones del suicida son un misterio. Solo las comparte, si acaso, con su amada Sofía Ímber, a quien deja una carta manuscrita, explicándole por qué ya no desea vivir y pidiéndole que sea fuerte y se sobreponga a la tragedia. Sofía Ímber es fuerte como pocas mujeres. Después de los funerales de su esposo, conduce ella sola, el lunes, tres días después del suicidio de Carlos Rangel, el programa *Buenos días*, que hicieron juntos por casi veinte años. No se quiebra. Es una dama de hierro.

–Si llorara, lloraría el mar entero –dice.

Desde entonces, se impone la estoica rutina de trepar el monte Ávila, sola, siempre sola.

–Lo hago para no pensar –confiesa a sus más íntimos.

Al día siguiente del suicidio de Carlos Rangel, un viernes de madrugada, los locutores de Venevisión anuncian, consternados:

–El periodismo venezolano se encuentra de luto por la pérdida irreparable de Carlos Rangel, poseedor de una preclara capacidad de análisis.

En sus obituarios del día, *The New York Times* escribe:

–Era uno de los más articulados intelectuales de América Latina.

En los funerales, el presidente Jaime Lusinchi, que es médico, dice:

–Fue un hombre excepcional.

El hijo de Carlos Rangel, que también se llama Carlos Rangel, y tiene entonces treinta y dos años, dice:

–Era mi amigo. Éramos muy cercanos. Trabajábamos en una oficina juntos, uno frente al otro. Me enseñó a pensar.

Meses antes de quitarse la vida en el baño de su casa, Carlos Rangel le concedió una entrevista a Marcel Granier, en Radio Caracas Televisión, y le dijo:

–No soy optimista. Habrá una dictadura horrenda en Venezuela. Y será una dictadura de una crueldad que no imaginamos.

Abril, 2002

–¡Buenos días! –anunció en la televisión, en el matinal 24 horas del canal Venevisión, el periodista Napoleón Bravo, celebrando la renuncia de Hugo Chávez y la ascensión de Pedro Cardona al gobierno–. ¡Tenemos nuevo presidente! –añadió, con una sonrisa inequívoca de alegría, celebrando el movimiento sísmico en las alturas del poder.

En la víspera de que Chávez fuese arrestado en el palacio de Miraflores por el alto mando militar, Napoleón Bravo había recibido en su casa al amotinado general de brigada Néstor Gómez y grabado un breve mensaje de dicho oficial, en el que pedía que sus jefes militares destituyesen a Chávez, una atropellada proclama que fue difundida por esa televisora:

–El presidente Chávez vende, traiciona y destruye su patria para lograr sus objetivos comunistas –lo acusó el general Gómez.

Luego afirmó:

–Las fuerzas armadas jamás usarán sus armas contra el pueblo venezolano.

Y sentenció:

–El alto mando militar tendrá que asumir la posición de decirle al presidente Chávez: aquí la causa del problema es usted, así que por favor váyase.

Unas horas más tarde, centenares de personas iracundas, reunidas frente a la embajada cubana en Caracas, gritaban insultos contra la dictadura de esa isla caribeña, contra los diplomáticos de aquella nación, quienes temían que la turbamulta exaltada derribase las puertas o trepase las paredes y entrase a matarlos.

–¡Ni un paso atrás! –gritaban los ciudadanos enardecidos, al tiempo que las cámaras de televisión los grababan y todo aquello se emitía en los

canales del país–. ¡Los vamos a matar a todos, miserables asesinos cubanos!

Algunos sujetos rompían los vidrios de los coches aparcados en las afueras de la embajada, se trepaban en los techos de esos vehículos y saltaban sobre ellos.

–¡Los vamos a matar de hambre! –chillaban los más enfurecidos–. ¡No dejaremos entrar comida hasta que se mueran, asesinos! –rugían los líderes del alzamiento.

Aterrado de que la embajada fuese invadida por las turbas encolerizadas, el embajador cubano, Germán Sánchez Otero, quien llevaba ocho años destacado en Caracas, pidió a uno de sus subordinados que, desde los jardines de la embajada, pusiera una escalera y trepara con cautela, procurando calmar las iras de la multitud, una muchedumbre que odiaba a Fidel Castro, a su embajador en Caracas y a los agentes de inteligencia cubanos infiltrados en Venezuela, al servicio de Chávez. El hombre, de contextura esmirriada, bigotes y anteojos, cargó a duras penas la escalera, la apoyó en la pared interior de la embajada, trepó asustado y, tan pronto como resultó visible a los manifestantes, habló con la ayuda de un megáfono:

–¡Calma, señores! –gritó–. ¡Por favor, les pedimos calma!

Pero los iracundos manifestantes lo insultaron y le arrojaron latas y botellas que el diplomático cubano tenía que esquivar, agachándose, cubriéndose, desapareciendo unos segundos detrás de la pared.

–¡Te vamos a matar, comunista hijo de puta! –le gritaban.

De nuevo, el atribulado funcionario sacaba la cabeza, sudando copiosamente, y decía:

–¡Les recuerdo que somos pueblos amigos, pueblos hermanos, pueblos que aman la paz!

Pero enseguida era reprobado por una rechifla vigorosa y toda clase de insultos, procacidades y amenazas:

–¡Marico!

–¡Pajúo!

–¡Bate quebrao!

–¡Te vamos a meter la escalera por el culo!

De pronto apareció un joven político venezolano, Henrique Capriles, que había sido elegido el diputado más joven en la historia del país, y que ejercía la alcaldía de Baruta, municipio donde se encontraba la embajada cubana. La multitud lo ovacionó. Capriles era una de las grandes promesas de la derecha venezolana y un pertinaz crítico de Chávez. Por eso fue recibido como un héroe.

–¡Quiero entrar! –gritó–. ¡Quiero hablar con el embajador!

Pero los cubanos agazapados en la embajada se negaron a abrirle la puerta, por orden expresa del embajador Sánchez Otero:

–Si abrimos la puerta, entran todos y nos matan.

Sin embargo, al hombre esmirriado de la escalera y el megáfono se le ocurrió facilitarle esa misma escalera a Capriles, pasándosela por encima de la pared. Atlético, fornido, corredor de maratones, gimnasta frecuente, Capriles no vaciló en trepar la escalinata, mientras los amotinados lo aplaudían. Luego saltó al jardín de la embajada. Detrás de él, subió un camarógrafo de la televisión, a expreso pedido suyo.

–Lléveme donde el embajador –le dijo Capriles al funcionario de la sede diplomática.

Rodeado de sus colaboradores, el embajador Sánchez Otero se encontraba en una de las salas de la casa. Recibió fríamente a Capriles, dándole un apretón de manos, y enseguida se quejó:

–¡No tenemos luz! ¡No tenemos agua! ¡Ustedes nos están asediando como los yanquis nos asedian hace más de cuarenta años!

Capriles se sentó en unos sillones de cuero frente al embajador, lo miró a los ojos y le dijo:

–Yo no he cortado la luz ni el agua. No me culpe a mí de eso.

–¿Y entonces quién lo ha hecho? –gritó el embajador, como si el alcalde Capriles fuese su amanuense, su sirviente.

–Lo desconozco –dijo Capriles.

Sánchez Otero era un hombre bien considerado por el dictador cubano Fidel Castro y su servicio de inteligencia. Lector febril, escritor en sus ratos libres, amante del buen whiskey, eficaz correveidile de conspiraciones,

felonías e intrigas, Sánchez Otero hablaba con la elocuencia y la autoridad de un político de carrera:

–¡Le exijo que esta sede diplomática sea resguardada por la policía! –gritó.

Capriles respondió serenamente, sin dejarse arredrar:

–Le garantizo que la policía municipal de Baruta no permitirá que nadie trepe las paredes ni se meta en la embajada. Quédese tranquilo, señor embajador.

Más tranquilo, Sánchez Otero dijo:

–Es admirable su apoyo. Le pido respetuosamente y con todo afecto que por favor controle este brote de violencia y que no se le escape de las manos.

Entretanto, el canciller cubano Pérez Roque, temeroso de que su embajada en Caracas fuese asaltada por una multitud furiosa, declaraba a CNN en español:

–El embajador Sánchez Otero y toda nuestra legación diplomática defenderán la embajada aun a costa de sus propias vidas.

En ese momento, Capriles recibió la llamada del embajador de Noruega, quien se ofreció como mediador. Enseguida le alcanzó su celular al embajador cubano, al tiempo que dijo:

–Si me permiten, debo ir al baño.

Un funcionario de la embajada acompañó a Capriles hasta los servicios higiénicos reservados para los visitantes, mientras Sánchez Otero le decía, enojado, con tono cortante, al embajador de Noruega:

–No hay ningún conflicto. Estamos conversando con el alcalde Capriles. No hacen falta intermediarios. Se trata de un malentendido.

Henrique Capriles entró en el baño, se abrió la bragueta y empezó a orinar. De pronto, sintió que algo se movió en la bañera, detrás de la cortina. Cuando terminó de aliviarse, se lavó las manos y se permitió la curiosidad de correr la cortina para ver qué se escondía en la bañera. Vio entonces a un hombre grande, gordo, voluminoso, de casi dos metros de altura y bigotes negros, echado en la bañera, escondiéndose como un mamut en una madriguera que le quedaba estrecha. Lo reconoció de

inmediato: era el diputado oficialista Nicolás Maduro, un gigantón que había sido chofer del metro, líder sindical, guardaespaldas y viajero frecuente a La Habana.

–Nicolás, ¿qué haces acá? –se sorprendió Capriles, al ver a Maduro en una actitud asustadiza que reñía con la fama de matón pendenciero que se había forjado a gritos y empellones en el congreso de los diputados.

–Estoy asilado –dijo Maduro, el bigote mojado por una baba trémula–. Estoy refugiado.

–Me sorprende que te escondas, Nicolás –se permitió una ironía Capriles–. Te hacía en las calles, peleando por Chávez.

–Soy un perseguido político –se defendió Maduro–. Me quieren matar.

–¿Quién te persigue, Nicolás? –preguntó Capriles, con una sonrisa.

–¡Ustedes! –respondió, altanero, Maduro–. ¡Ustedes, los escuálidos!

Capriles evitó darle la mano y salió del baño, mientras Maduro le pedía:

–Por favor, no me delates.

Capriles calmó al embajador, se despidió de él, le prometió que la policía municipal pondría orden y evitó comentar su inesperado encuentro con Maduro en el baño de visitas.

Febrero, 1989 – Febrero, 1992

Con treinta y cuatro años, el mayor Hugo Chávez enfermó de varicela y esa inesperada crisis de salud acaso le salvó la vida. Sus jefes le permitieron dirigirse a Barinas, a la casa de su esposa Nancy y sus tres hijos, para soportar el trance odioso de la convalecencia y recuperar los bríos perdidos. Entretanto, en Caracas, el presidente Carlos Andrés Pérez enfrentaba un creciente descontento popular, a poco de iniciar su segundo mandato. Una multitud impaciente y exasperada se volcó a las calles con la intención de tumbarlo. Sin vacilar, Pérez ordenó reprimir a los airados manifestantes. En el fuego cruzado, un proyectil de grueso calibre, disparado por el fusil de un francotirador, reventó el pecho del mayor Felipe Acosta Carlez y lo mató, sin que hubiese cumplido cuarenta años. Fue el mayor Raúl Isaías Baduel quien llamó por teléfono a Chávez y le dio la noticia:

–Nos mataron a Acosta Carlez en la masacre del Caracazo.

Consternado, Chávez sentenció:

–Lo mató Carlos Andrés Pérez.

El mayor Felipe Acosta era uno de los cuatro líderes históricos del Movimiento Bolivariano Revolucionario, comandado por Chávez.

–Carlos Andrés sabe que estamos conspirando para matarlo y tomar el poder –le dijo Chávez a Baduel–. Tenemos que matarlo.

Baduel guardó silencio.

–Si no lo matamos, él vendrá por nosotros y nos matará –afirmó Chávez.

Debido a su enfermedad, Chávez no pudo asistir al sepelio de Acosta Carlez. Postrado en su cama, diezmado por la varicela, escribió:

> Mataron a Felipe Acosta Carlez. La tormenta de los pueblos se desató por las calles. No quedaba nada en pie, desde Petare hasta El Valle. Caracas tenía sed, sangre. Ay, balazo, te llevaste a mi compadre.

Le decía compadre porque los cuatro fundadores de ese comando clandestino se llamaban compadres entre sí.

> Mataron a Felipe Acosta Carlez. Quien lo mató no imagina lo que vendrá en adelante, ni la fuerza que ahora palpita dentro de la tierra madre, en el alma de estos pueblos, que tienen siglos con hambre, luchando a tambor batiente, contra el explotador infame. Esos no tendrán perdón, llámense como se llamen.

Cuando se recuperó de la enfermedad y pudo regresar a Caracas, Chávez se reunió con la viuda de Acosta y le entregó el casco del mayor abatido, quien fue ascendido póstumamente al grado de teniente coronel.

–Estoy seguro de que fue Carlos Andrés quien dio la orden a sus francotiradores para que mataran a Felipe –le dijo Chávez a la viuda.

Luego añadió, solemne, sin llorar:

–No te preocupes. Yo vengaré su muerte.

Dos años después, Chávez fue ascendido al grado de comandante. Ahora tenía bajo su mando a casi quinientos hombres de un batallón de paracaidistas.

–Ha llegado la hora de dar el golpe –piensa–. Ha llegado la hora de matar a Carlos Andrés.

Chávez conspira secretamente con los comandantes Urdaneta y Arias. El comandante Baduel les comunica que no desea ser parte de la conspiración. Da un paso al costado. No quiere atentar contra la vida de un presidente legítimo, Carlos Andrés Pérez, ni traicionar a la democracia de su país. Sin embargo, Chávez convence a Yoel Acosta Chirinos de unirse al complot y los cuatro comandantes acuerdan dar un golpe el primer lunes de febrero a la medianoche, tan pronto como el presidente Pérez aterrice en el aeropuerto de Maiquetía, en Caracas, en un vuelo de regreso desde Davos, Suiza, donde ha pronunciado un discurso.

–No quiero que lo maten en el aeropuerto –decide Chávez–. Quiero que lo capturen en La Casona. Y que me lo traigan esposado al museo militar.

Los conjurados le preguntan por qué prefiere respetar la vida del presidente Pérez.

–Quiero presentarlo esposado y con un bozal en la televisión –dice Chávez–. Y entonces anunciaré que somos gobierno.

El comandante Arias acepta la misión de sublevarse en Maracaibo y someter a los soldados de dicha ciudad. El comandante Urdaneta se compromete a levantarse en armas en Maracay y Valencia y comandar a los uniformados de esas guarniciones para que apoyen la insurrección. El comandante Acosta Chirinos acepta el encargo de entrar a las bravas en la residencia presidencial de La Casona y capturar vivo al presidente Pérez, idealmente en pijama:

–Pero si Pérez resiste, dispara y no se entrega, lo mato allí mismo –afirma Acosta Chirinos.

Finalmente, Chávez se reserva el papel estelar de asaltar, con una fuerza de quinientos hombres, y un batallón de tanques, el palacio de Miraflores, al mismo tiempo que un regimiento de sus hombres invadirá el canal oficial Venezolana de Televisión y controlará sus instalaciones para emitir el discurso triunfal de los complotados, la proclama victoriosa de Chávez. Sin embargo, los casi quinientos efectivos del batallón de paracaidistas del comandante Chávez no saben, cuando salen del cuartel y suben a varios buses, que se dirigen a capturar el poder. Chávez les miente. Les dice que van a un entrenamiento nocturno en Cojedes. Durante el trayecto, y mientras los oficiales duermen, los buses se desvían hacia Caracas y esperan, no muy lejos de Miraflores, a que Chávez dé la orden de atacar la casa de gobierno: solo los choferes saben que no van a un entrenamiento, sino a perpetrar un golpe militar.

–Señor presidente, vengo a decirle que hay rumores de un golpe –le dice a Carlos Andrés Pérez, apenas desciende del avión presidencial, a las diez de la noche, en el aeropuerto de Maiquetía, su ministro de Defensa, el general Fernando Novoa–. Hay rumores de que los golpistas quieren matarlo.

El general Novoa se ha enterado esa tarde, por boca del capitán René Limón, de que un grupo de comandantes se dispone a capturar el poder al día siguiente, primer lunes de febrero. Limón no da detalles precisos, no sabe que Chávez comanda el alzamiento, pero le dice a Novoa:

–Hay un golpe en marcha. Quieren matar al presidente.

Zorro viejo, el presidente Pérez toma en serio el rumor. Tan pronto como llega a la residencia presidencial de La Casona, le dice a su esposa Blanca Rodríguez que hay una conspiración en ciernes. Sacan todas las armas de fuego. Pérez y su esposa saben disparar. Cargan las armas cortas y las armas largas. La primera dama elige una ametralladora:

–Que vengan esos malandros traidores –dice–. Antes de que me maten, me llevo a varios conmigo.

Carlos Andrés Pérez cree que los golpistas irán a buscarlo en el palacio de Miraflores. Por eso se despide de su esposa y sale a toda prisa rumbo a la casa de gobierno, en el auto de su hombre de confianza, el almirante Iván Carratú.

–¡No sale nadie de Fuerte Tiuna! –ordena el presidente a su ministro de Defensa, el general Novoa.

Novoa habla con sus subordinados en Fuerte Tiuna. Les ordena desmovilizar al batallón Bolívar y al batallón de tanques Ayala. En efecto, poco antes de la medianoche, hora fijada para el comienzo del golpe, los soldados de ambos batallones y sus comandantes son sorprendidos por los leales a Novoa: les confiscan las armas, los despojan de sus radios y les prohíben salir de Fuerte Tiuna. Un grupo de soldados leales a Chávez se amotina, trepa en diez tanques y sale de Fuerte Tiuna, contrariando las órdenes de Novoa y sus hombres. Pero, como salen atropelladamente, no llevan armas de fuego ni municiones ni granadas ni radios para comunicarse. Son diez tanques en diezmadas condiciones de combate.

–¡El golpe está en marcha! –le avisa el general Novoa al presidente Pérez–. ¡Han salido diez tanques de Fuerte Tiuna!

–¡Le dije que no saliera nadie, carajo! –ruge Pérez.

–Fue imposible detenerlos, señor presidente –se excusa Novoa.

El presidente Pérez logra entrar por la puerta trasera al palacio de Miraflores y, armado hasta los dientes, custodiado por la guardia presidencial de unos cincuenta hombres, espera valerosamente a los confabulados, dispuesto a matar o morir, pero no a rendirse.

–Yo no me entrego –le dice a Carratú–. Los vamos a aplastar a esos miserables.

Cumplidas las doce de la noche, el golpe se activa en todo el país. El comandante Acosta Chirinos y sus subordinados asaltan la casa presidencial de La Casona, pensando que allí van a encontrar al presidente Pérez, durmiendo, pero se llevan una sorpresa: Carlos Andrés no está y la primera dama, Blanca Rodríguez, los recibe con ráfagas de ametralladora, mientras grita:

–¡Vengan, malandros, hijos de puta, que acá les va a llover plomo parejo!

Mientras tanto, los diez tanques que han escapado de Fuerte Tiuna llegan al palacio de Miraflores. Desde su puesto de mando en el museo histórico militar de La Planicie, a solo dos kilómetros de Miraflores, Chávez, viendo el golpe por televisión, fumando incansablemente, advierte una primera señal de que algo va mal encaminado: un tanque sube por las escaleras del palacio e intenta romper la puerta, sin conseguirlo, y luego los golpistas bajan de los tanques, pero no están armados, y son repelidos a tiros por la guardia presidencial.

–¿Por qué carajos salieron de los tanques? –se pregunta Chávez–. ¿Por qué no tienen fusiles?

No sabe que la delación del capitán Limón ha permitido que el presidente Pérez y sus militares leales neutralicen al batallón Bolívar y dejen muy disminuido al batallón Ayala.

–¿Por qué no llega el batallón Bolívar? –se pregunta Chávez.

Comprende entonces que está en problemas. No puede comunicarse con los golpistas que han asaltado débilmente el palacio de Miraflores. Desde La Casona, el comandante Acosta Chirinos le informa de que el presidente Pérez no está allí. La primera dama se ha rendido. Entonces Chávez debe tomar una decisión: o se dirige con sus hombres a Miraflores, a sabiendas

de que esos soldados bajo su mando han sido engañados y no saben que van a ser parte de un golpe, o permanece en el museo histórico militar de La Planicie. Asustado, decide quedarse en el museo.

–Maten a Carlos Andrés –le ordena al comandante Acosta Chirinos, pero este se encuentra en La Casona y tampoco puede comunicarse con los asaltantes de Miraflores, quienes han sido repelidos.

Entonces Carlos Andrés Pérez y su lugarteniente Carratú escapan por túneles y pasillos subterráneos, suben al auto gris de Carratú y salen por el estacionamiento trasero, aprovechando que los golpistas no han conseguido rodear todo el palacio.

–Vamos a Venevisión –le dice el presidente a Carratú–. Voy a hablarle al país.

Carratú conduce a alta velocidad, en sentido contrario. Se juegan la vida. A la una de la mañana, Pérez llega a los estudios de Venevisión. Llama de inmediato al dueño de ese canal, Gustavo Cisneros, quien se encuentra descansando en su apartamento de Nueva York.

–Me han dado un golpe, Gustavo –le dice–. Necesito dar un discurso ahora mismo.

Días atrás, en Davos, Suiza, Cisneros le había dicho a Pérez, en privado, que, según sus fuentes de inteligencia, un golpe militar parecía inminente. Por eso la llamada no lo sorprende. Cisneros habla enseguida con sus ejecutivos y autoriza que Pérez salga al aire de inmediato. El gerente de Venevisión, Manuel Fraíz-Grijalba, corre a la utilería del canal y encuentra una bandera venezolana. Enseguida la coloca detrás de la plataforma donde hablará el presidente jaqueado. Luego, como no hay camarógrafos disponibles a esa hora de la madrugada, se acomodan tras las cámaras Ricardo Cisneros, hermano de Gustavo, Luis Villanueva, uno de los gerentes del canal, y el propio Fraíz-Grijalba. Desde el museo militar de La Planicie, sin saber que Pérez ha escapado de Miraflores y se dispone a hablarle al país, Chávez aguarda con impaciencia el momento con el que ha soñado tantos años: que sus rebeldes, tras asaltar el canal estatal Venezolana de Televisión y tomar posesión de sus controles, emitan en vivo y en directo

una proclama victoriosa que él mismo, Chávez, el golpista mayor, el golpista de toda la vida, ha grabado en la víspera.

–¿Por qué carajos no pasan mi discurso? –se pregunta, impaciente, exasperado, viendo la pantalla del canal público.

Sus hombres amotinados han capturado la televisora, pero no han sido capaces de transmitir la alocución del jefe golpista. Hay un problema técnico: el discurso fue grabado en formato VHS y, para ser aireado, debe ser transferido al formato Umatic. Nadie sabe cómo cambiar de formato la proclama de Chávez. Desesperados, los soldados piden ayuda a los técnicos que han sido tomados prisioneros, pero nadie atina a resolver el problema. Ocurre entonces que, debido a cuestiones técnicas, Chávez no sale al aire por Venezolana de Televisión, diciendo que es el nuevo presidente y que Pérez ha sido apresado. De pronto, Chávez se entera de que Pérez está hablando en otro canal, en Venevisión. Cambia de canal. No puede creer lo que de pronto ve: Carlos Andrés Pérez, de traje y corbata, sudoroso, despeinado, con la banda presidencial en el pecho, se dirige al país:

–Un grupo de facinerosos se ha levantado en armas y quiere destruir la democracia. Es un golpe de Estado. Pero el golpe ha fracasado. Los golpistas están rodeados. Les exijo que se rindan de inmediato.

Sin embargo, el comandante Arias ha capturado Maracaibo y el comandante Urdaneta ha cumplido su misión de tomar control de las bases en Maracay y Valencia. Además, el comandante Acosta Chirinos ha doblegado la resistencia de la primera dama en La Casona. Pero es el comandante Hugo Chávez quien no ha sido capaz de ejecutar su ofensiva: acobardado en la hora crucial, diezmadas sus fuerzas en el momento capital, ha desistido de atacar el palacio de Miraflores y permanecido achantado, replegado, incomunicado, en el museo de La Planicie. Al ver al presidente Pérez hablando por televisión, comprende que el golpe está en serios problemas. Peor para Chávez, como no han llegado las unidades de comunicaciones que debían salir de Fuerte Tiuna, no tiene cómo saber si Arias y Urdaneta han tomado pleno control de Maracaibo, Maracay y Valencia. Todavía tiene la esperanza de que transmitan su mensaje en el canal público, pero eso sigue sin ocurrir. Entonces el presidente Pérez, a

sabiendas de que el jefe del golpe es un tal Hugo Chávez, quien está agazapado en el museo militar de La Planicie, le ordena al jefe de su Estado Mayor que saque los aviones y bombardee el museo, para matar a Chávez y a sus hombres, unos soldados engañados que están durmiendo en buses, cerca del museo, sin saber que no son parte de un entrenamiento, sino de un golpe que, a esas alturas, parece condenado a fracasar. El jefe del Estado Mayor, general Jiménez, llama a Chávez y le dice:

–¡Ríndase, carajo, o la Aviación va a bombardear el museo!

Chávez no ha conseguido sumar a los jefes de la Aviación ni de la Armada como parte de la conspiración. No subestima el carácter del presidente Pérez.

–No he podido matarlo –piensa–. Ahora Pérez ha dado la orden de matarme.

–Está bien, mi general –dice Chávez, resignado–. Me rindo.

El golpe ha durado unas pocas horas y ha fracasado. Chávez es tomado prisionero por el ministro de Defensa, general Novoa. Pide hacer dos llamadas telefónicas, una a su madre, Elena Frías, y otra a su amante, Herma Marksman. Habla brevemente con ellas y les dice que está bien, que no se preocupen. Cuando por fin se llevan a Chávez ya rendido, las cámaras de televisión alcanzan a grabar y emitir en directo las palabras que el jefe golpista improvisa, antes de ser conducido a un calabozo:

–Lamentablemente, por ahora, los objetivos que nos planteamos no fueron logrados. Nosotros, en Caracas, no logramos controlar el poder.

Abril, 2002

–Chávez, nos vamos ya mismo –ordenó el general Rondón.

El presidente derrocado se puso de pie, sonriendo, y preguntó, esperanzado:

–¿Nos vamos a Cuba?

–No –respondió Rondón, las cejas pobladas, la frente tensa de arrugas, el gesto adusto–. Nos vamos a La Orchila.

–¿A La Orchila? –se sorprendió Chávez–. ¿Qué carajo vamos a hacer allá?

Rondón miró a Chávez con una sonrisa cínica y respondió:

–Vamos a descansar.

A La Orchila, tras un corto vuelo en helicóptero desde Caracas, los presidentes venezolanos acudían con sus esposas y sus amantes para disfrutar de una mansión de reposo y veraneo reservada para ellos. Ya siendo presidente, Chávez la había visitado en numerosas ocasiones, pero decía que veía fantasmas, que se le aparecían Juan Vicente Gómez y Marcos Pérez Jiménez y le sobresaltaban el sueño, susurrándole al oído que se cuidara no de sus enemigos, sino de sus amigos traidores.

–Yo voy a descansar unos días –dijo Rondón–. Pero usted, Chávez, va a descansar eternamente.

–¿Qué carajo significa eso? –se inquietó Chávez, que presentía la muerte agazapada bien cerca, que olisqueaba el aliento de la muerte a sus espaldas.

–Te van a fusilar –dijo Rondón–. La orden superior es que no vas a Cuba.

Chávez empalideció, se atacó de temblores en las piernas.

–Te van a someter a juicio sumario en un tribunal militar en La Orchila –prosiguió Rondón–. Te van a encontrar culpable de traición a la patria. Y te van a fusilar. Como tu amigo Fidel Castro fusiló al general Ochoa.

–¡Yo no voy a ninguna parte! –rugió Chávez, acercándose a Rondón, cogiéndolo del pescuezo–. Si no me llevan a Cuba, ¡me das tu pistola y me pego un tiro ahora mismo, carajo!

Al escuchar los gritos del presidente caído en desgracia, tres soldados entraron, lo sujetaron de los brazos, neutralizándolo, y lo esposaron. Minutos después, lo empujaron a un helicóptero que despegó desde Turiamo rumbo a La Orchila, un vuelo corto, de media hora.

–Estoy perdido –pensó Chávez–. La suerte está echada. Los escuálidos me van a matar.

Durante el vuelo, Rondón cerró los ojos y se entregó a una siesta, arrullado por el ronroneo de las hélices.

–Mi vida depende ahora mismo de Baduel –pensó Chávez, angustiado, rezando–. Solo él puede venir a rescatarme. ¿Le habrá llegado el fax que le mandé con el soldado Hierro?

Al mismo tiempo, desde Maracay, el general Baduel, indignado porque el presidente provisional Cardona había disuelto todos los poderes públicos y se había juramentado ante sus amigos, los empresarios y los curas, llamó a su jefe, el general Velásquez, comandante del Ejército, y le dijo:

–Cardona no puede gobernar. No tiene legitimidad. Es un gobernante de facto.

–Todo el alto militar lo apoya –respondió Velásquez, quien, a pesar de tener una posición en el escalafón militar superior a la de Baduel, se sentía intelectualmente inferior a él: no había entre los generales venezolanos uno más respetado e influyente que Baduel–. A Cardona lo apoya la Armada, la Aviación y la Guardia Nacional. Y lo apoyamos nosotros, el Ejército.

–Yo también soy parte del Ejército –dijo Baduel–. Y yo no apoyo a Cardona.

–Entonces te aconsejo que pongas tu cargo a disposición –dijo Velásquez–. Y te daremos de baja con todos los honores.

–Usted se equivoca, general –dijo Baduel–. Nadie se atreve a decírselo, pero yo se lo diré: usted ha dado un golpe de Estado. Usted es un golpista. Y Cardona también lo es.

–¡No es un golpe! –gritó Velásquez, indignado–. ¡El golpista es Chávez! ¡No se le puede dar un golpe a un golpista!

–Cálmese, general –habló Baduel, en tono sereno, buscando persuadirlo de abandonar a Cardona a su suerte–. Chávez fue un golpista hace años contra Carlos Andrés…

–¡Y tú lo apoyaste! –bramó Velásquez–. ¡Tú fuiste un golpista con él!

–No lo apoyé –dijo Baduel–. Pero ahora Chávez es el presidente constitucional de Venezuela. Lo eligió el pueblo y lo reeligió el pueblo.

–¡No seas marico, Baduel! –se impacientó Velásquez, y bebió un trago de whiskey–. ¡Tú bien sabes que Chávez nos ordenó a mí y a Rosado que sacáramos los tanques a la calle y que disparásemos a matar a la marcha!

Baduel guardó silencio. Sabía que Velásquez no mentía.

–¡Y bien sabes que Chávez ordenó a sus francotiradores que disparasen a matar a los que estaban marchando pacíficamente! –continuó Velásquez–. ¿No comprendes que nosotros, los militares patriotas de Venezuela, no podemos apoyar a Chávez, cuando ordena masacrar al pueblo inocente? ¿No entiendes que nosotros estamos con el pueblo y no con Chávez? ¿Eres tonto, Baduel, o te haces?

Baduel sentía que el cuerpo entero le transpiraba, que el corazón se le agitaba, que su sentido del honor le exigía actuar pronto.

–Hiciste bien en no sacar los tanques, Velásquez –le dijo, de nuevo tuteándolo–. Pero tienes que entender que Chávez no ha renunciado.

–¡Claro que ha renunciado! –gritó Velásquez–. ¡Le firmó la renuncia a Rondón en la base de Turiamo! ¡Te puedo enseñar el papel firmado por Chávez!

Baduel jaqueó a su superior:

–Pues a mí me ha mandado por fax un papel firmado por él mismo que dice que no ha renunciado ni renunciará.

Consternado, el general Velásquez enmudeció y presintió el peligro.

–Y si no ha renunciado, él es el presidente y Cabello, el vicepresidente –dijo Baduel–. Y Cardona es tan solo un golpista que ha jurado el cargo ante sí mismo.

Velásquez no dijo nada.

–Baduel está con el enemigo –pensó–. En este momento, el peligro no es Chávez. Es Baduel. Y es Fidel.

–¿Qué van a hacer con Chávez? –preguntó Baduel.

–Ya debe de haber llegado a La Orchila –dijo Velásquez.

–Pero él quiere ir a Cuba –dijo Baduel.

–¡No irá a Cuba! –sentenció Velásquez–. ¡Se quedará en La Orchila y allí será juzgado!

–¿Juzgado por quién? –se inquietó Baduel.

–Por una corte militar –respondió Velásquez.

Y luego añadió:

–Mira, Baduel, no se te ocurra hacer una locura. Te pido por favor que no te aparezcas en La Orchila. Si lo haces, mataremos a Chávez y te mataremos a ti, ¿me has entendido?

Baduel no respondió y colgó el teléfono.

Entretanto, el político venezolano de derechas Eduardo Fernández llamó por teléfono al presidente español José María Aznar y le dijo:

–Te ruego, querido presidente, que llames a Cardona. Nadie mejor que tú para darle consejos sabios.

–¿Cuál es el problema? –preguntó Aznar–. ¿Qué dudas tiene Cardona?

–No sabe qué hacer con Chávez –dijo Fernández–. El rumor es que lo van a fusilar en La Orchila.

Aznar permaneció en silencio, alisándose el bigote, celebrando que Chávez, su enemigo, estuviese preso.

–No deben fusilarlo –dijo–. Deben juzgarlo en un juicio imparcial. Deben respetar sus derechos humanos, deben permitirle un abogado defensor. Y deben juzgarlo en una corte independiente, legítima.

–Pero Cardona ya cerró el Tribunal Supremo de Justicia –dijo Fernández–. Ya destituyó al presidente del Tribunal y a sus veinte jueces.

Aznar sintió la urgencia de hablar con Cardona:

–Lo llamaré de inmediato –dijo.

Sobreexcitado de cafés y de intrigas y de consejos que no había pedido a sus sicofantes, rodeado de una corte de adulones y oportunistas, Cardona sentía que estaba a punto de colapsar, reventar de un infarto, desfallecer, y por eso había pedido que le dieran un masaje en la espalda en su despacho, mientras decidía quiénes serían sus ministros y quiénes los altos jefes militares.

–No sé si puedo confiar en el general Velásquez –se dijo a sí mismo, en silencio–. Es bruto. Es una bestia. No razona. Así como sacó a Chávez a patadas, es capaz de sacarme a mí también.

De pronto, entró su secretaria y le dijo que había una llamada del presidente español. Cardona se puso de pie, en calzoncillos, la espalda peluda y grasosa, la masajista a su lado, levantó el teléfono y dijo:

–Buenas tardes.

–Buenas tardes, señor presidente –le dijo Aznar–. Le habla José María Aznar. ¿No le interrumpo?

–¡Qué honor saludarlo, señor presidente Aznar! –se alegró Cardona–. Déjeme decirle que soy un gran admirador suyo.

–Muchas gracias –dijo secamente Aznar.

Luego prosiguió:

–Lo llamo, en primer lugar, para felicitarlo, en nombre de mi gobierno y del pueblo español. Vemos con enorme simpatía que usted sea el nuevo presidente constitucional de Venezuela. Y vemos con inmenso alivio y satisfacción que un personaje tan siniestro y dañino como Hugo Chávez haya sido removido del poder.

–Muchas gracias, querido presidente Aznar –se insufló de grandeza Cardona–. Hemos hecho historia. Hemos salvado a Venezuela del comunismo. Porque usted bien sabe que Chávez no cree en la democracia. Es un comunista, como Fidel Castro.

–¿Qué vais a hacer con Chávez? –se interesó Aznar.

Cardona carraspeó, dubitativo, y respondió:

–No hemos tomado la decisión final. Chávez quiere ir a Cuba. Ha pedido siete millones de dólares.

–¡De ninguna manera! –se erizó Aznar–. ¡No le den el gusto de que huya a Cuba! ¡Y no recompensen con dinero su traición a la libertad de Venezuela!

–Bueno, esa es la otra opción que estamos barajando, querido presidente Aznar –dijo Cardona–. Como Chávez es un traidor a la patria, estamos pensando someterlo a corte marcial y fusilarlo.

–¡Sería un grave error! –dijo Aznar, como si Cardona fuese su ministro al otro lado del mar–. ¡No lo fusilen! ¡Y no lo dejen ir a Cuba!

–¿Y entonces qué? –preguntó Cardona.

–Pues lo enjuician, lo condenan y lo encierran en la cárcel –aconsejó Aznar.

Pero Cardona no le celebró el consejo:

–Chávez vivo, en Venezuela, en la cárcel, es muy peligroso –dijo.

–¿Por qué? –preguntó Aznar.

–Porque no todos los jefes militares están conmigo –se sinceró Cardona–. Algunos apoyan a Chávez y quieren ir a rescatarlo.

–Voy a darte un consejo, Pedro –dijo Aznar–. Si al final lo dejáis ir a Cuba, dale el dinero que ha pedido y grábalo cuando lo reciba, sin que él advierta que lo estáis grabando.

–Buena idea –dijo Cardona.

–Pero no se te ocurra fusilarlo –dijo Aznar.

Junio, 1992

Recluido en la cárcel de San Carlos, Chávez enfrentaba una condena de hasta treinta años en prisión por la rebelión militar que lideró contra el presidente Carlos Andrés Pérez, pero su abogada Cilia Flores le dijo:

–Te aseguro que te sacaré de aquí en menos de un año.

Flores provenía de una familia de clase media alta, simpatizaba con los golpistas y pedía el indulto a todos ellos.

–Tenemos que esperar a que se vaya Carlos Andrés, y el presidente que venga luego estoy segura de que te indultará por la presión de la calle –dijo Flores.

–A Pérez lo mataremos este año –pronosticó Chávez, bajando la voz–. A Pérez lo sacaremos este año del poder.

A pesar de que su golpe militar había fracasado, Chávez seguía conspirando activamente desde la cárcel. Para ello usaba a sus hermanos Adán y Argenis, quienes, tras visitarlo, llevaban consigo mensajes escritos por él mismo a militares en actividad que no habían sido encarcelados y que eran afines o seguidores de él, y que compartían la certidumbre de que debían terminar pronto lo que habían dejado inacabado en febrero: matar al presidente Pérez y capturar el poder. También Cilia Flores, quien lo visitaba diariamente en la cárcel, llevándole libros, revistas de actualidad y recortes de periódicos que aludían a él, se prestaba sin reservas a la conspiración contra el presidente Pérez.

–En la calle eres un héroe –le decía a Chávez, alentándolo, dándole ánimo–. La gente pobre te ve como el libertador de Venezuela, como el nuevo Bolívar.

Tal vez por eso, decenas de personas hacían una larga fila afuera de la cárcel de San Carlos, con el propósito de conocer en persona al comandante

golpista encarcelado. Le pedían un autógrafo, una foto, un consejo, una bendición, como si Chávez fuese un líder espiritual, un profeta iluminado, una estrella de cine.

–No vayas a creerte este cuento de la popularidad, Hugo –le advirtió su amante Herma Marksman, quien también lo visitaba con frecuencia en la cárcel, llevándole comidas y bebidas–. Ahora estás de moda, pero todo esto es efímero, ¿comprendes? No te creas el nuevo Rock Hudson, por favor. Tu popularidad pasará de moda –le dijo, a riesgo de ser aguafiestas.

–Te equivocas, Herma –se enojó Chávez–. Yo nunca pasaré de moda. Porque mi palabra es la palabra del pueblo. Yo soy el pueblo.

Tanta gente lo visitaba en aquella cárcel de Caracas que lo trasladaron a la prisión de Yare, a dos horas de la capital. Allí fue entrevistado, sin el permiso explícito de las autoridades carcelarias, pero con la complicidad implícita de ellas, que se hicieron las distraídas para favorecerlo, por el famoso líder político y periodista de televisión, José Vicente Rangel, quien presentaba un programa de alta audiencia los domingos por la mañana. A pesar de que el gobierno de Carlos Andrés Pérez había prohibido que Chávez diese entrevistas en prisión, ya el jefe de los golpistas le había concedido una entrevista furtiva a la periodista Laura Sánchez, del diario *El Nacional*, a quien le dijo:

–El verdadero autor de nuestra rebelión es Bolívar, que nos alumbra la ruta.

Meses después, desde la cárcel de Yare, le dijo a la cámara escondida del programa de Rangel, en una emisión que provocó revuelo y escándalo entre los venezolanos:

–Me duele la patria. Y la patria es el hombre.

Rangel no escondía sus simpatías por Chávez, quien, con lenguaje engolado y pomposo, le dijo:

–Hay una incandescencia en la sociedad civil y en las fuerzas armadas. Y esa incandescencia, José Vicente, no puede detenerse, como la incandescencia del Sol no se detiene en el sistema planetario.

Chávez se sentía entonces el fuego ardiente de la patria, la llamarada incesante del pueblo:

–Un profundo candelorio azul invadió el alma de los venezolanos para siempre –sentenció.

Muchos de los televidentes que presenciaron la entrevista que Rangel le hizo a Chávez, burlando la prohibición del gobierno, quedaron asombrados porque era muy infrecuente que un militar usara palabras tan musicales y rebuscadas como incandescencia y candelorio. De pronto, no pocos veían a Chávez como un militar intelectual, culto, leído, que hablaba bonito y los emocionaba:

–Es hora de enrumbar la nave al horizonte azul de la esperanza –dijo en esa entrevista.

–¡Cómo carajo se metió Rangel con una cámara a Yare sin que nadie lo viera! –vociferó, indignado, el presidente Pérez, tras ver la entrevista–. ¡Este carajito de Chávez quiere quemarme vivo!

Gracias a Rangel, quien trabó amistad con Chávez, también concurrió como visitante a la cárcel de Yare un joven alto, muy alto, que medía casi dos metros, llamado Nicolás Maduro. Estaba por cumplir treinta años, llevaba bigote espeso, había sido guardaespaldas de Rangel en unas elecciones presidenciales y ardía en deseos de conocer a Chávez y ponerse a su servicio. Al llegar a la cárcel, se identificó con Cilia Flores, la abogada de Chávez, que decidía quién entraba a ver al golpista y quién no pasaba.

–¿Y tú quién eres? –le preguntó Flores.

–Maduro –respondió él–. Nicolás Maduro. Soy guardaespaldas de José Vicente Rangel.

–Pasa, Maduro –le dijo ella–. Rangel me avisó que venías.

Al encontrarse a solas con Chávez, quien para su sorpresa vestía uniforme militar de camuflaje, Maduro se arrodilló, le besó la mano izquierda y le dijo:

–Yo por usted doy la vida. Usted es la reencarnación de Bolívar.

Se puso de pie y abrazó a Chávez. Luego le dijo:

–Le traigo un mensaje de Fidel Castro.

Chávez abrió los ojos, sorprendido:

–¿De Fidel? –se asombró–. ¿Del mismo Fidel?

–Sí –dijo Maduro.

A continuación, sacó una carta que tenía escondida dentro de los calzoncillos y se la dio a Chávez, que hizo un gesto de impresión.

–Esta carta la escribió Fidel. Está dirigida a usted. Me la dio el embajador cubano, que es mi amigo.

Chávez se aproximó a Maduro y le susurró al oído:

–¿Tú eres hombre de Fidel?

Maduro lo miró fríamente a los ojos y le respondió:

–Sí. Yo viví tres años en La Habana. Estudié en la escuela Ñico López de dirigencia política.

Chávez asintió.

–Desde entonces –prosiguió Maduro, en voz baja, conspirativa–, soy un soldado de la revolución cubana.

–Comprendo –dijo Chávez, halagado de recibir aquella misiva.

–Y desde ahora soy un soldado de la revolución bolivariana que usted comanda –añadió Maduro.

–Leeré la carta a solas –dijo Chávez, al ver el sobre cerrado.

–Quiero decirle algo importante –dijo Maduro.

–Dime, hijo –lo animó Chávez, ocho años mayor que él.

–Antes de fin de año daremos un golpe y lo sacaremos de la cárcel –susurró Maduro al oído de Chávez.

–Enhorabuena –se alegró Chávez–. Pero esta vez hay que matar al presidente.

–Esta vez no se escapa –dijo Maduro–. Se lo juro, por mi honor.

Hijo de un comunista declarado, Maduro había sido un estudiante revoltoso en el liceo José Ávalos y participado en las juventudes comunistas de su país. Tras graduarse como bachiller, decidió no estudiar en la universidad, sino mudarse a La Habana, donde vivió tres años, atendiendo a una escuela para dirigentes políticos y luego enrolándose como un agente de inteligencia al servicio de Fidel Castro.

–Hasta pronto, mi comandante –le dijo a Chávez, y enseguida se confundieron en un abrazo.

Al salir de la celda, amplia y dotada de las comodidades básicas, incluyendo una cama con un colchón, un sillón de lectura, un ventilador,

una estufa, un horno a microondas, un televisor y una radio, Maduro le preguntó a Cilia Flores:

–¿Tú eres la novia de Chávez?

Flores sonrió y respondió:

–No, tonto. Soy su abogada.

–Ya –dijo Maduro–. Pero ¿estás enamorada de él?

–No –dijo Cilia–. Hugo tiene una novia.

–¿Y tú tienes novio? –insistió Maduro.

–No –dijo ella, con una sonrisa coqueta.

–Algún día serás mi novia –le dijo Maduro, y se retiró, presuroso, atropellado, como si tuviera una cita con el destino, al tiempo que Chávez abría la carta y leía, sentado sobre su cama:

Querido Hugo:

Daría gustoso mi vida por tu honra y por tu bien. No te rindas. No desmayes. No te dejes doblegar. Yo fracasé en mi primera tentativa de derrocar a Batista. Me arrastraron a la cárcel. Pensé que me fusilarían. Tuve suerte. Me indultaron. Me exilié en México. Regresé con cien valientes patriotas en el yate Granma. Y recién entonces pude conquistar el poder con el apoyo unánime del pueblo. Así también, tú, que tienes madera de héroe, de auténtico revolucionario, de líder popular, no tuviste suerte en tu primera rebelión contra Pérez, pero te aseguro que la historia está de tu lado y que, más temprano que tarde, llegarás al poder para cumplir el sueño de Bolívar. Al igual que tú, Hugo Chávez, yo desprecio la existencia de quienes viven aferrados a las bagatelas miserables de la comodidad. Recibe un abrazo fraterno de tu hermano revolucionario, con todo mi afecto y admiración, y con la ardiente esperanza de darte ese abrazo personalmente apenas salgas de la injusta prisión,

FIDEL CASTRO.

Abril, 2002

Llegando a La Orchila, el general Rondón y el presidente depuesto Chávez se sentaron a tomar un café.

–Mañana a esta hora estará muerto –pensó Rondón, deseando con impaciencia dicho desenlace–. Tiraremos su cadáver al fondo del mar.

Chávez pidió un teléfono:

–Quiero despedirme de mis padres –dijo.

–Imposible –dijo Rondón–. Está incomunicado, por órdenes superiores.

Luego añadió, con una mirada cáustica:

–Mañana tendrá bastante tiempo de hablar ante la corte militar que lo juzgará.

–¿De qué me acusan, Rondón? –se angustió Chávez.

–De traidor a la patria –respondió el general.

–¡Yo jamás he traicionado a mi patria querida! –rugió Chávez–. ¡Los traidores son ustedes, que han dado un golpe, violando la Constitución!

–Guárdese sus palabras, Chávez –lo despreció Rondón–. A ver si convence mañana a los jueces.

–Ya estoy condenado –dijo el presidente derrocado, como hablando consigo mismo.

Luego se quedó pensativo, húmedos los ojos, trémulas las manos, y habló:

–Antes de morir, quiero confesarme.

–No hay problema –dijo Rondón–. Confiésese conmigo. Espere que traigo una grabadora, así publico un libro con sus confesiones, cuando usted ya no esté.

Chávez lo miró con odio, con rencor, con una sed de venganza justiciera que le abrasaba las entrañas.

–Quiero confesarme con monseñor Porras –dijo–. Te lo ruego –añadió.

–Déjeme consultar con los jefes –dijo Rondón, temeroso de dar un paso en falso–. ¿Se confesaría por teléfono?

–No –dijo Chávez–. Antes de que me maten, necesito confesarme personalmente con monseñor Porras.

Rondón bebió el último sorbo del café, se puso de pie y dijo:

–Vamos a ver si el curita quiere venir. Porque no creo que haya olvidado todos los insultos que usted le ha dicho.

Rondón se retiró a un despacho privado, mientras tres soldados custodiaban a Chávez. Luego llamó al general Velásquez:

–Quiere confesarse con Porras –le dijo.

–¿Sabe que lo vamos a fusilar? –preguntó Velásquez.

–Positivo –dijo Rondón–. Está entregado.

–Hablaré con el cura ahora mismo –dijo Velásquez.

No fue difícil convencer a monseñor Baltazar Porras, a pesar de las diatribas y las invectivas que Chávez había dicho contra él. Por supuesto, Velásquez no le dijo que pensaban fusilar a Chávez al día siguiente. Solo le dijo:

–Antes de irse de Venezuela, Chávez quiere confesarse con usted en La Orchila.

–¿Conmigo? –se sorprendió Porras–. Pensé que éramos enemigos.

–Son enemigos, monseñor –dijo el general–. Pero Chávez está derrotado. Y está arrepentido de sus crímenes.

–¿Adónde lo van a mandar? –inquirió Porras, presidente de la conferencia episcopal, arzobispo de Mérida, hombre grueso, de anteojos, intelectualmente curioso, espiritualmente robusto y combativo.

–A Cuba –mintió Velásquez–. A que se abrace con su papito Fidel.

Baltazar Porras sonrió. No lamentaba que Chávez estuviera confinado en La Orchila, privado de su libertad. Pensaba, como el cardenal Velasco, como el obispo Ugalde, que Chávez era un personaje malvado, maléfico, perverso, que deseaba implantar una dictadura vitalicia en Venezuela, copiada de la dictadura cubana.

–Venga ahora mismo a Fuerte Tiuna –le dijo Velásquez–. De aquí saldrá su helicóptero a La Orchila. Llega, lo confiesa al preso, se despide de él y regresa esta misma noche.

Dos horas después, el helicóptero que llevaba a monseñor Porras aterrizó en La Orchila. Era de noche. Soplaba un viento recio. A lo lejos se oía el rumor parejo del mar. No sabía el arzobispo que a esas olas pensaban los conjurados arrojar los despojos de Chávez, tras fusilarlo. El general Rondón lo abrazó, lo condujo a la habitación donde se hallaba el presidente sin poder y ordenó que les llevaran aguas y cafés.

–¡Mi querido monseñor Porras! –se levantó de pronto Chávez, abriendo los brazos, acercándose para abrazarlo.

Baltazar Porras no quiso decirle presidente ni expresidente ni comandante ni teniente coronel. Prefirió decirle:

–Hola, Hugo. ¿Cómo estás?

Chávez lo abrazó fuertemente y rompió a llorar en el hombro del sacerdote.

–Los dejo a solas –dijo Rondón, y cerró la puerta.

–¿Qué te pasa, Hugo? –preguntó Porras–. ¿Por qué lloras?

Chávez se puso de rodillas y le dijo, devastado, suplicante:

–Perdóname, Baltazar. Te ruego que me perdones por las barbaridades que he dicho contra ti.

En sus días de gloria y esplendor, cuando ejercía el poder sin frenos ni restricciones, incurriendo en toda suerte de abusos, atropellos y tropelías, Chávez había dicho que Baltazar Porras era el diablo, el demonio, lucifer, que escondía al diablo debajo de su sotana, que era un personaje asqueroso, repugnante, despreciable, al servicio de la oligarquía, de los escuálidos, de los yanquis, de los vendidos al imperialismo, que no defendía a los pobres sino a los ricos, que se iría al infierno a arder eternamente en la hoguera de los impíos y los blasfemos. Por si fuera poco, Chávez también había dicho que él era discípulo de Jesucristo, que Jesucristo había sido tan revolucionario como él, que nadie defendía a los pobres y los oprimidos como él, y que monseñor Porras era un eructo del demonio, una flatulencia del diablo mismo.

–No te preocupes, Hugo –dijo Porras, sacando un crucifijo de su sotana, colocándolo frente al rostro de Chávez, aún hincado de rodillas–. Si de veras estás arrepentido de haberme calumniado, por supuesto estás perdonado.

Chávez besó el crucifijo y continuó sollozando.

–Claro que me arrepiento, Baltazar –dijo, la voz entrecortada por las lágrimas–. Debí hacerte caso. Debí ser más prudente, más conciliador. Me dejé llevar por la arrogancia.

Luego se puso de pie y le dijo:

–Confiésame, por favor. Te ruego que me absuelvas de mis pecados.

Porras le puso la mano derecha en la frente, dibujó la cruz con un dedo, como si lo bendijera o perdonara, y dijo:

–Con mucho gusto.

Luego añadió:

–Ven, Hugo, sentémonos acá.

Se sentaron a la mesa redonda donde Chávez había bebido café con Rondón. Bebieron agua. Bebieron café. Se miraron a los ojos.

–Está arrepentido –pensó Porras.

–Me ha perdonado –pensó Chávez.

–Dime tus pecados, Hugo –dijo el arzobispo.

–¿Me perdonará Dios? –preguntó el presidente, consternado, disminuido, reducido a la condición de un hombre sin futuro.

–La compasión de Dios es infinita –dijo Porras–. Ahora dime tus pecados. Y no te preocupes, que yo sabré guardar el secreto sobre todo lo que me digas.

Chávez se puso de rodillas, cerró los ojos y dijo:

–He matado. He mandado matar.

Porras lo miró, sintió cólera, tuvo ganas de abofetearlo, pero escuchó en silencio.

–Yo di la orden a Maduro para que los francotiradores disparasen a matar a los que venían a Miraflores –prosiguió Chávez.

Baltazar Porras no dijo una palabra. Sabía que el presidente de rodillas no mentía.

–Di la orden de matar porque los generales que tenían que defenderme, sacando los tanques, me traicionaron –se defendió Chávez.

–Pero murió gente inocente que nunca debió morir –dijo el arzobispo.

–Por mi culpa, por mi gran culpa –se golpeó el pecho Chávez–. Nunca debí darle la orden a Maduro. No me imaginé que matarían a tanta gente.

–Fue una masacre, Hugo –dijo Porras–. Dios habrá de juzgarte por eso.

De pronto se instaló entre ambos un silencio hostil, como si Chávez hubiese recordado que Porras era su enemigo, que Porras deseaba que el golpe triunfase, que acaso Porras sabía que a la mañana siguiente lo fusilarían.

–Estoy arrepentido, Baltazar –dijo–. Y te ruego que le implores a Dios que me perdone por ese pecado, que es el peor de mis pecados, el pecado de haber atentado contra mi pueblo.

El arzobispo le dio dos palmadas en el hombro y dijo:

–Sigue, Hugo.

Chávez tomó una bocanada de aire, como dándose valor, y dijo:

–He robado. He robado mucho dinero. He robado millones de dólares, Baltazar.

Porras arqueó las cejas, lo miró con cierto desdén o superioridad moral y dijo, como hablando consigo mismo:

–No me sorprende, Hugo.

Luego matizó:

–En este país, todos los presidentes roban. Es un deporte nacional.

–He robado para bien de mi familia –dijo Chávez–. Para mi esposa, para mis hijas, para mis padres. He robado para asegurarles su futuro, ¿comprendes?

–¿Y dónde está el dinero que has robado? –se tentó de curiosidad el cura, resoplando, porque tenía calor debajo de la sotana.

–Afuera –dijo Chávez, y no dijo más.

–Debe de haberlo escondido en Cuba –pensó Porras.

Tras un silencio agobiante, opresivo, que ponía en entredicho la aparente reconciliación entre ambos, el presidente depuesto dijo:

–He tenido sexo con jovencitas menores de edad. Me he montado a muchas adolescentes, Baltazar. He desflorado a muchas vírgenes.

Sorprendido, el cura carraspeó. El presidente en desgracia continuó:

–Se me regalaban en la campaña presidencial. Venían a mis mítines y les decían a mis guardaespaldas que querían acostarse conmigo. Y yo soy un hombre de carne y hueso, ¿comprendes? No es fácil resistir a la tentación de la lujuria, cuando tantas jovencitas se te ofrecen.

–Eres un sátiro –pensó Porras, pero no dijo una palabra–. Un degenerado.

–A veces, Baltazar, no me vas a creer, las jovencitas de quince, dieciséis, diecisiete años, en la flor de su juventud, unos pimpollos, venían a ofrecerse con sus padres, ¿puedes creer? Los padres me las regalaban, me daban a sus hijas vírgenes como ofrenda. Y yo, por supuesto, las llevaba a mi cama.

–Es un pecado nefando, Hugo –dijo Porras–. Has corrompido a muchas niñas, has pervertido a muchas jóvenes.

Chávez, aún de rodillas, pareció enfadarse, y dijo:

–Yo no las corrompí. Yo no las seduje. Ellas se me regalaron. Y yo me las singué, porque tampoco soy un santo, coño.

–Es la primera vez que me dicen coño en una confesión –pensó Porras.

–Y lo peor es que algunas quedaron embarazadas –siguió Chávez–. Porque yo no puedo disfrutar de un buen polvo si me pongo un condón, ¿comprendes? Yo solo puedo singar sin condón, Baltazar. Entonces algunas chamas quedaban embarazadas y luego tenían que abortar. Porque ya bastantes hijos tengo, ¿no crees?

–El estupro y el aborto son pecados mortales –dijo Porras–. Dios habrá de juzgarte.

–¡Pero yo no las violé! –protestó Chávez, levantando la voz–. ¡Esas chamas me violaron a mí, Baltazar!

–Descarado –pensó el arzobispo.

–Mi último pecado grave –continuó Chávez–; es que he consultado a brujos, santeros y chamanes.

–Ya lo sabía –dijo Porras.

–Que Dios me perdone –siguió Chávez–. Pero he sido insolente con nuestro Creador. Y me he puesto en manos de los mejores brujos y santeros cubanos. Y he bebido sangre de animales muertos. He bebido sangre de tigre, sangre de león. Me han pasado por todo el cuerpo el corazón de un tigre.

–No me sorprende –dijo Porras–. ¿Eso es todo, Hugo?

–Sí –dijo Chávez.

–Te has olvidado de un pecado grave –observó monseñor Porras, mirándolo fijamente a los ojos.

–¿Cuál? –se sorprendió el presidente prosternado ante él.

–Has pactado con el diablo –dijo Porras–. Te has arrojado a los brazos del demonio.

–¡Eso no es verdad! –se defendió Chávez–. ¡Nunca he pactado con el diablo!

Porras se puso de pie, colocó su mano derecha sobre la cabeza sudorosa de Chávez y dijo, en tono indulgente:

–El diablo es Fidel Castro. Y tú has pactado con él. Solo para permanecer en el poder, como él.

Chávez cerró los ojos y dijo:

–Muy bien, pido perdón por eso, si consideras que es un pecado.

Porras dijo unas palabras en latín, absolvió a Chávez, lo bendijo y pensó:

–Yo no perdono a este desgraciado. Que lo perdone Dios.

Chávez se puso de pie, abrazó a Porras y de nuevo rompió a llorar.

–¿Cuándo te llevan a Cuba? –preguntó el arzobispo.

Chávez dio un respingo.

–No me van a llevar a Cuba –respondió–. Me van a matar.

Porras lo miró, sorprendido.

–Mañana a mediodía me van a fusilar estos traidores –dijo Chávez.

–¡No pueden hacer eso! –se indignó Porras–. ¡Eso sería un crimen!

–Pues me van a matar –dijo Chávez, resignado–. Por eso quería confesarme contigo, hermano.

Luego se acercó al arzobispo y susurró en su oído:

–Te ruego que hables con el general Baduel, que está en Maracay.

El cura Porras asintió.

–Dile que me van a fusilar mañana. Dile que aún está a tiempo de venir a rescatarme.

Porras hizo la señal de la cruz en la frente de Chávez y dijo:

–Te perdono, Hugo.

Luego se acercó y le dijo en voz muy baja:

–Llegando a Caracas, hablaré con Baduel.

Noviembre, 1992

Ocho meses después del golpe ejecutado por Chávez contra el presidente Carlos Andrés Pérez, y estando ya el golpista recluido en la cárcel de Yare, ocurrió un segundo golpe militar contra Pérez a finales de noviembre de ese mismo año. En las entrevistas que concedía desde prisión, Chávez, como si fuera un astrólogo de la política, anunciaba que la sublevación armada era inminente e inevitable, y además deseable. A José Vicente Rangel le dijo en televisión:

–Pronto habrá de ocurrir una rebelión moral del elemento civil junto con el elemento militar, para producir una insurrección cívico-militar.

Rangel pareció ofuscarse porque Chávez anunciaba el golpe con tanta certidumbre:

–Pero ¿no es un error hacer estas conjeturas públicas sobre la posibilidad de un nuevo golpe? –dijo–. ¿No cree usted que se pierde el elemento sorpresa, que es decisivo en este tipo de operaciones?

Los jefes golpistas, quienes recibían mensajes escritos por Chávez desde la cárcel, mensajes repartidos por sus dos hermanos, Adán y Argenis, y a veces también por su abogada Cilia Flores, eran el contralmirante Hernán Ruber por la Armada, el general Francisco Vizconde por la Aviación y el comandante Luis Pinedo por el Ejército. Ellos grabaron un mensaje que debía propalarse por el canal estatal, canal 8, Venezolana de Televisión, tan pronto como el alzamiento hubiese triunfado. En dicho mensaje, solamente hablaba el contralmirante Ruber. Pero también Chávez insistió en grabar un video clandestino desde prisión, el cual debía airearse cuando el golpe de noviembre hubiese derrocado al presidente Pérez. Sin embargo, Pérez y sus militares leales estaban avisados de la inminencia del golpe, principalmente porque el propio Chávez lo anunciaba con autoridad de vidente o profeta en

sus frecuentes entrevistas. Por eso, dos semanas antes de que ocurriera la conspiración, el jefe de la inteligencia militar, general Fuenmayor, que era leal a Carlos Andrés, dijo por televisión:

–La idea de los golpistas es apresar al presidente Pérez y obligarlo a renunciar.

Luego añadió, en tono enfático:

–¡Volverán a fracasar!

El plan de Chávez era simular una enfermedad en la víspera del golpe de noviembre, de modo que lo trasladasen de la cárcel de Yare al hospital militar, un lugar del cual podía ser más fácil que los conjurados lo rescatasen. Por eso le envió un mensaje escrito al comandante del Ejército Luis Pinedo:

> Hermano, recibe un mensaje fraterno desde la cárcel de la dignidad. El 27 de noviembre debes tomar el hospital militar y establecer un puesto de comando. Estaré esperándote allí mismo para liderar la insurrección cívico-militar.

Sin embargo, como el gobierno de Pérez sabía que se venía el golpe, los embustes de Chávez en la prisión de Yare no surtieron efecto, no le creyeron que de veras estaba enfermo y por eso no lo trasladaron al hospital militar.

El golpe comenzó a las cuatro y media de la mañana, hora en que Carlos Andrés Pérez dormía en la residencia presidencial. El jefe de la Aviación, general de brigada Vizconde, sacó a volar sus mejores aviones F-16 con la orden de bombardear sin contemplaciones ni miramientos un número de objetivos precisos: el palacio de Miraflores, el Ministerio del Interior, la sede de la inteligencia militar, la cancillería y la base aérea de La Carlota, cuyos jefes no se habían sumado al golpe. Antes de que amaneciera, dieciocho bombas fueron disparadas por los ruidosos aviones de los golpistas: de ellas, solo estallaron catorce, las otras cuatro no hicieron explosión porque, al parecer, los armeros y los pilotos se olvidaron de destrabar los seguros, con lo cual esas cuatro bombas rebotaron en los objetivos estratégicos que debían ser destruidos y quedaron allí, como el

testimonio de un golpe, uno más, que comenzaba mal. No todas las bombas dieron en el blanco, unas cayeron en un centro comercial y mataron principalmente a los guardias que lo custodiaban a esa hora, cinco de la mañana, y a desafortunados repartidores de leche y pan. Pero una bomba cayó en el regimiento de honor del palacio de Miraflores, dejando a numerosos soldados heridos. Ningún avión tenía la orden de bombardear la residencia presidencial de La Casona, y por eso el presidente Pérez salvó la vida y se dirigió al canal 10, Televen, el único canal privado que, en un descuido, los conspiradores no habían capturado y amordazado. Ocurrió entonces algo insólito, inesperado: Carlos Andrés Pérez improvisó un breve discurso a la nación, alertándola de que un nuevo golpe estaba en marcha para matarlo y destruir la democracia, unas palabras que salieron al aire por las ondas del canal 10, y casi al mismo tiempo, un capitán del Ejército de apellido Valera, y otro capitán de apellido Chacón, al mando de un batallón de los golpistas que entró a sangre y fuego al canal estatal, el canal 8, Venezolana de Televisión, matando a numerosos técnicos de la estación, decidieron que no transmitirían el video grabado por el contralmirante Ruber, como este les había ordenado, sino, en cambio, el video que Chávez había grabado en prisión. Dado que Chávez era amigo de los capitanes Valera y Chacón, les había dicho en un mensaje escrito:

–No pasen en televisión el mensaje de Ruber. La insurrección no debe tener muchos jefes. Solo deben transmitir mi video y ningún otro. Después, si Ruber toma el poder, entonces que hable en vivo y en directo. Pero no antes.

Probablemente Chávez temía que, si el golpe triunfaba, Ruber, Vizconde y Pinedo se convertirían en héroes populares, un escenario que veía con recelo. En su opinión, el líder moral de la sublevación de noviembre era él y nadie más, y por eso sus amigos capitanes debían cumplir su orden, como en efecto la cumplieron. Por un lado, entonces, el presidente constitucional Pérez decía en canal 10 que el golpe sería un fracaso. Por otro lado, el comandante encarcelado Chávez, quien ya había fracasado en el golpe de febrero de ese año, ahora proclamaba:

–Compañeros, el movimiento bolivariano revolucionario vuelve a la lucha, después de la gloriosa jornada de febrero. En breves minutos, una junta patriótica se dirigirá a la nación.

Pero nada de eso ocurrió. Ninguna junta patriótica se dirigió a la nación aquella mañana sangrienta. Para sorpresa de los golpistas, quienes aspiraban a dominar los aires de la capital y del país, el gobierno de Carlos Andrés Pérez consiguió echar a volar algunos aviones y helicópteros piloteados por militares leales a su régimen. Para estupor de los residentes de Caracas, se registró de pronto una batalla aérea entre los aviones de los golpistas y los del gobierno. Un helicóptero Súper Puma artillado con ametralladoras atacó una estación radial que difundía proclamas de los sublevados, Radio Rumbos, tumbando la antena y sacándola del aire. Y varios aviones de ambos bandos fueron derribados. Desde la cárcel, Hugo Chávez veía todo aquello con creciente impaciencia y desasosiego. Los golpistas no contaban con que el presidente Pérez tenía diseñado un plan de contragolpe, con aviones y helicópteros, y con batallones poderosos de Fuerte Tiuna, que juraron lealtad al gobierno constitucional, un gobierno de nuevo jaqueado por una parte del alto mando militar. Mientras tanto, en los pasillos subterráneos del metro de Caracas, un joven alto y de bigotes, Nicolás Maduro, cumplía las órdenes precisas de Chávez: dirigir a una multitud de combatientes civiles de Bandera Roja, grupo guerrillero de izquierdas, para que salieran a saquear la ciudad apenas amaneciera. Esperaban una orden que nunca llegó, como tampoco consiguieron entrar en la cárcel de Yare los golpistas para liberar a Chávez. Hacia las seis de la mañana, un batallón de treinta hombres armados quiso ingresar a las bravas en esa prisión, usando incluso un tractor para derribar la puerta, pero fracasó. Desesperado, vestido de militar, la cabeza cubierta por una boina roja, Chávez aguardaba a que sus hombres ingresaran por fin al presidio y lo pusieran en libertad para ir él mismo a matar a Pérez y anunciarlo luego en el canal estatal Venezolana de Televisión, pero nada de ello ocurrió porque el presidente Pérez, a sabiendas de que irían a liberar a Chávez, había fortificado, en la víspera, las defensas de ese centro penitenciario lejos de Caracas. Desde su puesto de mando, otro jefe golpista, el contralmirante Ruber, esperaba a que los

complotados en control del canal público pasaran por fin su proclama, pero ello tampoco ocurrió, porque Chávez había dado órdenes expresas a los capitanes Valera y Chacón, afines a él, para que en ningún caso el video de Ruber apareciera en televisión, sin que el propio Chávez hubiera dado la orden de emitirlo. Por eso, un joven militar, después de exhibir el video de Chávez, se animó a improvisar un mensaje atropellado y desprovisto de todo poder de persuasión:

–Pueblo venezolano, salgan a la calle y terminen de derrumbar a este gobierno.

Pero la gente no salió a las calles porque había aviones bombardeando la ciudad y otros aviones cayendo sobre ella como consecuencia de la feroz batalla en los cielos de Caracas para dirimir si Pérez perdía el poder por fin, o si una vez más sobrevivía y caía parado, como los gatos. Nadie salió a protestar contra él, nadie quería morir aplastado por las bombas de los golpistas que no siempre daban en el blanco. Entonces el joven militar, un perfecto desconocido, de pronto convertido en el jefe mediático del alzamiento, volvió a arengar a la población que, aterrada, permanecía en sus casas.

–Es hora de que el pueblo se enrumbe en un camino distinto –gritó–. Salgan a las calles sin titubeos.

Pero, al hablar, el golpista titubeaba bastante, sudaba copiosamente, lucía tenso, nervioso, angustiado, más todavía cuando protestó porque la sublevación no acababa de triunfar:

–Algunos compañeros de armas están confabulándose con este gobierno inepto y corrupto y nos están repeliendo. Pero nuestros aviones los bombardearán.

En efecto, a esas alturas, ya de día, y mientras Hernán Ruber esperaba a que pasaran en televisión su discurso que nunca fue aireado, era evidente que el gobierno de Pérez no había caído ni habría de caer, porque controlaba un importante poder de fuego en las fuerzas militares, incluyendo la Aviación, y porque la asonada había fallado en un cálculo fundamental: los civiles no la apoyaban en las calles, por temor a las

bombas de los aviones. Pasado el mediodía, el contralmirante Ruber habló con el comandante Pinedo y le dijo:

–¡Esto está perdido! ¡Casi todo falló! ¡Escóndete y vete del país ya mismo!

–No –le dijo Pinedo–. Yo me quedo con usted.

–¿Por qué carajos no pasaron nuestro video en el canal 8? –se indignó el contralmirante, que había aguardado con pueril ilusión aquella cita con la historia, solo para ver contrariada la esperanza de conquistar el poder, todo el poder.

–Porque Chávez nos traicionó –le dijo Pinedo–. Chávez les ordenó a Jesse Chacón y al capitán Valera que solo pasaran su mensaje.

–¿Y quién tiene el mío? –rugió Ruber.

–Nadie lo tiene –respondió Pinedo–. Se perdió. Chacón y Valera dicen que nuestro video se perdió. Es porque Chávez quería ser el único líder de la insurrección. No quería que usted fuese el líder, contralmirante.

Pasado el mediodía, Ruber y Pinedo se rindieron. El jefe de la aviación golpista, general de brigada Vizconde, subió con un centenar de sus hombres amotinados a un avión Hércules y partió al exilio. Aterrizaron en Iquitos, en la selva peruana, y pidieron un asilo político que les fue concedido. Casi doscientos hombres perdieron la vida en Caracas y centenares más quedaron heridos como consecuencia del golpe fallido de noviembre, un golpe más que el presidente Pérez habría de sobrevivir. En la prisión de Yare, enterado por fin del fracaso del alzamiento, Hugo Chávez se hundió en una profunda depresión y culpó del fracaso a Ruber, Vizconde y Pinedo. Pero el presidente Carlos Andrés Pérez le dijo a su hombre de confianza, Mario Iván Carratú:

–Hemos ganado porque este era el golpe más anunciado del mundo. Y quien lo anunció fue el propio Chávez. Gracias a él, estamos vivos.

Abril, 2002

–Mi amor, pruébate el fajín ministerial –le dijo al general Velásquez su esposa–. Como estás gordito, el sastre te lo ha hecho bien largo –añadió, con una sonrisa coqueta.

El comandante general del Ejército se colocó el fajín con la bandera de su país, se miró en el espejo y vio reflejado al próximo ministro de Defensa y, en un año, al presidente de Venezuela, elegido por el pueblo.

–Te queda regio –le dijo su esposa.

Esa tarde, el presidente provisional Cardona debía tomar juramento a los ministros de su gabinete, en el palacio de Miraflores. Los jefes de la conspiración estaban satisfechos, aunque no jubilosos: el general Velásquez se contentaba con el Ministerio de Defensa, a pesar de que hubiera preferido ocupar la presidencia de la nación, y el general Rosado veía con satisfacción que lo nombrasen embajador en Madrid por su afición a los vinos y el jamón españoles y para estar cerca de su cuñada y amante, quien estaría en la embajada en Lisboa, una distancia conveniente para verla de vez en cuando en hoteles discretos. Al llegar a Miraflores para jurar como ministro, el general Velásquez fue citado al despacho del presidente Cardona. Se dieron un apretón de manos, se sentaron uno frente al otro, Cardona acomodándose a su gusto en los aposentos presidenciales, Velásquez regordete, rechoncho y ávido de poder, y, tras pedir cafés bien cargados, habló el presidente provisional:

–Mire, general, quiero darle una noticia que espero sea buena para usted.

–Dígame, señor presidente –se ilusionó Velásquez, pensando en que lo nombrarían vicepresidente.

Llevaba en un bolso de cuero el fajín ministerial. Se sentía poderoso. Sentía que estaba ocupando un lugar estelar en la historia de su país.

–No lo voy a nombrar ministro de Defensa –anunció Cardona, pálido, ajado, una mano temblorosa, las ojeras pronunciadas que delataban su extenuación.

–Comprendo –dijo Velásquez, ilusionado con la vicepresidencia–. ¿Qué cargo voy a ocupar entonces?

Cardona no se precipitó, se tomó su tiempo. Era un buen jugador de golf. Se jactaba de tener paciencia.

–Voy a nombrar al general Antonio Navas como ministro de Defensa –dijo–. En respeto y reconocimiento a que es el oficial más antiguo en actividad.

Velásquez hizo un mohín de disgusto.

–Pero Navas no participó del movimiento institucional que forzó la renuncia de Chávez –se dijo a sí mismo, en silencio–. Yo saqué a Chávez, no Navas. Cardona es presidente gracias a mí, no gracias a Navas.

No le dijo nada de eso al presidente Cardona. Solo esperó, con creciente desasosiego, a que le dijeran qué cargo ocuparía en el gabinete.

–Usted dejará la comandancia general del Ejército –prosiguió Cardona, imperturbable y, al mismo tiempo, devastado por tantas noches sin dormir, en estado de celo patriótico, urgido por los deberes ardientes de salvar a la patria.

El general Velásquez frunció el ceño. En rigor, aún no le tocaba entregar la comandancia general. Pero Cardona pensaba que, si lo dejaba como jefe máximo del Ejército, corría un riesgo alto. No sentía buena química con Velásquez, no tenía afinidad con él, no confiaba en él.

–Golpista una vez, golpista dos veces –pensaba Cardona–. Así como sacó a Chávez, me podría sacar a mí también.

–El nuevo comandante general del Ejército será el general Henry Lagos –anunció el presidente provisional.

–¿Lagos? –se ofuscó Velásquez–. A Lagos no le toca, señor presidente.

–Pues yo confío en él –dijo Cardona, en tono seco, autoritario.

Velásquez sintió que el presidente le había dicho: confío en Lagos, y no en usted.

–Estaría violentando la jerarquía militar, señor presidente –objetó Velásquez–. Mis compañeros de armas no lo tomarán bien.

–Está decidido –sentenció Cardona.

Velásquez lo miró con animosidad, y se dijo a sí mismo, en silencio:

–Viejo malagradecido, eres presidente gracias a mí, no lo olvides.

–Usted pasará al retiro hoy mismo –le dijo Cardona, con una sonrisa forzada que parecía la mueca de una máscara a punto de romperse.

–¿Al retiro? –se sobresaltó de nuevo el general.

–En efecto –dijo el presidente–. Y lo mandaremos a Madrid.

–¿A Madrid? –repitió Velásquez, como un loro viejo, desplumado, impaciente por escapar de la jaula en la que querían meterlo–. Pero el embajador en Madrid será el general Rosado.

–¿Y quién ha decidido eso? –preguntó, con aire hostil, el presidente Cardona.

–Yo –respondió Velásquez–. Yo se lo prometí.

–No se preocupe, que usted irá a Madrid, en representación de mi gobierno de transición y unidad nacional –dijo Cardona, y se sintió ya cansado de ocupar el poder.

El general Velásquez permaneció en silencio, enfurruñado, crispado, soliviantado, la sangre caliente por el curso indeseado de los acontecimientos.

–Pero usted no será embajador –prosiguió Cardona, en tono cordial y quizás un tanto condescendiente–. Será agregado militar en Madrid, ¿le parece bien?

En pocos minutos, el ego del general Velásquez, jefe victorioso de la confabulación para derrocar a Chávez, había sufrido una paliza masiva, despiadada: no sería ministro, no sería comandante general, no sería embajador, a duras penas sería agregado militar.

–Señor presidente, usted me ha faltado al respeto –dijo, poniéndose de pie–. Usted me prometió el Ministerio de Defensa y no me ha cumplido.

–Hay que dejar de lado los egoísmos –dijo Cardona, sin dar importancia al exabrupto del general–. Todo lo hago por el bien de la patria.

–Pues ya no sé si puedo confiar en usted –dijo Velásquez, y se retiró, furioso.

Llegando a su casa, el rostro desencajado, le entregó el holgado fajín a su esposa, al tiempo que le dijo:

–No seré ministro. Cardona me traicionó.

Enseguida llamó por teléfono al general Navas y le preguntó a quemarropa:

–¿Es cierto que Cardona te ha ofrecido el Ministerio de Defensa?

–Sí, mi general –respondió Navas–. Y he aceptado a mucha honra el cargo.

–Sabes que antes me ofreció a mí ese ministerio, ¿verdad? –preguntó Velásquez.

–Sí, mi general –dijo Navas–. Al parecer, el presidente cambió de opinión.

Velásquez se sintió humillado, ignorado, relegado, maltratado. Pensó: yo saqué a Chávez, yo merezco ser el presidente de transición, no el viejo marico de Cardona. ¿Y cómo me agradece? ¡Despachándome como agregado militar a Madrid, viejo hijo de puta malparido!

–No sé si seguiré apoyando a Cardona –se sinceró el general Velásquez.

El general Navas enmudeció.

–Veo que con Cardona está naciendo un gobierno dictatorial –prosiguió Velásquez.

–Si deja de apoyarlo, se cae el presidente Cardona –opinó Navas–. Le ruego que no cometa ese error, mi general.

Pero ya era tarde. El general Velásquez quería todo el poder y de pronto sentía que se lo habían arrebatado.

–Todavía estoy a tiempo de sacar de una patada en el culo a Cardona –pensó–. Lo obligaré a renunciar por dictador, así como obligué a Chávez. Y yo me quedaré como presidente, carajo. Es lo justo. Es lo que la patria merece.

A continuación, llamó por teléfono al general Rosado y le dijo:

–Tenemos un problema con Cardona. Ven a mi casa urgente.

–Allá voy –prometió Rosado.

Sin perder tiempo, el general Velásquez llamó por teléfono a un abogado amigo suyo y le preguntó cómo podía sacar del poder a Cardona.

–Es muy simple –respondió el letrado, Germán Escardó–. Debes salir en televisión a decir que Cardona ha roto el hilo constitucional.

–¿Que ha roto qué? –no entendió el general.

–¡El hilo constitucional! –levantó la voz el abogado Escardó–. ¡Ha violado la Constitución! Al disolver todos los poderes públicos, ¡Pedro Cardona es ahora mismo un dictador!

–¡Exactamente! –se entusiasmó Velásquez–. ¡Un dictador! ¡Es lo que yo pienso!

–Cardona no podía cerrar la Asamblea Nacional ni el Tribunal Supremo de Justicia –dijo el jurista Escardó.

–¡Es un dictador peor que Chávez! –rugió el general Velásquez, humillado.

–Chávez era un dictador comunista –observó el abogado Escardó–. Cardona es un dictador capitalista. Pero ambos son dictadores, mi general.

–¡Entonces sacaremos a Cardona! –rugió el general Velásquez.

–¡Y anularemos su decreto dictatorial! –lo secundó Escardó–. ¡Y usted, mi general, tiene que anunciar la restitución de todos los poderes públicos!

El general Velásquez dio un respingo:

–¿La restitución de todos los poderes, incluyendo la presidencia de Chávez?

–¡No, mi general, qué ocurrencia! –se rio cínicamente Escardó–. Chávez ha renunciado. Chávez ya es el pasado. A Chávez lo mandamos a Cuba y ya está.

–¿Y entonces quién asumirá la presidencia, si sacamos de una patada en el culo al marico de Cardona? –pareció confundido el general Velásquez, ilusionado de destituir al presidente provisional, aunque sin tener la certeza de qué rayos pasaría luego.

–¡Asume usted la presidencia! –prometió Escardó–. ¡Usted restituye a la Asamblea Nacional y los diputados lo nombran a usted presidente

provisional y usted se juramenta ante ellos!

Velásquez se imaginó colocándose no ya el fajín de ministro, sino el de presidente de la república, y dijo por eso, embriagado de ser él mismo:

–Es un gran plan. ¡Vamos adelante, carajo!

Pocas horas después, el general Velásquez convocó a la prensa nacional e internacional para hacer un anuncio histórico. A su lado se encontraban los generales Rosado y Rondón. Parecía un club de gordos culposos en uniforme de la patria, listos a anunciar una dieta severa para salvar el honor. Era el triunvirato que había depuesto a Chávez y ahora se disponía a destituir a Cardona, acusándolo de dictador, no obstante que Cardona llevaba pocas horas en el cargo transitorio que sus amigos empresarios, curas y sindicalistas le habían confiado. En tono solemne, y leyendo un comunicado escrito por su amigo y abogado Escardó, el general Velásquez exigió la renuncia de Cardona a la presidencia provisional, la eliminación del decreto anunciado por Cardona y la restitución de todos los poderes públicos disueltos por Cardona: la Asamblea Nacional, el Tribunal Supremo de Justicia, la Fiscalía General, la Defensoría del Pueblo, la Contraloría y el Consejo Electoral.

–Al renunciar el expresidente Chávez, se creó un vacío de poder que ocupó temporalmente el señor Pedro Cardona –leyó Velásquez–. Pero las fuerzas armadas no pueden respaldar el decreto dictatorial e inconstitucional expedido por el señor Pedro Cardona –añadió–. No podemos avalar que el vacío de poder se aproveche para dar inicio a una dictadura de derecha.

Cardona no podía creer lo que estaba viendo por televisión.

–Velásquez le dio un golpe a Chávez y ahora me da un golpe a mí, porque no lo nombré ministro: ¡es insólito! –pensó.

–El nuevo presidente provisional de Venezuela debe ser nombrado por la Asamblea Nacional, como manda la Constitución –dijo el general Velásquez, antes de terminar su alocución.

No tuvo dudas de que los diputados, a quienes él mismo había restituido en sus cargos, salvándolos de la humillación y el oprobio a que fueron

sometidos por Cardona, lo nombrarían a él, en agradecimiento, presidente transitorio. Finalmente, anunció:

–El teniente general Hugo Chávez, que ha firmado su renuncia a la presidencia, y que al renunciar ha firmado la destitución del vicepresidente Diosdado Cabello, saldrá del país de forma inmediata, acompañado de su grupo familiar.

Los periodistas lucían incrédulos ante tantos anuncios inesperados.

–Las fuerzas armadas garantizan su seguridad e integridad física –continuó Velásquez–. Y se comprometen a transmitir por televisión las imágenes del teniente coronel Hugo Chávez partiendo a un país extranjero, como es su deseo expreso.

Marzo, 1994

Poco antes de cumplir cuarenta años, Hugo Chávez recuperó la libertad un sábado de gloria, en plena semana santa. Había pasado apenas veintiséis meses en la cárcel desde el golpe fallido que le dio a Carlos Andrés Pérez, cuyo mandato había concluido recientemente. El nuevo presidente, elegido por el pueblo venezolano, era un político veterano, Rafael Caldera, quien juzgó conveniente dar por cerrado el juicio a Chávez. Si bien no lo indultó, lo sobreseyó, es decir que anuló el juicio, y entonces, gracias a él, Chávez y sus golpistas recobraron la libertad. Debido a ello, el expresidente Pérez se indignó con su sucesor Caldera. Consideró que este había perpetrado una indignidad, liberando a Chávez. Afirmó que el juicio a Chávez debió continuar hasta que fuese sentenciado y que luego Caldera podía indultarlo, pero inhabilitándolo políticamente, de modo que el jefe golpista no pudiese ser presidente del país. Al interrumpir el juicio, al sobreseer a Chávez, el presidente Caldera le hizo un inmenso favor al comandante golpista, dijo Pérez. Los memoriosos recordaron que Caldera había elogiado a Chávez por televisión, cuando este le dio el primer golpe fallido a Carlos Andrés Pérez, el golpe de febrero. Tras ver la rendición de Chávez transmitida por la televisión, Rafael Caldera, quien entonces soñaba con volver a ser presidente, dijo:

–Debo confesar que Chávez me causó una excelente impresión, como se la causó a todo el mundo.

Dijo esas palabras poco después de que Chávez hubiese comandado un sangriento golpe de Estado contra un presidente legítimo, Carlos Andrés Pérez. Más aún, dijo Caldera:

–Aquellos segundos que usó Chávez al rendirse presentaron a un hombre equilibrado, sensato. Dijo sus palabras bastante bien dichas, de

manera que se graduó como un artista de televisión, indudablemente.

Una vez recuperada la libertad, Chávez se negó a reunirse con Caldera y rehusó agradecerle el gesto de haber evitado que la justicia lo condenase por rebelión militar, un delito que podía pagarse con hasta treinta años de cárcel.

–Es un viejo vagabundo –dijo Chávez, aludiendo a Caldera–. No tengo nada que hablar con él.

Poco después, la dictadura cubana, mediante el historiador Eusebio Leal, invitó a Chávez para que diese una conferencia en La Habana. Entusiasmado, Chávez viajó a Cuba por primera vez en su vida, sin sospechar que en aquella isla habría de morir, casi veinte años después. Para su sorpresa y estupor, para su asombro mal disimulado, al bajar la escalerilla del avión 727 de la aerolínea comercial Viasa, descubrió que el dictador cubano, Fidel Castro, vestido con su típico traje verde olivo, lo esperaba, sobre una alfombra roja, al pie del avión. Castro, un gigante de casi dos metros de altura, lo abrazó efusivamente, lo bañó de elogios y lo llevó en su limusina blindada Mercedes-Benz 560 negra, que le había regalado el dictador de Iraq, Sadam Hussein, hasta el palacio de la revolución. Chávez se sorprendió al ver que, sentado en el asiento trasero del coche blindado, Fidel tenía a sus pies un fusil Kalashnikov AKM calibre siete milímetros, cinco cargadores de treinta municiones cada uno, y, al lado de su pierna derecha, sobre el asiento, una pistola Browning nueve milímetros. Se había acostumbrado a llevar al menos una pistola desde que tenía diecisiete años y atacaba a balazos a los líderes estudiantiles que consideraba sus enemigos.

–Tú serás el próximo presidente de Venezuela –le dijo Fidel a Chávez, mientras bebían whiskey Chivas Regal y fumaban habanos, ya en el despacho del dictador, en el tercer piso del palacio de la revolución.

–Gracias, hermano Fidel –le dijo Chávez–. Tengo una deuda sagrada con la historia –añadió–. Debo reanudar la revolución que dejó inconclusa el maestro Simón Bolívar. Mi revolución recién está por comenzar.

Fidel se puso de pie y dijo:

–Pero debes comprender algo fundamental, Hugo. La revolución en Venezuela no debes hacerla como la hice yo en esta isla, hace treinta y cinco años.

–¡Yo estoy dispuesto a morir por la revolución, hermano Fidel! –rugió Chávez–. ¡Como estuviste dispuesto a morir por la gloriosa revolución cubana!

No sabía Chávez que Castro estaba grabando la conversación en una habitación adyacente a su despacho, dotada de dos lectores de bandas magnéticas y dos cascos de escucha, y ocupada por un puñado de taquimecanógrafos que cambiaban las cintas cuando estas llegaban a su fin. Era una vieja costumbre del dictador cubano: grabar sus conversaciones sin que sus interlocutores lo supieran.

–Los tiempos han cambiado, Hugo –dijo Castro–. Ahora las revoluciones armadas no son tan populares como antes. Ahora la manera astuta de hacer la revolución es ganando unas elecciones.

Sorprendido, Chávez permaneció en silencio. Fidel continuó:

–Debes cambiar de estrategia. Has tratado ya dos veces de hacer la revolución por la vía de las armas. Y no has podido llegar al poder.

–No todavía –dijo Chávez, siempre aferrado a la poderosa certeza de que tenía una cita épica con la historia.

Fidel Castro lo arengó:

–Tu revolución triunfará, Hugo. Pero debes fundar un partido político y presentarte a las elecciones como candidato presidencial. ¡Y me juego estos cojones de gallego que el pueblo que te ama te elegirá presidente de Venezuela por abrumadora mayoría, coño!

Chávez se puso de pie, al mismo tiempo halagado e inquieto.

–¿Me estás diciendo, hermano Fidel, que debo conducir mi carrera revolucionaria como un demócrata burgués? –preguntó–. ¿Es que acaso ahora crees en la democracia? –insistió, con una mirada irónica.

–¡No, ni a cojones! –vociferó Fidel–. La democracia es una mariconada que inventaron los yanquis, Hugo. Yo no creo en esa vaina.

–¿Y entonces, qué carajos tengo que hacer como candidato presidencial en unas elecciones democráticas de la corrupta cuarta república

venezolana? –se impacientó Chávez.

–Óyeme bien, Hugo –le dijo Fidel, y se acercó a él, y le habló de cerca–. Serás elegido presidente. Y una vez que llegues al poder, comprenderás lo que yo comprendí cuando derroqué a Batista.

Chávez escuchaba con atención castrense, con la obediencia que le presta un subordinado a su jefe militar.

–Una vez en el poder, elegido por el pueblo, no entregarás el poder más nunca, ¿comprendes?

Chávez asintió.

–¡Más nunca! –chilló Fidel–. ¡Porque el poder no se negocia ni se comparte ni se entrega a los enemigos, coño! –rugió–. ¡El poder, como decía Franco, es hasta la muerte, Hugo!

Chávez permaneció en silencio, admirando la palabra elocuente y feroz del dictador cubano, quien, al hablar, escupía sin querer esporádicos salivazos sobre el rostro tenso y asombrado de su discípulo venezolano.

–El pueblo es una hembra, Hugo –dijo Fidel, y bebió un sorbo de Chivas Regal–. Al pueblo tienes que seducirlo, tienes que hablarle bonito, tienes que hacerle promesas dulces, ¿comprendes?

–Comprendo, hermano Fidel.

–Y luego, cuando el pueblo hembra elige que seas su macho, elige que seas su presidente, entonces tú, como el macho, te vas a singar al pueblo hembra, ¿entiendes?

–Entiendo, hermano Fidel.

–¿Y cómo te vas a follar al pueblo hembra? Pues muy simple, Hugo: harás en Venezuela lo que yo hice en Cuba: te quedarás con todos los poderes, aplastarás sin misericordia a todos tus enemigos, dejarás que se vayan al exilio los que no apoyen tu revolución y te convertirás en monarca, en rey, ¡en jefe de Estado vitalicio, coño!

–Vitalicio, hermano Fidel.

–¡Y morirás en el poder, Hugo, como Franco murió en el poder, como yo moriré en el poder! –siguió lanzando gritos el dictador cubano–. Y no entregarás jamás nunca el poder, ni lo compartirás con tus enemigos, ¿sabes por qué? Porque si juegas a la mariconada esa de los yanquis, a la

democracia burguesa, ¡te aseguro que terminarás en la cárcel el resto de tus días! O aplastas a tus enemigos, o ellos te aplastarán, ¿comprendes, Hugo?

–Comprendo, hermano Fidel.

–Porque el destino es promiscuo, Hugo –prosiguió Castro, encantado de escuchar su acalorado soliloquio habanero–. El pueblo es la hembra, el caudillo es el macho, y el pueblo quiere ser singado y ser sodomizado, ¡coño! ¿Y sabes por qué? Porque a la hembra que es el pueblo a veces hay que reprimirla, hay que pegarle duro, para salvarla, ¡coño!

–Brillante, hermano Fidel.

–Tu filosofía política tiene que ser bien simple, Hugo –se incendiaba Castro, echando bocanadas de humo, bebiendo su whiskey favorito–. Contigo, los de abajo se van para arriba, y los de arriba se van al carajo.

–Al carajo, hermano Fidel. ¡Al carajo, coño! –se encendió también Chávez.

–Vamos entonces a perfeccionar el modelo de la revolución comunista –se calmó un poco Castro–. Antes, el modelo era llegar al poder por la vía armada, mediante la guerra de guerrillas. Ahora el modelo será llegar al poder por los votos, en elecciones burguesas. Y una vez en el poder, dinamitamos la democracia desde adentro, ¡coño!, y no soltamos más el poder.

Chávez abrazó a Fidel, derramó dos lagrimones y dijo:

–Te prometo, hermano Fidel, que no descansaré hasta ser presidente de Venezuela.

–El pueblo hembra venezolano te ama, Hugo –le dijo Castro–. Ya te lo has singado dos veces. Ahora falta que te lo singues una vez más, en las elecciones presidenciales: ¿cuándo son?

–En cuatro años –respondió Chávez.

–Cuatro años son un suspiro –dijo Fidel–. Yo llevo treinta y cinco años singándome al pueblo hembra cubano, y pegándole cuando no se deja singar. ¿Y quieres que te diga una cosa? ¡Les encanta que me los singue y que después les pegue, coño!

–El poder hasta la muerte, hermano Fidel –dijo, sumiso, Chávez.

–Por cierto, mañana te haremos un homenaje en la Casa de las Américas –anunció Fidel–. Debes dar un gran discurso.

–De acuerdo –dijo Chávez–. Pero, ahora mismo, más que un homenaje, lo que necesito es una mulata, Fidel.

–Te está esperando en tu casa de protocolo –dijo Castro, con una sonrisa maliciosa–. Y te he mandado helados de aguacate y de tomate de nuestra heladería Coppelia.

Abril, 2002

El país ardía en intrigas, chismes, maledicencias, rumores y secretos en voz baja. Nadie sabía qué pasaría con Chávez, nadie sabía qué ocurriría con Cardona, nadie sabía en qué diablos terminaría la revuelta de los generales Velásquez, Rosado y Rondón. Privado de su libertad en La Orchila, el presidente depuesto Chávez quería volar a Cuba para salvar su vida, a menos que Baduel llegase a tiempo de rescatarlo. Chávez confiaba en Baduel como no confiaba en ninguno de sus hermanos. Pero Baduel no llegaba y el tiempo corría y Chávez temía que lo matasen a quemarropa. En Caracas, el presidente provisional Cardona hacía actos de funambulismo y equilibrismo en la cuerda floja para preservar el precario poder que le habían entregado los generales insurrectos, los curas levantiscos y los empresarios ricachones, hastiados de Chávez. Al mismo tiempo, y también en Caracas, en su despacho de la comandancia general del Ejército, el militar más poderoso del país, el jefe victorioso de la conspiración, el general Velásquez, se sentía humillado por Cardona, arrepentido de haber confiado en él, y se preguntaba si debía arrestar a Cardona, dejar huir a Chávez y declararse presidente temporal del país ante la Asamblea Nacional, cuyos fueros había exigido respetar. Los mentideros mejor informados del poder sabían que cualquiera de esos tres prominentes venezolanos, enfrentados entre sí, podía terminar preso, muerto o sentado en la presidencia. Resuelto a deponer a Cardona sin restituir a Chávez, sediento de gloria y poder, impaciente por vengarse de las humillaciones que Cardona le había infligido al ofrecerle la agregaduría militar en Madrid, el general Velásquez llamó al general Rondón, quien se encontraba en La Orchila, custodiando a Chávez, y le dijo:

–Llévalo a Cuba. Grábalo subiendo al avión. Que diga unas palabras como fe de vida, que nos agradezca que le hemos respetado la vida.

–¿Cuándo lo llevo a Cuba? –se sorprendió Rondón.

–Ya mismo –ordenó Velásquez.

–El problema es que no tengo un avión en La Orchila –dijo Rondón.

–Ya mismo te mando uno –prometió Velásquez.

–Apenas llegue, lo llamo, mi general –dijo Rondón.

–Y dile a Chávez que yo di la orden de llevarlo a Cuba por respeto a su integridad física –dijo Velásquez.

–Así le diré, mi general –dijo Rondón–. ¿Y qué debemos hacer cuando lleguemos a Cuba?

–No bajas del avión –aconsejó Velásquez–. Fidel Castro es un loco del carajo. Es capaz de tomarte como rehén. Baja Chávez y ustedes vuelven de inmediato.

–Copiado, mi general –dijo Rondón.

Luego caminó a la habitación donde Chávez veía televisión, cambiando de un canal a otro. Los canales venezolanos pasaban dibujos animados. Solo los canales periodísticos internacionales, como CNN, TVE Internacional y Caracol, informaban sobre la caída de Chávez y el súbito ascenso de Cardona. Aún no informaban dichos canales que, de pronto, inesperadamente, la permanencia de Cardona en el poder se encontraba en entredicho, jaqueada por los mismos militares que le habían abierto las puertas del palacio de Miraflores.

–Nos vamos a Cuba –anunció Rondón, y Chávez dio un salto de alegría y lo abrazó, a pesar de que Rondón no lo quería nada–. El avión viene en camino.

Chávez lo miró a los ojos y le preguntó:

–¿Y el dinero que pedí?

Rondón mintió con autoridad:

–Viene en el avión. Se lo daremos llegando a La Habana.

Chávez sonrió, aliviado, por fin.

–En unas horas estaré con mi padre, con mi mentor y guía espiritual, con el hombre más sabio que he conocido –pensó–. En unas horas estaré

con Fidel y esta pesadilla habrá terminado. Y si Fidel volvió de México a Cuba para capturar el poder, yo volveré de Cuba a Venezuela para derrocar al miserable de Cardona.

Pero Cardona, después de disolver los poderes públicos, y destituir a diputados, jueces, magistrados, alcaldes y gobernadores, y tras humillar al general Velásquez, sentía que, si Baduel desde Maracay y Velásquez desde Caracas unían sus fuerzas, él estaba perdido.

–Velásquez es tan bruto que es capaz de arrestarme para quedarse con la presidencia –pensaba Cardona.

Como estaba desesperado, rodeado de unos pocos leales que le sugerían atropelladamente nombres para su gabinete, acosado por una tropa de oportunistas, trepadores, chaqueteros y suplicantes, Pedro Cardona decidió pasar al ataque, tomar la iniciativa, demostrar su autoridad y jaquear de inmediato a sus enemigos: a Chávez en La Orchila, a Baduel en Maracay, y a Velásquez y Rosado en Caracas. Sin perder tiempo, pidió que lo comunicaran telefónicamente con el oficial a cargo de vigilar a Chávez en la isla presidencial. Minutos después, el general Rondón se puso al teléfono:

–General, le habla el presidente constitucional Pedro Cardona –escuchó.

–A sus órdenes, señor presidente –se subordinó Rondón.

–¿Cómo está Chávez? –se interesó Cardona.

–Descansando –respondió Rondón–. A la espera de que llegue el avión.

–¿El avión? –se erizó Cardona, y pasó una mano por su cabeza calva, sus mejillas ajadas, sus orejas elefantiásicas, y sintió el peso opresivo, sofocante del poder–. ¿Qué avión?

–El avión que nos llevará a Cuba –dijo Rondón.

–Yo no he dado esa orden –se enfureció Cardona–. Yo soy el presidente constitucional, general. Usted me debe obediencia a mí.

Rondón guardó silencio, sorprendido.

–¿Quién le ha dado esa orden? –preguntó Cardona.

–El general Efraín Velásquez –respondió Rondón–. Mi comandante general Efraín Velásquez.

–Pues escúcheme bien –levantó la voz Cardona, soliviantado el ánimo, hirviendo la sangre, enfurruñado con su suerte–. Chávez no se va a Cuba,

¿me oyó?

–Sí, señor presidente.

–¡Chávez no se va a Cuba, carajo! –rugió Cardona–. ¡Acá mando yo, no manda Velásquez!

–Por supuesto, señor presidente –se replegó Rondón, y recién entonces advirtió de que había un conflicto entre Cardona y Velásquez, entre el presidente recién juramentado y el general que lo había instalado en el poder.

Luego preguntó:

–¿Y qué hacemos con Chávez?

Cardona golpeó la mesa del despacho presidencial, derramando el agua y el café, y rugió, como si el poder, todo el poder, fuera suyo:

–¡Lo matamos! ¡Lo fusilamos!

Rondón no sabía si obedecer a su jefe militar, el general Velásquez, o a su jefe político, el presidente Cardona.

–¿Y quién lo va a fusilar, señor presidente? –preguntó, en tono respetuoso.

–¡Usted, Rondón! –rugió Cardona–. ¡Usted y los soldados de La Orchila!

Rondón permaneció en silencio.

–Luego diremos que Chávez trató de escapar y que ustedes lo mataron, mientras huía –dijo Cardona–. Pero ese hijo de puta no se va a Cuba, porque desde Cuba, aliado con Fidel, me van a hacer la vida imposible, ¿me oyó?

–Pero ¿no sería mejor someterlo a un juicio sumario acá en La Orchila? –sugirió Rondón–. Que lo juzgue un tribunal militar, que lo condenen por traición a la patria y recién entonces lo fusilamos, ¿no le parece mejor?

–¡No! –rugió Cardona–. ¡Lo fusilamos hoy mismo! ¡Es una orden, Rondón!

–¿Y después qué? –se enfadó Rondón, sin comprender por qué Cardona llevaba tanta prisa por matar a Chávez.

–Después tenemos que neutralizar a Velásquez y a Rosado –dijo Cardona–. Se me han volteado. Quieren sacarme.

Rondón enmudeció, perplejo.

–Y tenemos que arrestar a Baduel, que es ahora mismo nuestro principal enemigo –siguió Cardona.

Hubo un silencio largo, pesado, perturbador, un silencio que presagiaba la muerte o la traición o la cárcel, un silencio que los amenazaba a los dos.

–Llámeme cuando Chávez esté frío –dijo Cardona, y enseguida cortó la comunicación.

De inmediato, Lucas Rondón se dirigió a la cafetería, donde un batallón de soldados bebía cerveza, comía arepas y veía un juego de béisbol en la televisión, ajenos a los pulsos, las intrigas y los forcejeos por el poder. Entró resueltamente, hizo sonar sus botas y anunció:

–¡Tenemos la orden de fusilar a Chávez!

Los soldados se miraron, sorprendidos.

–¡Necesito tres voluntarios! –dijo Rondón–. ¡Que se pongan de pie ahora mismo los tres voluntarios!

Nadie se levantó. Nadie miraba a Rondón en los ojos. Nadie en ese salón bullicioso quería matar a Chávez.

–¡Los que disparen serán recompensados económicamente! –prometió–. ¡De pie los tres voluntarios!

Un soldado se puso de pie y habló con serenidad:

–Mi general, no podemos cumplir esa orden.

–¿Por qué? –se exasperó Rondón.

–Porque esa orden nos la tiene que dar nuestro comandante general, Efraín Velásquez –dijo el soldado.

–¡Pero yo soy su superior! –se indignó Rondón–. ¡Y la orden me la acaba de dar el presidente Pedro Cardona!

–Que venga entonces Cardona a La Orchila, y que él mismo nos dé la orden –dijo el soldado, y se sentó.

Furioso, Rondón eligió a tres soldados de mirada mansa, obediente, y les ordenó que lo siguieran. Luego entraron en la habitación donde Chávez se excitaba mirando el juego de béisbol. Rondón le dijo:

–Chávez, vamos afuera.

–¿Afuera? –se levantó presuroso el presidente depuesto–. Está fresco afuera, Rondón. ¿Para qué me llevas afuera?

–Para tomar aire –respondió secamente Rondón, sin mirarlo a los ojos.

Chávez comprendió que, de nuevo, su vida estaba en peligro. Obedeció. No estaba esposado, no lo maniataron. Miró a los soldados y vio el temor dibujado en sus ojos, la culpa mal escondida, la vergüenza a duras penas camuflada. Una vez afuera, en un patio trasero, Rondón empujó a Chávez, lo puso contra una pared y le dijo:

–Tienes un minuto para despedirte de este mundo.

Luego ordenó a los tres soldados:

–¡Saquen sus pistolas, carajo! ¡Prepárense para disparar cuando yo lo ordene!

–¡Tranquilo, Rondón! –gritó Chávez–. ¡Tranquilos, muchachos! ¡Les ruego que no hagan una locura! ¡No me maten! ¡No merezco morir así!

Rondón no dijo una palabra. Los soldados habían desenfundado sus pistolas nueve milímetros, pero no las apuntaban a Chávez, quien imploraba:

–¡No me pueden fusilar, hijos míos! ¡Yo soy tan venezolano como ustedes! ¡El pueblo me eligió presidente, no pueden matar al presidente! Porque si me matan, les aseguro que todos, incluyendo tú mismo, Rondón, terminarán en la cárcel.

Los soldados se miraron a los ojos, asustados.

–¡Y pasarán a la historia universal de la infamia por haberme matado así, sin juzgarme, sin darme la oportunidad de defenderme! –se desesperó Chávez–. ¡Y la historia, hijos míos, los condenará!

–¡Silencio, carajo! –gritó Rondón.

Chávez se puso de rodillas, cerró los ojos y empezó a rezar en voz alta:

–Dios Santísimo, te ruego encarecidamente que no me lleves todavía a la vida eterna. No estoy preparado para partir, Dios mío. Te pido un poco más de vida. Tengo muchas cosas que hacer para mi pueblo querido.

–¡Cállese, Chávez! –se impacientó Rondón.

Luego añadió:

–¡Su tiempo en esta vida se ha terminado por comunista, por ladrón y por asesino!

–¡No soy un asesino! –gritó Chávez, sollozando, hincado de rodillas ante Rondón.

–¡Ordenaste a tus francotiradores que disparasen a matar! –se encabritó Rondón, y Chávez guardó silencio.

–Dios mío, que se haga tu voluntad –dijo luego, resignado a morir.

–¡Apunten! –gritó Rondón.

Los tres soldados apuntaron a Chávez, que ya no tenía fuerzas para ponerse de pie.

–¡Fuego! –ordenó Rondón.

Pero los soldados, consternados, paralizados por el miedo, se miraron entre sí y ninguno disparó.

–¡Disparen, carajo! –chilló Rondón.

Uno de los soldados apuntó a Rondón y le dijo:

–No mataremos al presidente Chávez. Y si usted insiste en que le disparemos, lo mataremos a usted, general Rondón.

Víctima de una crisis nerviosa, Chávez se dejó caer y rompió a llorar, convulsionando, diciendo cosas atropelladas, ininteligibles, como si hablara con Dios, o consigo mismo, haciéndose reproches.

–¡Entonces lo mataré yo! –dijo Rondón, y sacó su arma de fuego.

Los tres oficiales apuntaron sus pistolas contra Rondón y uno de ellos le dijo:

–Si mata a Chávez, lo mataremos.

A lo lejos, en el cielo, divisaron las luces de un avión que venía descendiendo.

–¡Es Baduel! –se puso de pie Chávez, deshecho, tembloroso, como si resucitara–. ¡Es Baduel que viene a salvarme!

–No, Chávez –lo corrigió Rondón–. Es el avión que ha mandado el general Velásquez para llevarte a Cuba.

–¡Bendito seas, Dios mío! –dijo Chávez, y se puso de rodillas y miró al cielo.

–Este hijo de puta tiene suerte –pensó Lucas Rondón.

Y luego se dijo a sí mismo:
–Estamos jodidos. Los soldados lo quieren.

Agosto, 1996

Año y medio después de conocer a Hugo Chávez en La Habana, Fidel Castro cumplió setenta años. Decidió celebrarlos no en su gigantesca mansión de Punto Cero, ni en alguna de las treinta y dos casas que poseía en Cuba, sino en Cayo Piedra, su isla privada. No invitó a todos sus hijos. No invitó a Fidelito, su hijo mayor, casado con una rusa, Natalia Smirnova. No invitó a Alina, la hija rebelde que tuvo con Naty Revuelta, pues ella ya había escapado al exilio. No invitó a Abel, el hijo que tenía a hurtadillas con su traductora oficial, Juana Vera, Juanita. Invitó, sí, a su esposa Dalia y a los cinco hijos que había engendrado con ella: Alexis, Alex, Alejandro, Antonio y Ángel. Pero, sobre todo, invitó al escritor colombiano Gabriel García Márquez y al ex golpista venezolano Hugo Chávez. Gabo era apenas unos meses menor que Fidel. Chávez, en cambio, era casi treinta años menor que Fidel. A bordo de su yate favorito de treinta metros *Aquarama II*, escoltado por las lanchas *Pionera I* y *Pionera II*, Fidel Castro, su familia más íntima y dos de sus mejores amigos se dirigieron a Cayo Piedra, la isla privada del dictador, donde solía practicar submarinismo y pescar de noche. Siempre se encontraba rodeado de escoltas y guardaespaldas, decenas de ellos, incluso cuando buceaba era resguardado por custodios con arpones y tanques de oxígeno. Se jactaba de ser un excelente submarinista y un gran pescador. Todos los fines de semana, de junio a septiembre, se dirigía en yate a su isla privada, donde buceaba, pescaba y cazaba tortugas, y si debía despachar en La Habana, volaba en helicóptero y regresaba enseguida.

–El libro tuyo que más he disfrutado es *El general en su laberinto* –le dijo Chávez a Gabo–. Es una obra maestra.

García Márquez veía a Chávez con simpatía, pero no lo admiraba como a Fidel Castro, a quien consideraba uno de sus mejores amigos. Gabo

pensaba que Fidel era un genio político y acaso también un genio militar. No pensaba lo mismo de Chávez: lo veía como un teniente coronel que había dado dos golpes de Estado y fracasado en ambos.

–No sé si es un ilusionista o un déspota –pensaba el escritor.

Por supuesto, García Márquez no había volado desde Ciudad de México, donde residía, hasta La Habana, en un vuelo comercial, como un pasajero más. Siempre que deseaba ir a Cuba, y lo hacía con bastante frecuencia, llamaba a su amigo Fidel y este no vacilaba en enviarle su mejor avión, el Ilyushin número 62, para que el escritor volase con la comodidad y la privacidad a las que ya se había acostumbrado. Llegando a La Habana, García Márquez se acomodó en la casa que Castro le había regalado, una lujosa mansión de protocolo, en la calle 146 del barrio La Playa, con jardín y piscina, donde lo esperaba una tropa de criados: un cocinero, un chofer con un auto Mercedes-Benz negro de la colección de Fidel, dos guardaespaldas, lavanderas y un mayordomo. Tan cómodos eran los días que pasaba en La Habana, apañado y protegido por el dictador cubano, que García Márquez solía ir con frecuencia a esa ciudad, mucho más a menudo de lo que visitaba Barcelona, donde había vivido y poseía un piso en el Paseo de Gracia.

–Este reloj es para ti –le dijo Gabo a Fidel, y le entregó un Cartier que había comprado en París, en la plaza Vendôme–. Pero, en realidad, el reloj no es tuyo –matizó–. Tú lo cuidarás para la próxima generación.

–Vamos a pescar –dijo Castro, tras abrazar al escritor.

–Pero es de noche –se inquietó Chávez.

Temía que Fidel lo invitase a bucear. No sabía nadar. Tenía ese complejo de inferioridad. El mar le infundía un miedo animal. Se sentía un cobarde frente al mar.

–Es mejor pescar de noche –le dijo Castro.

–No te preocupes, Hugo –lo calmó Gabo–. No vamos a meternos al mar.

Subieron al yate *Aquarama II*. Tenía un motor poderoso. Avanzaba a setenta y ocho kilómetros por hora, dejando una estela espumosa, perturbando la noche quieta con el rumor de sus máquinas.

–Hugo será presidente de Venezuela en dos años –le dijo Fidel a García Márquez–. Está escrito en su destino. Ha nacido para ser el gran caudillo revolucionario venezolano.

Lo que Hugo Chávez, embriagado de orgullo por las palabras de Castro, no sabía, o no quería saber, o no recordaba, o no quería recordar, era que Fidel era muy amigo de Carlos Andrés Pérez, tan amigo que, cuando Chávez le dio el primer golpe fallido, el de febrero, Castro llamó por teléfono a Carlos Andrés, se solidarizó con él y le aconsejó:

–Fusila a todos esos golpistas hijos de perra.

Pero ahora el jefe de los golpistas era uno de los mejores amigos de Fidel Castro, quien llevaba muchos años tratando de persuadir a los presidentes venezolanos para que le regalaran petróleo, o se lo vendieran a precio amigable, sin haber tenido éxito en aquellas tentativas. Ahora Fidel estaba seguro de que Chávez ganaría las elecciones y, una vez en el poder, le regalaría abundante petróleo, y acaso por eso lo cortejaba y lisonjeaba, haciendo pasar por afecto sincero lo que en realidad era puro interés monetario, crematístico. Y es que Castro, como García Márquez, se decía de izquierdas, pero no le hacía ascos al dinero.

–Y tú, Gabriel, deberías presentar con toda legitimidad tu candidatura a la presidencia de Colombia –le dijo Fidel a Gabo, quien hizo un gesto de extrañeza y sonrió con su calmado cinismo de sabio caribeño–. Todas las cartas están a tu favor –lo animó Castro.

–Pensé que eras mi amigo –bromeó García Márquez.

–Me parece una idea maravillosa –intervino Chávez, quien fumaba un cigarrillo tras otro y prefería no beber Chivas Regal, sino cafés y jugo de guayaba, porque decía que no tenía buena cabeza para el trago–. Ya eres premio Nobel de Literatura, hermano Gabo –añadió–. Solo te falta la presidencia de Colombia.

García Márquez sonrió, sin dejarse turbar por los halagos.

–Ser presidente de Colombia es el oficio más peligroso del mundo –sentenció–. Y también el más ingrato. Es imposible terminar el gobierno y dejar el poder, querido por la gente.

–¡Pero Vargas Llosa se moriría de envidia! –opinó Castro–. ¡No solo has ganado el Nobel y él no, sino que él quiso ser presidente de Perú y perdió por arrogante, y tú perfectamente podrías ser presidente de Colombia!

–Más adelante, quizás más adelante –dijo Gabo, tratando de esquivar el bulto, acaso pensando que más adelante era en realidad nunca.

–¿Cuándo son las próximas elecciones? –se apuró en preguntar Chávez.

–En Colombia, en dos años –dijo Gabo–. En Venezuela, también en dos años.

–¡Son el mismo año! –se entusiasmó Hugo Chávez–. ¡Imagínate, hermano Gabo, que tú ganas la presidencia en junio y yo la gano en diciembre! –dijo, de pronto eufórico.

Pero el escritor no se contagió y apenas sonrió con una distante melancolía.

–Serías un gran candidato –le dijo Fidel a García Márquez–. Y nosotros te apoyaríamos con todos los medios disponibles, incluyendo nuestras reservas de dinero.

–No me jodan más con esa mamadera de gallo –dijo Gabo–. Mi candidato en Colombia es Pastrana. Lo voy a apoyar cuando llegue el momento.

Luego miró a Chávez con afecto y le dijo:

–¿Sabes por qué vengo tanto a Cuba? Porque Cuba es mejor que Macondo. El elefante del zoo nacional de La Habana come todos los días una tortilla de noventa y nueve huevos. ¿Sabes por qué no de cien huevos? Porque el cocinero se come el huevo número cien.

Chávez soltó una risotada obsequiosa. Más tarde, Fidel anunció:

–Ha sido una buena pesca. Es hora de recogernos.

Llegando a Cayo Piedra, García Márquez dijo que estaba exhausto y se retiró a dormir a una de las casas reservadas para los invitados. Castro y Chávez quedaron un momento a solas. Fidel bebía sin emborracharse, Hugo fumaba sin desmayar. Fidel bebía whiskey, Chávez se entonaba con cafés.

–Tomas mucho café –le dijo Castro.

–Soy adicto al café –reconoció Chávez.

–Ten cuidado –le dijo Fidel–. Yo no tomo café. Es un veneno.

De pronto, Chávez se sintió en confianza y le dijo, rendido de admiración ante ese hombre espigado, barbudo, que estaba cumpliendo setenta años:

–Hermano Fidel, tengo un problema de salud.

Castro arqueó las cejas, preocupado.

–Me permito decirte esto porque sé que la medicina cubana es la mejor del mundo –prosiguió Chávez.

–La mejor –afirmó Fidel–. Y Cuba es el país más culto del mundo.

Chávez se quedó en silencio.

–¿Cuál es el problema? –preguntó el dictador cubano.

–Cago sangre, hermano Fidel –dijo Chávez.

Apenas tres años atrás, Fidel Castro había sufrido una hemorragia anal y casi había perdido la vida, porque su organismo no retenía la sangre. Salvó la vida gracias a la precaución de elegir a sus guardaespaldas solo si estos tenían el mismo tipo de sangre que él. Esos custodios, decenas de ellos, hicieron copiosas transferencias sanguíneas de vena a vena y entonces Castro, al borde de la muerte, sobrevivió, tras agonizar durante semanas.

–El mismo problema que tuve yo –pensó Fidel, pero no se lo dijo.

A continuación, le aconsejó:

–Debes ver a mi médico personal. Antes de regresar a Caracas, que el doctor Selman te haga un chequeo completo.

–Estupendo –dijo Chávez.

–Este venezolano caga sangre porque no deja de tomar café –pensó Castro.

El doctor Eugenio Selman era el médico de cabecera del dictador cubano. Cuando Castro viajaba, Selman y un enfermero iban con él. Cuando Castro salía en su caravana de Mercedes blindados, Selman y un enfermero, Wilder Fernández, viajaban en uno de los cuatro Mercedes, con todos los equipos médicos para sortear una urgencia, un súbito malestar, un atentado. Selman no se despegaba de Fidel, y a veces hasta lo acompañaba a pescar en Cayo Piedra, pues el dictador disfrutaba de su compañía y apreciaba conversar con él. Días después, Chávez, de regreso en La Habana, en la casa de protocolo que le había asignado Castro, se montó en

el coche que le habían prestado, con chofer y custodios, con honores de jefe de Estado sin serlo todavía, y visitó el consultorio médico del doctor Selman, un hombre afable y discreto, quien lo recibió con simpatía.

–Mi problema, doctor, es que cuando siento una urgencia impostergable de defecar, de evacuar los intestinos –dijo Chávez, con voz engolada, como dando un discurso–, me ataca un dolor tremendo, terrible, feroz, allá abajo, en la retaguardia, y más que derramar un mojón, termino excretando sangre.

Selman le pidió que se bajara los pantalones y que se pusiera de espaldas a él, abriendo las piernas, para hacerle un tacto rectal. Con cuarenta y dos años recién cumplidos, Chávez nunca se había sometido al asalto de un tacto rectal, y nunca una amante le había metido el dedo en el culo. De espaldas al médico de Fidel Castro, y sin saber que por orden de Fidel había cámaras y micrófonos no solo en la casa de protocolo donde dormía Chávez, sino también en el consultorio de Selman sin que este lo supiese, Chávez sintió que el médico le untaba lubricante en el ano y luego cosquilleaba dicho orificio suavemente, lentamente, para que la invasión no resultase dolorosa ni traumática al espadón venezolano. Fue entonces cuando Selman introdujo su dedo enguantado y Chávez dio un respingo insólito de dolor entremezclado con placer y apenas alcanzó a decir, sorprendido:

–Carajo, doctor, me ha dado un golpe en el culo.

Mientras Selman movía su dedo experto, Chávez, abierto de piernas, experimentó una poderosa e inoportuna erección, que, por supuesto, el médico cubano atestiguó en silencio, sin decir palabra. Avergonzado, humillado porque la verga se le había erguido, Chávez procuró ocultarla con la mano izquierda, pues era zurdo.

–Tiene la próstata inflamada –dijo Selman, retirando su dedo golpista, insurrecto.

Chávez se subió los pantalones con una prisa sospechosa.

–Estoy jodido –pensó–. Me ha gustado que me meta el dedo en el culo. Si le cuenta a alguien que se me puso dura la verga, no podré ser presidente de mi país.

Desde entonces, Fidel Castro conocía dos secretos íntimos de su amigo Hugo Chávez, pues vio los videos furtivos grabados en el consultorio de Selman y en la casa de protocolo donde el venezolano durmió y atendió a la mulata que le envió Castro para mitigarle la soledad y masajearle la vanidad: que el teniente coronel y exgolpista Hugo Chávez fumaba cuando follaba, y que había experimentado una robusta erección cuando el doctor Selman le hizo un tacto rectal.

Abril, 2002

El general Baduel se cansó de esperar. Pensó que era el momento de actuar para evitar que se llevaran al depuesto Chávez a Cuba y, sin más dilaciones, restituirlo en el poder. Por eso llamó por teléfono al general Velásquez y le dijo:

–Te informo que Chávez no se va a Cuba. Chávez regresa a Miraflores esta misma noche.

Velásquez sintió el escalofrío del miedo erizándole la espalda, tensándole el cuello.

–¿Y cómo va a regresar a Miraflores, si yo he dado la orden de que lo lleven a Cuba, como es su deseo? –se hizo el tonto.

–Yo mismo lo llevaré a Miraflores –dijo Baduel–. Mis hombres y yo lo llevaremos a Miraflores.

El general Velásquez conocía bien a Baduel. Sabía que era un hombre de honor. Sabía que era íntimo de Chávez. Sabía que no bromeaba.

–Le ordeno que no vaya a La Orchila –dijo Velásquez, pero aquella orden sonó débil, vacilante–. Lo mejor para el país será que Chávez se vaya a Cuba.

–¿Y quién quedará al mando del país? –preguntó Baduel–. Porque Cardona es un dictador, ha violado la Constitución, no tiene legitimidad, y usted y yo no lo apoyamos, no podemos apoyarlo, general Velásquez.

Hubo entonces un silencio preñado de los peores augurios.

–Yo juraré como presidente ante la Asamblea Nacional –dijo Velásquez–. Es lo justo, Baduel. Yo saqué a Chávez, ahora yo me siento en el trono de Chávez.

–¿Está loco? –se encolerizó Baduel–. Si se nombra presidente, será un dictador, y no un presidente legítimo –le advirtió.

–Son cuestiones semánticas –observó Velásquez–. El país necesita orden. Y yo se lo daré.

–Pues le advierto una cosa –levantó la voz Baduel–. Yo liberaré a Chávez en La Orchila, yo lo llevaré a Miraflores, y si sus soldados se cruzan en mi camino, ¡nos mataremos entre todos!

Velásquez enmudeció.

–¡Y usted será el responsable de esa sangre derramada! –prosiguió Baduel.

–¡Eres un chavista, miserable, traidor! –le espetó Velásquez–. ¡Eres un comunista como Chávez!

–¡En unas horas Chávez estará en Miraflores y usted estará preso por golpista! –lo amenazó Baduel–. ¡Es usted un gorila pinochetista! ¡Quiere ser el Pinochet de Venezuela!

–No suena mal, carajo –pensó Velásquez.

–¡Pero no será nuestro Pinochet, porque Chávez no será nuestro Allende! –remató Baduel, y colgó el teléfono.

Mientras Baduel y Velásquez se escupían gritos por teléfono, el avión que debía llevar a Chávez hasta Cuba aterrizó en La Orchila. El general Rondón recibió una llamada desesperada del general Velásquez:

–Salgan de inmediato a Cuba. No se demoren. Baduel va camino a La Orchila. Quiere liberar a Chávez.

Por un momento indiferente a las intrigas, las felonías y los apetitos de poder que lo circundaban y amenazaban, Chávez veía un juego de béisbol en televisión, el mismo partido que veían los soldados en la cafetería, aliviados de no haberlo fusilado. Nada más llegar, los pilotos del avión se unieron a ellos: no querían perderse el desenlace de ese juego de pelota.

–No me conviene llevarlo a Cuba –pensó Rondón–. Es un riesgo muy alto. Me pueden tomar prisionero. Me pueden matar los soldados de Fidel Castro.

Caminó a la cafetería y anunció que el vuelo a La Habana debía partir de inmediato. Pero tuvo como respuesta una protesta masiva. Los soldados y los pilotos le pidieron que terminase el partido para recién entonces despegar. Rondón meditó sus opciones en aquella hora capital:

–Yo no viajo ni a cojones. Que se vaya Chávez solo con los pilotos.

Luego caminó a la habitación de Chávez, quien veía la televisión como si en aquel juego de béisbol se jugara su vida misma.

–Es hora de irse a Cuba, Chávez –le dijo.

–No jodas, Rondón –protestó el presidente acorralado–. No me interrumpas la pelota. Cuando termine el partido, nos vamos.

Para suerte de Chávez, quien había soñado con ser pelotero en su juventud, el general Baduel y su brigada de paracaidistas no estaban viendo el béisbol en la televisión. A sabiendas de que el tiempo corría contra ellos, cincuenta comandos elegidos por Baduel subieron a una flotilla de tres helicópteros en la base de Maracay y emprendieron vuelo hasta La Orchila. Entretanto, Velásquez llamó por teléfono a Cardona y le dijo:

–Estás jodido, Cardona. Baduel y Chávez están volando a Miraflores. Renuncia ahora mismo y escóndete.

Cardona no se dejó arredrar:

–¡Pero el alto mando militar tiene que apoyarme! –vociferó–. ¡Si me apoyan el Ejército, la Armada y la Aviación, la operación de Baduel fracasará!

–No puedo apoyarte, Cardona –se lamentó Velásquez, deseando la caída en desgracia del empresario–. Has violado la Constitución. Te has convertido en un dictador.

–¡Pero tú también la has violado al sacar a Chávez a patadas! –se defendió Cardona.

–No lo saqué a patadas –dijo Velásquez–. Chávez renunció libre y voluntariamente, sin estar sometido a ninguna presión.

–¿Y entonces qué propones ahora? –preguntó Cardona, desesperado, sintiendo que el poder era un pantano o una miasma en la que él, cuanto más se movía, más se hundía.

–Renuncia, Cardona –dijo Velásquez–. Renuncia ahora mismo y escóndete.

–¿Y quién asumirá el poder? –preguntó Cardona.

–El alto mando –dijo secamente Velásquez.

–¡El alto mando soy yo! –se indignó Cardona.

–El alto mando militar –respondió Velásquez–. Respetaremos a los diputados, a los alcaldes, a los gobernadores, a los jueces. Reabriremos la Asamblea Nacional. Y gobernaremos los jefes del Ejército, la Armada y la Aviación.

–¿Y quién carajos los ha nombrado a ustedes para presidir este país? –se enfureció Cardona.

–¿Y quién carajos te nombró a ti? –no se asustó Velásquez.

–A mí me nombraron las fuerzas vivas de la sociedad venezolana –argumentó Cardona–. Los trabajadores, los empresarios y la Iglesia.

–¡Pendejadas, Cardona! –rugió Velásquez, indignado–. ¡Yo te hice presidente, y ahora mismo yo te saco de la presidencia!

–¿Por qué me sacas? –tembló Cardona.

–Por dictador –dijo Velásquez–. Por déspota. Porque no has estado a la altura de la historia.

Enseguida cortó bruscamente la comunicación.

–Estoy perdido –pensó Cardona–. Si Baduel y Chávez vienen a Miraflores, y si el canalla de Velásquez no me apoya, mejor me voy a mi casa y que se maten entre ellos.

Sin perder tiempo, Cardona, su secretaria y sus asistentes más cercanos subieron a los vehículos de la caravana presidencial y se dirigieron a la residencia del empresario. Llegando a su casa, el presidente provisional en apuros recibió la visita del sacerdote jesuita Mikel de Viana, quien, tras servirse unos tragos, le dijo:

–Estoy seriamente preocupado, Pedro. Al disolver la Asamblea, has roto el hilo constitucional. Tu gobierno es ilegítimo de origen.

–¿Y qué se supone que debo hacer entonces, padre Viana? –preguntó Cardona, sintiendo, de nuevo, que se hundía en el lodazal y nadie atinaba a rescatarlo.

–Los militares confiaron en mí y ahora se arrepienten –pensó–. Son unos golpistas idiotas, unos golpistas aficionados. Dan un golpe y luego se arrepienten. Si serán imbéciles, estos gorilas uniformados.

–Tienes que restituir a la Asamblea Nacional –dijo el sacerdote Viana–. Tienes que respetar a los poderes públicos que disolviste por decreto.

–Ya es tarde –pensó Cardona.

–Pero, sobre todo, tienes que respetar la plena vigencia de la Constitución –aconsejó el cura.

–Esa inmunda Constitución chavista, comunista, escrita para que Chávez sea nuestro Fidel –dijo en voz baja Cardona, como hablando consigo mismo.

El cura Mikel de Viana dijo:

–Si no corriges el rumbo ahora mismo, te aseguro que serás depuesto, no sé por quién, en el más breve plazo.

–Estoy dispuesto a rectificar –dijo Cardona–. Pero me temo que ya es tarde, Mikel. Los generales me han retirado su confianza. Quieren quedarse ellos con todo el poder.

Apenas terminó el juego de béisbol, Chávez, que parecía contento, jubiloso, le dijo a Rondón:

–Nos vamos a Cuba, Lucas.

–Yo no voy –dijo Rondón–. No confío en Fidel Castro.

–Si vienes conmigo, no te harán nada –prometió Chávez.

–¡No voy, carajo! –bramó Rondón.

Salieron al jardín, dirigiéndose a la cafetería, donde se encontraban los pilotos, cuando de pronto oyeron los ruidos trepidantes de unas aeronaves acercándose a la isla, sobrevolándola, y a continuación vieron que descendían sobre La Orchila tres helicópteros Súper Puma, la brigada del general Baduel que llegaba a rescatarlo desde Maracay.

–¡Bendito sea Dios! –exclamó Chávez, hincándose de rodillas, abriendo los brazos, viendo cómo descendían aquellos hombres leales a Baduel, unos helicópteros que caían del cielo como una lluvia de agua bendita para el sediento presidente depuesto.

Octubre, 1997

–Todo está chévere en Caracas –dijo el presidente estadounidense Bill Clinton, en buen español–. Todo está chévere en Venezuela –añadió, y fue ovacionado por una multitud que se rendía a su carisma.

Clinton se encontraba de visita en Caracas, invitado por el presidente venezolano Rafael Caldera, faltando apenas un año para que se celebrasen las elecciones presidenciales en ese país. Después de Kennedy, Carter y Bush padre, era el cuarto presidente de los Estados Unidos en poner pie en Venezuela. Lo acompañaban su esposa Hillary, quien todavía creía que su marido le era fiel, y la secretaria de Estado, Madeleine Albright, feroz anticomunista nacida en Checoslovaquia.

–Es usted un presidente chévere –le dijo Caldera a Clinton, cuando este concluyó su discurso.

Pero no todo estaba chévere en Caracas ni en Venezuela. Caldera era impopular, la economía no marchaba bien, el venezolano promedio veía con desconfianza y hostilidad a los políticos tradicionales, a quienes tachaba de corruptos, ladrones y mentirosos. En ese contexto, la figura del excomandante golpista Hugo Chávez crecía en las encuestas y se afianzaba como el redentor de los pobres, el salvador de la patria, el caudillo iluminado. Por eso, antes de viajar a Caracas, Clinton, en la Casa Blanca, y luego desde el avión presidencial, había llamado telefónicamente al presidente mexicano Ernesto Zedillo, al brasileño Fernando Cardoso y al argentino Carlos Menem, con quienes tenía una buena relación, y les había preguntado si, estando en Caracas, debía reunirse con Chávez.

–No –le aconsejó Zedillo–. Es un comunista. No cree en la democracia.

–No –le dijo Cardoso–. Dio un golpe de Estado a un presidente impopular, pero un presidente legítimo y democrático. Chávez debería estar

en la cárcel, y no haciendo política.

–Sí –le sugirió Menem–. Los grandes políticos como usted son capaces de reunirse con sus enemigos, seducir a esos enemigos y entonces convertirlos en amigos.

Pero Clinton no le hizo caso a Menem. Siguió el consejo de Zedillo y Cardoso, que era también la opinión de su secretaria de Estado, la señora Albright:

–Nuestros servicios de inteligencia, presidente Clinton, nos aseguran que Fidel Castro ha colonizado mentalmente a Hugo Chávez, que Chávez considera a Fidel Castro como un padre protector, y que Chávez, si gana las elecciones y llega al poder, será un aliado incondicional de Fidel Castro y, tarde o temprano, se convertirá en nuestro enemigo.

Por eso Clinton dio instrucciones a sus escuderos y portavoces para que no permitieran que Chávez se acercase a él, estando en Caracas. El presidente Caldera y su equipo se comprometieron a no invitar a Chávez a ninguno de los eventos en que estarían presentes Clinton y su esposa: ni a la cena de gala en la residencia presidencial de La Casona, ni al discurso que Clinton pronunciaría en el congreso, ni al almuerzo en casa del magnate Gustavo Cisneros, amigo personal de la pareja Clinton. Corría octubre y en diciembre del año siguiente serían las elecciones presidenciales y cuando Clinton le preguntó a Caldera, a solas los dos, si Chávez tenía probabilidades de ganar esos comicios, el veterano presidente venezolano, que contaba ya ochenta y un años, pero preservaba su vigor, lucidez y simpatía, le dijo:

–No. Ninguna probabilidad. A Chávez solo lo apoya el diez por ciento de la gente. No más. Es un loco apoyado por una minoría de locos.

Clinton suspiró, aliviado.

–¿Y entonces quién ganará las elecciones? –preguntó.

–Irene –dijo Caldera.

–¿Irene? –se sorprendió Clinton.

–Irene Sáez –confirmó Caldera–. Nuestra reina de belleza. Nuestra Miss Universo.

Clinton soltó una carcajada, pensando que Caldera bromeaba. Pero, segundos después, al ver el rostro circunspecto de su interlocutor, le escuchó decir:

–Va primera en las encuestas. El pueblo la ama. Es de centro derecha. Los empresarios la apoyan.

Esa noche, de regreso en la suite presidencial del hotel Caracas Hilton, Clinton pidió a sus asesores que le preparasen un informe completo sobre Irene Sáez, y aconsejó que la invitasen a la cena en La Casona y al almuerzo en la mansión de Cisneros, pues quería conocerla antes de irse del país. Sus peticiones, desde luego, fueron cumplidas. En la cena celebrada por todo lo alto en La Casona, Clinton conoció a Irene Sáez, quedó deslumbrado por su belleza, le echó un par de piropos que Caldera fingió no escuchar y la invitó a que lo visitase pronto, de ser posible antes de fin de año, en la Casa Blanca:

–Me gustaría tener una conversación franca y cordial con usted –la animó–. Una hora, solos en mi despacho, hablando de sus planes, explorando avenidas de cooperación entre su país y el mío, y entre usted y yo.

–Será un honor, señor presidente –se deshizo en sonrisas la señora Sáez.

Luego Clinton le ofreció a Irene un habano, que ella se puso entre los labios, pero prefirió no fumar:

–Es que yo no fumo, señor presidente –se excusó.

Al ver a Irene Sáez con un habano en la boca, Clinton calculó que su naciente amistad con aquella señora rubia, alta, voluptuosa, bien despachada, le ofrecería, en el futuro cercano, amplias avenidas de entendimiento y cooperación.

–Si es la próxima presidenta de Venezuela, me la voy a follar en mi despacho –malició, sonriendo como un profesional, sintiendo el escozor de una erección inoportuna que reñía con el protocolo y los cánones diplomáticos.

Al advertir que su marido no se despegaba de la señora Sáez, Hillary Clinton se acercó a ellos y no tardó en espantar a la candidata presidencial y

ex reina de belleza, a quien le deslizó un comentario envenenado de malos augurios:

–Una cosa es ganar un concurso de belleza y otra cosa es ganar la presidencia.

–En Venezuela –discrepó Irene, con gallardía–, ambas cosas son lo mismo, señora Hillary.

El presidente Clinton celebró el comentario con una sonrisa obsequiosa.

–Y en este país, una Miss Universo tiene más poder que el presidente de turno –sentenció Irene.

Esa misma noche, Clinton, que solía decir a sus más íntimos que él necesitaba disfrutar de un buen polvo todas las noches, pues eso lo relajaba y le garantizaba seis horas de sueño profundo, acaso pensó en Irene mientras se agitaba sobre el menudo cuerpo intelectual de Hillary. Más tarde, cuando ambos ya dormían, sonó el teléfono privado del presidente Clinton, quien contestó, sobresaltado:

–Señor presidente, ha venido a verlo el candidato presidencial Hugo Chávez –le dijo uno de sus jefes de seguridad–. Dice que tiene una cita privada con usted.

Clinton miró el reloj: eran las dos de la mañana.

–¿Hugo quién? –preguntó, sorprendido.

–Chávez –le dijeron–. Hugo Chávez. Dice que será el próximo presidente de Venezuela.

Clinton, que sabía ser risueño incluso cuando lo despertaban de madrugada, y que estaba de buen humor gracias a Irene Sáez, dijo, en tono afable:

–Pero yo no tengo una cita con ese loco.

–Está acá abajo, en la recepción –escuchó Clinton por el teléfono–. Dice que le trae un regalo de Fidel Castro. Dice que, si usted no le concede quince minutos, se arrepentirá, porque el próximo año los venezolanos lo elegirán presidente.

Clinton soltó una risa franca. Hillary continuó durmiendo.

–Dame diez minutos –dijo el presidente estadounidense–. Súbelo a este piso y llévalo al salón de reuniones.

–Solo un loco del carajo viene a verme a las dos de la mañana, sin tener una cita –pensó Clinton, mientras se ponía un albornoz de seda color guinda sobre el pijama celeste y calzaba unas pantuflas blancas con sus iniciales.

Minutos después, escoltado por varios de sus hombres de seguridad, caminó por el pasillo de la planta superior del Caracas Hilton, un piso reservado enteramente para la delegación estadounidense. No quiso despertar a la señora Albright. Decidió que conversaría con Chávez cara a cara. Pero, por las dudas, pidió que cuatro de sus hombres permanecieran en el salón. No confiaba en Chávez. Después de todo, había dado dos golpes de Estado cinco años antes, dejando decenas de muertos y heridos.

–¡Hola, hermano Bill! –le dijo Chávez, apenas Clinton entró en el salón de conferencias–. ¡Vine corriendo porque me dijeron que querías verme!

Clinton lo miró a los ojos y no supo si Chávez hablaba en serio o en broma, si era un hombre confiable o un charlatán, si seguía siendo un golpista pistolero o se había reformado y quería ser un presidente respetado como Zedillo, como Cardoso, como Menem.

–¡Ven acá, hermano, dame un abrazo! –añadió Chávez, y se confundió en un abrazo efusivo con el presidente de los Estados Unidos, quien olió en el rostro del golpista la huella del tabaco y la severa erosión del café.

En efecto, tan pronto como se sentaron, Chávez, sin pedir permiso, encendió un cigarrillo y bebió café de un termo, manchándose la corbata. Clinton sonrió, sorprendido, y dijo:

–La vida es mancharse.

Al lado de Chávez, sonreía, enigmática, una señora rubia, apuesta, bien parecida.

–Es mi traductora –dijo el comandante–. Yo no hablo ni papa de inglés.

–Yo entiendo bastante bien el español –dijo Clinton, paciente, preguntándose adónde iría este tal Chávez, qué demonios quería este tal Chávez.

–He venido a decirte que yo seré el próximo presidente de Venezuela –anunció Chávez, en tono grandilocuente.

Clinton apenas sonrió.

–Prefiero a Irene –pensó, cazurro.

–Y he venido a decirte que no estoy loco, que no soy el diablo encarnado, que no seré un tirano ni un dictador comunista como Fidel Castro –prosiguió Chávez.

–Pero me dicen que eres muy amigo de Fidel –le dijo Clinton.

–Sí –admitió Chávez–. Soy su amigo. Lo respeto. Lo admiro. Pero no me gusta el modelo comunista. No soy comunista, ni lo seré, amigo Bill.

–Lo mismo decía Fidel Castro cuando capturó el poder –recordó Clinton.

–Yo soy distinto –habló Chávez, desde las cumbres de la prominente cordillera de su ego–. Yo quiero ser amigo de Bill Clinton y amigo de Fidel Castro. Yo no soy capitalista ni comunista.

–¿Qué eres entonces? –preguntó Clinton, con genuina curiosidad, pues veía en Chávez a un político persuadido de la inexorable grandeza de su destino.

–Soy un bolivariano –respondió Chávez–. Un heredero de Simón Bolívar. Un heredero de Bolívar.

–Este hombre es un loco peligroso –pensó Clinton.

Luego dijo, críptico:

–Comprendo.

–Por eso te he traído un regalo, amigo Bill –dijo Chávez, y se puso de pie, y abrió una mochila verde, y sacó una vieja pistola de colección.

Los guardaespaldas del presidente, al ver la antigua pistola en manos de Chávez, dieron un brinco y sacaron sus armas, apuntando al venezolano.

–¡Tranquilos, muchachos! –los calmó Chávez, con la sonrisa contagiosa de un encantador de serpientes–. ¡Esta pistola no funciona, es una reliquia histórica, un arma de colección! ¡Me la regaló Fidel para que se la diese a míster Clinton!

Clinton hizo una seña a sus custodios y estos guardaron sus armas, pero permanecieron cerca de Chávez y la traductora, desconfiados.

–Es la pistola del libertador Simón Bolívar –le dijo Chávez a Clinton, y depositó el arma en las manos del ilustre visitante–. Me la regaló Fidel. Y ahora yo te la obsequio a ti, amigo Bill, cumpliendo el deseo de Fidel.

Clinton se puso de pie, le dio un abrazo y le dijo, en español:

–Muchas gracias, Hugo.

Luego dijo:

–Ganes o pierdas, seremos buenos amigos.

Enseguida se sentaron y Chávez siguió bebiendo café de un termo, como si no hubiera mañana.

–Solo te pido una cosa, amigo Bill –dijo.

–Dime, Hugo –dijo Clinton.

–Te pido por favor que me den la visa para entrar a tu país –dijo el comandante golpista, frunciendo el ceño, hablando en tono quejumbroso, plañidero, como si algo le doliera vivamente en el bajo vientre–. Nunca he visitado los Estados Unidos de América. Quiero viajar con mis hijos, amigo Bill. Quiero llevarlos a Disney.

–¡Pero claro que te daremos la visa! –prometió Clinton.

–¡Me la han negado ya tres veces! –protestó Chávez–. ¡Tres veces, hermano Bill! ¡Fui con mis hijos al consulado acá en Caracas, pagué el trámite del visado, que además es carísimo, y las tres veces me negaron la visa!

–¿Por qué no te dieron la visa? –preguntó Clinton.

Chávez se permitió un gesto de irritación y contrariedad:

–Me dijeron que soy un golpista, que soy un comunista, y que los golpistas comunistas no son bienvenidos en tu país, amigo Bill –se quejó, y de pronto pareció que rompería a llorar.

–No sabía nada de esto, Hugo –dijo Clinton.

Luego pensó:

–No quiere visitarme en la Casa Blanca. Lo que quiere es ir a Disney, a Orlando.

–¡Y como me han negado la visa tres veces, me dijeron que ya no puedo aplicar nunca más, amigo Bill! –dijo Chávez, y de pronto derramó dos lagrimones.

Todavía con la pistola de Bolívar en la mano, Clinton se puso de pie y le dijo a Chávez, quien también se levantó de un brinco:

–Te prometo que esa injusticia será corregida y te daremos la visa.

–¡Gracias, hermano Bill! –dijo Chávez, y lo abrazó de nuevo.

–Y te prometo que te recibiré en la Casa Blanca –dijo Clinton–. Pero solo si ganas las elecciones –se permitió aclarar–. No puedo recibirte como candidato presidencial, ¿comprendes?

Se dieron un abrazo, se despidieron y Clinton le aseguró que el entuerto de la visa se resolvería bien pronto. Pero, al día siguiente, en el avión presidencial rumbo a Brasilia, para reunirse con el presidente brasileño Fernando Cardoso, Clinton llamó a su secretaria de Estado, la señora Albright, quien entró en la oficina del presidente y se sentó frente a él.

–Quiero que le demos la visa a Hugo Chávez para que pueda visitar nuestro país –dijo Clinton.

Madeleine Albright se replegó en un gesto adusto, arqueó las cejas, contrariada, y respondió:

–De ninguna manera, señor presidente. Mientras yo sea su secretaria de Estado, no le daremos la visa a ese comunista que es un agente de Fidel Castro.

Clinton no pareció sorprendido: sabía que esa mujer poseía un carácter recio, insobornable, y defendía sus opiniones con ardor guerrero.

–¿Quién dio la orden de negarle la visa? –preguntó Clinton.

–Yo –respondió secamente Albright–. Y esa orden sigue en pie. Chávez es nuestro enemigo.

–Precisamente por eso –argumentó Clinton–. No queremos otro Fidel Castro en la región. Aún estamos a tiempo de convertirlo a nuestra causa.

–No, señor presidente –discrepó Albright–. Ya es tarde. Chávez milita en la causa de Fidel Castro.

–¡Pero solo quiere ir a Disney con sus hijos! –insistió Clinton, quien, al mismo tiempo, padecía y disfrutaba de la legendaria tozudez de la señora Albright–. Si va a Disney, quizá lo convencemos de las virtudes del capitalismo, ¿no crees?

–No, señor presidente –se atrincheró la secretaria de Estado–. Ese hombre, Hugo Chávez, no tiene una sola buena costumbre.

Abril, 2002

Al enterarse de que el presidente provisional Cardona había perdido el apoyo del comandante general del Ejército, y de que Cardona y sus más cercanos conspiradores y apandillados se habían marchado a toda prisa del palacio de Miraflores temiendo que los arrestaran, y al tener noticias de que Baduel había ordenado la operación de rescate y dignidad nacional para liberar a Chávez en La Orchila y devolverlo al poder, los principales aliados políticos de Chávez, comandados por Aristóbulo Istúriz, se dirigieron a Miraflores, entraron sin resistencia a la casa de gobierno en compañía de algunos periodistas y resolvieron llamar de inmediato a Diosdado Cabello, el vicepresidente de Chávez. El plan de Istúriz y sus lugartenientes era que Cabello se juramentase como presidente temporal del país, a la espera de que llegase Chávez, si acaso llegaba:

–Hay que conseguir a Diosdado ahora mismo –dijo Istúriz–. Hay que aprovechar el vacío de poder que ha dejado Cardona.

–Tiene que juramentarse ante mí, que soy el presidente de la Asamblea Nacional –dijo William Lara, agitado, sudoroso, sintiendo que los vientos soplaban ahora a su favor.

–Diosdado será presidente hasta que nos devuelvan a nuestro comandante Chávez –ordenó Istúriz–. Si lo matan, o si lo llevan a Cuba, necesitamos cubrir cuanto antes el vacío de poder y dejar fuera de juego a Cardona.

El problema era que nadie sabía con certeza dónde se encontraba escondido Diosdado Cabello. Solo una periodista francesa, muy guapa, que se proclamaba revolucionaria, conocía el paradero del vicepresidente, porque eran amantes en secreto.

–Yo sé dónde está –dijo, sin ruborizarse, ante la mirada incrédula de los más leales a Chávez–. Yo sé dónde estaba esta tarde.

Cabello se hallaba escondido en un conjunto de edificios populares donde vivía gente abatida por la crisis, en el edificio llamado bloque 7, en la comunidad de Caricuau, municipio Libertador.

–Lo traen en una ambulancia –ordenó Istúriz.

Cumpliendo esa orden, la periodista francesa, un enfermero y un chofer se dirigieron en una de las ambulancias de Miraflores hasta el edificio donde presumiblemente se escondía Cabello. Tan pronto como llegaron, la periodista bajó de la ambulancia, subió a la madriguera de su amante y, tras despertarlo, le aseguró que confiara en ella, que no era una emboscada, que tenía que dirigirse de inmediato a Miraflores para jurar como presidente, porque Cardona había reculado al perder el apoyo del general Velásquez, y no se sabía cuál sería la nueva postura de dicho general, pero los rumores alertaban de que estaba considerando capturar el poder a sangre y fuego antes de que regresara Chávez, triunfal, desde La Orchila. En ropa deportiva y zapatillas, Cabello, que no había salido dos días de aquel escondrijo, confió en la periodista francesa, subió a la ambulancia y se dirigió a Miraflores.

–Si nos detienen los golpistas, les pasamos por encima –le ordenó al chofer.

Cabello estaba armado. Llevaba dos pistolas enfundadas en la cintura y una ametralladora liviana.

–Mi sueño se cumple, carajo –pensó–. En una hora seré presidente de este país.

Entretanto, el general Velásquez habló con los jefes de la Armada, la Guardia Nacional y la Aviación y les preguntó si contaba con ellos para proclamarse presidente provisional de Venezuela. Ninguno lo apoyó. Todos expresaron reparos y objeciones.

–El presidente que ya ha juramentado es Cardona –le dijeron.

–Le he pedido la renuncia –se defendió Velásquez.

–Quedarás como un golpista –le expresaron.

–El golpista es Cardona –alegó Velásquez.

–Sabemos que estás furioso porque no te dio el Ministerio de Defensa –le comentaron.

–No es una cuestión de ego ni de vanidad –se retorció Velásquez–. Es un problema de principios democráticos. Cardona ha violado la Constitución.

–¿Y qué artículo de la Constitución dice que asume la presidencia el comandante general del Ejército? –le preguntaron.

–No lo sé –respondió Velásquez–. No he leído la Constitución. Traté, pero es muy densa.

Un silencio lo delató.

–Pero si juro ante la Asamblea, eso me dará la legitimidad de origen que no tiene Cardona –se alentó a sí mismo.

–Estás solo –le dijeron–. No cuentes con nosotros.

Cuando Diosdado Cabello entró al palacio de Miraflores en ropa deportiva y zapatillas blancas, el presidente de la Asamblea, William Lara, le dijo, tras abrazarlo:

–Con esa ropa no puedes jurar.

Lo llevaron a la habitación de Chávez, le ofrecieron alguna ropa, eligió una camisa y un chaleco que le quedaban apretados, porque él era más grueso que Chávez. Luego, ante las cámaras de los periodistas, William Lara le tomó juramento:

–¿Jura ante Dios y ante la patria cumplir y hacer cumplir la Constitución, como presidente temporal de la república bolivariana de Venezuela?

–Sí, lo juro –respondió Cabello.

Y enseguida pensó, malicioso:

–Espero que lo de temporal sea flexible y me dejen unos años en la presidencia, carajo.

A la hora de partir desde la base de Maracay hasta la isla de La Orchila para liberar a Chávez, el general Baduel resolvió, guiado por su profunda fe religiosa, no subir a ninguno de los tres helicópteros:

–Yo me quedo –anunció, en tono solemne, a sus comandos–. Si algo malo le pasa a Chávez, si lo matan cuando ustedes aterricen para rescatarlo,

es importante que yo esté con vida.

No tenía miedo. Era un hombre intrépido, valeroso. Pero creía que La Orchila estaba custodiada por un número considerable de comandos a las órdenes de Velásquez y Rondón. Temía por eso que la operación de rescate pudiese fracasar.

–Usted es el jefe de la operación –le dijo al general Alipio Uzcátegui.

–Lo tomo como un honor –respondió el general Uzcátegui.

Los tres helicópteros Súper Puma, de fabricación francesa, partieron de Maracay hacia la medianoche. Además de los cincuenta comandos de élite, viajaban un médico, un enfermero y un juez militar. El vuelo duró una hora y cincuenta minutos. Los helicópteros volaron a baja altura para evitar ser detectados por los radares y sus pilotos no entablaron comunicación radial entre ellos para preservar el carácter secreto de la operación. Pero, en Caracas, el general Velásquez sabía que Baduel deseaba rescatar a Chávez, se lo había dicho el propio Baduel, y por eso le había advertido a su subordinado, el general Rondón, que estuviese atento en La Orchila, y que, si los comandos de Baduel llegaban antes de que saliera el avión llevando a Chávez rumbo a Cuba, abrieran fuego contra ellos y repelieran el operativo de rescate.

–Si tienes que matar a Baduel, ¡mátalo! –le dijo Velásquez a Rondón.

El general Rondón se consumía de impaciencia por ver despegar el avión llevando a Chávez con destino a Cuba. Pero los pilotos, los soldados y el propio Chávez seguían hipnotizados por el interminable juego de béisbol en la televisión. El partido se prolongaba y Rondón sentía un creciente desasosiego, una angustia visceral.

–Si llega Baduel, lo mataré –pensaba–. Y luego mataré a Chávez.

Pero Baduel no llegó. Llegaron sus cincuenta comandos en tres helicópteros que aterrizaron en la base naval de la isla, a varios kilómetros de la residencia presidencial. Desde allí, se movilizaron en varias camionetas hasta la casa donde se encontraban Chávez y Rondón, quien dio la orden a sus soldados de disparar a los comandos de Baduel. Ninguno, sin embargo, le obedeció. Los soldados que debían guardar lealtad y obediencia a Rondón, inspector general del Ejército, recibieron con aplausos y vítores a

los comandos de Baduel y al general Uzcátegui. Rondón comprendió entonces que estaba perdido. Chávez se dio un abrazo emocionado con Uzcátegui, derramó algunas lágrimas y agradeció a los comandos que acababan de liberarlo.

–¿Y Baduel? –preguntó.

–En Maracay, señor presidente –le dijo el general Uzcátegui.

Rondón no se atrevió a sacar su pistola.

–Señor presidente –le dijo a Chávez–, pongo mi cargo a su disposición.

–Tranquilo, Lucas –le dijo Chávez–. Soy un hombre cristiano. Te perdono. No tomaré represalias contra ti.

Rondón enmudeció. Uzcátegui, Chávez y los comandos se dirigieron a los tres helicópteros que había enviado Baduel. Al lado de la residencia, había otros tres helicópteros despachados por la Armada, que llevarían a Rondón y a sus hombres de regreso a Caracas. La batalla de La Orchila había sido ganada sin disparar un solo tiro ni cobrarle la vida a nadie. Todos, salvo Rondón, lucían satisfechos, incluso jubilosos.

–El general Baduel me ordenó llevarlo a Maracay, señor presidente –le dijo Uzcátegui a Chávez–. El plan es que usted lidere desde Maracay la operación de rescate a la dignidad nacional.

–No –dijo Chávez–. No vamos a Maracay. Vamos a Caracas.

Uzcátegui y sus comandos asintieron.

–¡Vamos a retomar Miraflores! –los arengó Chávez.

Mayo, 1998

Meses antes de celebrarse las elecciones presidenciales en Venezuela, y siendo ya el favorito en las principales encuestas, Hugo Chávez, siguiendo el consejo de su asesor, Luis Miquilena, le pidió una reunión a Gustavo Cisneros, uno de los hombres más ricos de Venezuela, dueño del canal Venevisión. Cisneros, quien pasaba más tiempo en Nueva York y La Romana que en Caracas, invitó cordialmente a Chávez a su despacho en la sede de Venevisión, en Caracas, y lo agasajó con un almuerzo, a solas los dos.

–Necesito dinero para la campaña –le dijo Chávez, quien, para sorpresa de Cisneros, acudió vestido de traje y corbata, y no con el habitual liqui-liqui que solía usar en campaña.

Cisneros, un genio de los negocios, no pareció sorprendido.

–¿Cuánto necesitas? –preguntó.

–Diez millones de dólares –dijo Chávez.

Miquilena le había dicho al comandante golpista, antes de la reunión:

–Pídele diez millones, gastas la mitad en la campaña y te quedas con la otra mitad.

–Imposible –se excusó Cisneros–. No puedo darte dinero.

–¿Por qué? –se sorprendió Chávez.

–Porque Venevisión es un canal independiente que no apoya a ningún candidato político –dijo Cisneros–. No puedo comprometer la credibilidad de mi canal. Si te doy dinero, la gente dirá que Venevisión te apoya, y eso no sería bueno para mi canal ni para el país.

Siempre fumando, siempre bebiendo café, Chávez se impacientó:

–Pero Radio Caracas Televisión apoya descaradamente a Salas Römer.

Luego añadió:

–Yo necesito que tú me apoyes. De otro modo, ganará Salas Römer.

El dueño de Radio Caracas Televisión, Marcel Granier, era enemigo del propietario de Venevisión, Gustavo Cisneros. Competían ferozmente. Granier cultivaba un perfil intelectual. Le gustaba salir en las pantallas de su canal. Cisneros, en cambio, era un hombre de negocios que elegía cautelosamente sus apariciones públicas. Cisneros decía que Granier no era su enemigo, sino su «frenemy», una suerte de mitad amigo, mitad enemigo.

–No ganará Salas Römer –dijo Cisneros–. Tú vas a ganar.

–Entonces apóyame, Gustavo. Necesito dinero para mis viajes. Necesito que me prestes tu avión para recorrer todo el país.

Astuto negociador, zorro viejo del poder, Cisneros le dijo:

–Lo mejor que puedo ofrecerte es tiempo libre en Venevisión para tus cuñas comerciales.

Chávez hizo un gesto de aprobación.

–No te cobraré por tus spots publicitarios –continuó Cisneros–. Pero también le cederé tiempo gratuito a Salas Römer.

–¿O sea que eres neutral? –se irritó Chávez.

–Les daré el mismo tiempo de cobertura periodística y de cuñas comerciales a los dos –dijo Cisneros, quien no parecía dispuesto a ceder–. Mi canal se debe no a un candidato presidencial ni a un líder político, sino al público, a la audiencia.

–¿Al menos me prestarás tu avión? –insistió Chávez, que detestaba volar en aviones comerciales y prefería la comodidad de un avión privado.

–No –dijo Cisneros–. Prefiero que no uses mi avión personal. Pero hablaré con mi equipo para que te facilite un avión de vez en cuando.

Chávez se puso de pie, se insufló de orgullo y se atrevió a decir:

–Por tu culpa, no cayó Carlos Andrés Pérez. Por tu culpa, fracasó mi heroica insurgencia contra él.

Sorprendido, Cisneros respondió:

–No es cierto. Yo nunca fui amigo de Pérez. Siempre me ha tratado mal. Ha sido muy duro conmigo, con mis empresas. ¿Por qué dices eso?

Chávez hizo acopio de valor:

–Porque aquella noche de la heroica rebelión que yo encabecé contra la corrupta cuarta república, tú le salvaste la vida a Carlos Andrés.

Cisneros discrepó:

–No. Yo no le salvé la vida. Yo le avisé que le iban a dar un golpe.

–¿Y cómo sabías eso? –se sulfuró Chávez.

–Porque me llamó a Davos, Suiza, mi amigo Felipe González, y me dijo:

–Dile a Pérez que hay un golpe en marcha.

Chávez permaneció en silencio, pensativo.

–Cuando Carlos Andrés aterriza en Maiquetía la noche del golpe –siguió Cisneros–, ya sabía que ustedes iban a matarlo o tomarlo prisionero y lo primero que le pide al vicealmirante Carratú es una ametralladora y dos pistolas.

–¡Pero mi rebelión heroica fracasa porque tú le permites al ladrón de Pérez salir al aire en Venevisión! –levantó la voz Chávez.

–Por supuesto –dijo Cisneros, sin dejarse intimidar–. Pérez no era mi amigo. Nunca fue mi amigo. Pero lo apoyé porque era el presidente constitucional de Venezuela. No apoyé a Pérez, apoyé a la democracia, Hugo.

–Pero salvaste a Pérez y a su gobierno corrupto, Gustavo –insistió Chávez.

–Cumplí mi deber de venezolano y de demócrata –se defendió Cisneros–. Cuando Pérez llegó esa noche a los estudios de Venevisión, di la orden de que lo dejaran salir al aire. Era mi deber.

–Pudiste haber transmitido mi proclama –se quejó Chávez.

–Yo no apoyo golpes de Estado, Hugo –dijo Cisneros–. Ni de izquierda, ni de derecha.

Luego añadió:

–Y no es mi culpa que grabaras tu mensaje a la nación en un formato equivocado. Por eso no pudieron transmitirlo en Venezolana de Televisión.

Chávez se sentó, cruzó las piernas, observó a Cisneros, encendió un cigarrillo y dijo:

–O sea que no me vas a dar dinero.

–Sí te voy a dar dinero –aclaró Cisneros–. Te voy a dar tiempo libre en mi canal para tus cuñas comerciales. Eso vale mucho dinero.

Chávez sonrió, impresionado por la astucia de Cisneros.

–Y si quieres conocer mi avión –continuó el magnate–, te invito a que vengas conmigo a Nueva York.

Chávez soltó una risotada.

–¡Imposible! –vociferó–. ¡Los yanquis no me dan la visa!

Cisneros pareció sorprendido:

–Hablaré con mis amigos allá –prometió.

Luego preguntó:

–Pero ¿puedo confiar en que te has reformado, en que ahora crees en la democracia?

–¡Por supuesto! –pareció enfadarse Chávez–. ¡Yo soy un demócrata cabal, Gustavo! ¡Gobernaré un solo período, respetaré la propiedad privada, la libertad de expresión, la economía social de mercado! ¡Seré presidente cinco años y después me iré a mi casa!

Cisneros se puso de pie:

–Entonces podemos ser amigos –dijo.

Luego añadió:

–Y si no te dan la visa para ir a Nueva York, me darás tus medidas y mi sastre allá te hará unos trajes preciosos. Te aseguro que si usas esos trajes, y las corbatas que te haré llegar, ganarás la presidencia, Hugo.

Al día siguiente, Chávez llamó telefónicamente a la secretaria de Cisneros y le dictó sus medidas. Soñaba con vestir un traje hecho a su medida en Nueva York, fina cortesía de Gustavo Cisneros.

–No me dio reales, pero me regalará trajes y corbatas –se contentó el comandante golpista.

–Va a ser un presidente muy difícil –le dijo Cisneros a su esposa Patricia, cuando ella le preguntó cómo fue la reunión con Chávez.

Abril, 2002

El dictador cubano Fidel Castro y el presidente colombiano Andrés Pastrana eran amigos, muy amigos, a pesar de que aquel era comunista y este un demócrata. Castro había sido amigo del padre de Pastrana, Misael, en su día también presidente de Colombia, pero tenía más afinidad con Andrés. El hacedor y componedor de esa amistad era el escritor colombiano García Márquez, quien, para sorpresa y estupor de muchos de sus compatriotas de izquierdas, había apoyado por televisión a Andrés Pastrana, vistiendo su camiseta de propaganda y grabando un video respaldándolo, durante la campaña presidencial que ganó Pastrana:

–Para rescatar a Colombia de su propio infierno –dijo García Márquez, en el anuncio publicitario, sentado detrás de un escritorio–, he hablado con Andrés largo y tendido, y estoy dispuesto a camellar con él por el imperio de la educación y la paz, sin sueldo ni domingos, y por los fueros del amor, en esta familia desventurada, donde ya no nos queremos ni a nosotros mismos.

Por eso, desde La Habana, Fidel Castro, al ver que Chávez había sido capturado por los generales golpistas, y al enterarse de que el jefe de los conjurados, el general Velásquez, se había enemistado con el presidente provisional Cardona, y al recibir información fidedigna según la cual Baduel no cejaría en su determinación de restituir a su compañero Chávez en el poder, llamó a su amigo, el presidente Pastrana, y le dijo:

–Habla con Cardona. Convéncelo ahora mismo de que pida asilo en tu embajada en Caracas.

Andrés Pastrana se encontraba en un dilema: por un lado, deseaba que Chávez, a quien consideraba un autócrata peligroso, dejase el poder y se exiliase en Cuba; por otro lado, comprendía que el gobierno de Cardona

carecía de legitimidad de origen y que su supervivencia pendía apenas de un hilo, el hilo largo con el cual lo sujetaban los jefes militares enemigos de Chávez.

–Mejor convence a Chávez de que vaya a La Habana –le dijo Pastrana a Castro–. Si regresa a Caracas, los militares lo matarán.

Fidel se irritó, se impacientó, levantó la voz, habló en el tono sentencioso del profeta que se creía infalible:

–Chávez va a recuperar el poder en unas horas, Pastrana. Dile a Cardona que corra a tu embajada y pida asilo. Porque es a él a quien van a matar las turbas divinas del chavismo.

Tan pronto como cortaron el diálogo, Pastrana pidió a su secretaria que lo comunicase con Pedro Cardona, o con lo que quedaba de él.

–Querido presidente Cardona –lo saludó–. ¿Cómo te encuentras?

–Estoy muy preocupado, querido Andrés –dijo Cardona, desde su casa–. Esto no se ve nada bien. Las cosas se han enredado, se han torcido.

Por orden del general Velásquez, los soldados que custodiaban la casa de Cardona se habían retirado, dejándolo desprotegido.

–El alto mando militar está dividido –prosiguió Cardona–. Unos están con Chávez, otros están con Velásquez.

–¿Y contigo? –interrumpió Pastrana.

–Conmigo quedan pocos –se lamentó Cardona.

–Déjame darte un consejo –le dijo Pastrana–. Si tu vida corre peligro, anda de inmediato a mi embajada en Caracas y pide asilo. Allí te protegeremos, Pedro.

En las afueras del palacio de Miraflores, millares de personas, a pesar de que ya corría la madrugada, se habían reunido para exigir a los gritos que Chávez regresara a la presidencia. Dentro de la casa de gobierno, Diosdado Cabello confirmó a sus allegados que Chávez, tras ser liberado por los comandos de Baduel, volaba en helicóptero rumbo a Caracas, y probablemente aterrizaría en el helipuerto de Miraflores.

–Que apaguen las luces del helipuerto –ordenó, temeroso de que los jefes militares desafectos a Chávez intentasen un tardío contragolpe.

Afuera, confundido entre la multitud, trepado en un estrado precario, un hombre alto, voluminoso, obeso, de pelo negro y bigote poblado, agitaba sus brazos y chillaba ante un micrófono, como un energúmeno:

–¡No pasarán! ¡Los fascistas no pasarán!

Era un sujeto de casi dos metros, famoso por sus riñas y pendencias, comunista ortodoxo educado en Cuba, llamado Nicolás Maduro.

–¡Chávez es el pueblo, el pueblo es Chávez! –gritaba Maduro, desde la tarima–. ¡Nosotros les exigimos a los generales que secuestraron a Chávez que se lo devuelvan al pueblo de Venezuela! –rugía, envalentonado, porque sabía que Chávez había sido liberado–. ¡Libertad, libertad! –bramaba, como un poseso.

Olfateando un desenlace trágico, Pedro Cardona decidió quedarse en su casa y no dirigirse a la embajada colombiana en Caracas. Temía quedar como un cobarde. Aguardaba que el general Velásquez, de pronto su némesis, su bestia negra, moviera ficha. Presentía que la batalla final habría de ocurrir en Miraflores, y que dicha refriega enfrentaría a los cuerpos armados de Velásquez con los soldados leales a Chávez.

–Correrá sangre –pensaba–. Se matarán entre ellos.

Pero el general Velásquez, acuartelado en su despacho de Fuerte Tiuna, dudaba si sacar los tanques a la calle y dirigirse a tomar posesión del palacio de Miraflores.

–Tal vez sea mejor dejar caer a Cardona, porque carece de legitimidad –pensaba, de pronto razonando como un hombre de leyes–. Y apoyar el regreso de Chávez como la única vía para restablecer la plena vigencia de la Constitución –se decía a sí mismo–. Si apoyo a Chávez, si le pido perdón, quizás me nombre ministro de Defensa –se ilusionaba.

En el helicóptero Súper Puma con destino a Caracas, Chávez sufrió de pronto una severa crisis estomacal. A su lado estaba el general Uzcátegui y, delante, en los controles, dos pilotos con audífonos, quienes guiaban la aeronave a baja altitud, temerosos de un mortero o una bazuca disparada por los enemigos de Chávez.

–Me cago, carajo –dijo Chávez, y se contrajo en gestos de dolor–. Ando con un cólico, compadre –le dijo a Uzcátegui.

Viendo el partido de béisbol en La Orchila, el presidente depuesto había comido diez plátanos, cuatro mangos, dos manzanas y una papaya cortada en pedazos. Dicha ingestión de frutas le había provocado, de súbito, la urgencia de evacuar sus intestinos.

–Me cago en los pantalones, Uzcátegui –dijo Chávez–. Estoy sudando frío. ¿Qué carajo hacemos?

El general no sabía si Chávez estaba bromeando o si hablaba en serio. Y si hablaba en serio, ¿quería defecar porque el miedo le había colonizado el estómago?

–Chávez se caga de miedo –pensó Uzcátegui.

–¡No puedo llegar a Miraflores con los pantalones cagados, apestando a mierda! –dijo Chávez, furioso consigo mismo, enojado con su suerte, maldiciendo la inoportuna crisis intestinal.

Entonces, resuelto, se puso de pie y abrió la portezuela del helicóptero de fabricación francesa, lo que sobresaltó a los pilotos, quienes pensaron que Chávez, víctima de una crisis nerviosa, quería saltar al vacío. Luego se bajó los pantalones y los calzoncillos, exhibiendo el colgajo con el que había desvirgado a tantas jovencitas en la campaña presidencial, y le ordenó a Alipio Uzcátegui:

–¡Sujétame fuerte de las manos, Uzcátegui, que estoy pariendo!

No dudó un segundo el general Uzcátegui en obedecer al temido hombre fuerte de su país. Cogió de las manos a Chávez, quien, de espaldas a la portezuela, se agachó, sacó el culo del helicóptero y descargó un mojón inmenso del tamaño de una anaconda, jugándose la vida, pues un resbalón podía provocar su caída y, de paso, la de Uzcátegui, quien lo tenía cogido de las manos. Al eyectar sus heces al vacío, y sentir un primer alivio reparador, Chávez volvió a agacharse, pujó como un demonio y soltó un tremendo pedazo de mierda. Esta vez, sin embargo, la fuerza del viento trajo de regreso al interior del helicóptero unos fragmentos de la caca de Chávez, residuos fecales que terminaron manchando el uniforme del general Uzcátegui.

–¡Estamos todos cagados! –soltó Chávez una carcajada vulgar, y luego cerró la portezuela.

Enseguida se subió los calzoncillos y los pantalones sin limpiarse el culo y le dijo a Uzcátegui:

–Nunca te olvidaré. Te has jugado la vida por mí. Te nombraré embajador.

–Gracias, mi comandante –dijo Uzcátegui, apesadumbrado, limpiando las manchas de caca en su uniforme.

Septiembre, 1998

Poco antes de que ganara las elecciones presidenciales en Venezuela a finales de siglo, el comandante Hugo Chávez concedió una entrevista, en Caracas, al periodista Jorge Ramos, de la televisora Univisión, canal en español de los Estados Unidos.

–Usted genera miedo en el exterior –le dijo Ramos, famoso por sus entrevistas aguerridas.

–Yo no sé por qué –sonrió Chávez, vestido con un traje color café, una camisa azul y una corbata.

–¿Está dispuesto a entregar el poder después de cinco años? –disparó a quemarropa Ramos.

–Claro que estoy dispuesto –respondió el candidato presidencial–. Y no solo después de cinco años. Si a los dos años de mi gobierno, yo soy un fiasco, o un fracaso, entonces estaría dispuesto a dejar el poder.

–¿Nacionalizaría algún medio de comunicación? –preguntó Ramos.

–No –dijo Chávez, tajante–. Basta con los medios de comunicación que ya tiene el Estado hoy. El Estado tiene el canal 8, Venezolana de Televisión. Hay que repotenciarlo. En cuanto a los demás canales, yo tengo excelentes relaciones con todos ellos.

–¿No hay interés de nacionalizar nada? –inquirió Ramos.

–No, absolutamente nada –prometió Chávez–. Incluso estoy dispuesto a dar facilidades a los capitales privados internacionales para que vengan a invertir acá, en Venezuela.

–¿Cuba es una dictadura o no? –preguntó Ramos, a bocajarro.

–Sí, es una dictadura –dijo Chávez.

Luego matizó:

–Pero yo no puedo condenar a Cuba porque creo en la autodeterminación de los pueblos.

No todos, sin embargo, le creían a Chávez. El expresidente Carlos Andrés Pérez, quien había gobernado en dos mandatos, el primero más popular por la bonanza global del petróleo, el segundo más accidentado por las protestas sociales y los dos golpes de Estado fallidos contra él, veía con abierta animosidad la candidatura de Hugo Chávez y alertaba a su país de los riesgos que, en su opinión, entrañaba el golpista:

–En estas elecciones, la peor opción de todas es la de Chávez –le dijo al periodista Marcel Granier, de Radio Caracas Televisión–. Chávez es la opción aventurera, golpista.

–¿Y la opción de Salas Römer y su propuesta de cambio? –preguntó Granier, aludiendo a la candidatura presidencial de Henrique Salas Römer, gobernador de Carabobo.

Carlos Andrés Pérez hizo un gesto de disgusto.

–Ese hombre nos ha dado una imagen muy negativa de su temperamento –afirmó–. Es muy autoritario. No quiere discutir con nadie.

Marcel Granier preguntó entonces:

–Total, ¿no le gusta ninguno de los candidatos?

–Desgraciadamente, esa es la tragedia –respondió Pérez–. Por eso creo que ganará la opción de la venganza, la opción de Chávez.

Luego, mirando a la cámara con gravedad, Carlos Andrés Pérez alertó a sus compatriotas:

–Yo quisiera que los venezolanos se dieran cuenta de que vamos a hundir al país en una tragedia gigantesca, si gana Chávez.

–¿Cuál es la tragedia que usted avizora si gana Chávez? –preguntó Granier, famoso por sus bigotes y su independencia periodística.

–Una dictadura –respondió Pérez, sin rodeos–. Y ya sabemos lo que es una dictadura.

Enseguida añadió:

–No habrá ley. No habrá derecho de expresión. Las cárceles se abrirán a los que no estén de acuerdo con el gobierno. Y todos los problemas del país se volverán mucho más graves.

Marcel Granier también entrevistó en su programa dominical de Radio Caracas Televisión al candidato presidencial y favorito en las encuestas, Hugo Chávez.

–Los empresarios no se sienten cómodos con usted –le dijo a Chávez, quien torció la sonrisa e hizo un mohín de disgusto–. Porque usted les ha dicho: empresario que no me da plata, le vamos a caer encima.

–¡Eso no es verdad! –se encolerizó Chávez–. ¡Usted, Granier, ha dicho algo que no es cierto! ¡Yo no he dicho eso!

–Pero usted ha criticado a los empresarios que han apoyado con dinero a Salas Römer –insistió Granier.

–¡Yo no he dicho eso! –siguió furioso Chávez.

Desde los estudios de la cadena CBS en español en Miami, el periodista Jaime Baylys también entrevistó al candidato presidencial Hugo Chávez, antes de que ganase las elecciones de diciembre de ese año. Los jefes de CBS extendieron una invitación formal a Chávez para que viajase a Miami e hicieron gestiones ante la embajada de los Estados Unidos en Caracas a fin de que le concediesen un permiso de viaje, de modo que pudiese presentarse en los estudios de CBS en Miami, pero, una vez más, le negaron el visado, y por eso la entrevista se hizo vía satélite, Chávez en los estudios de Globovisión, en Caracas, y Baylys en los de CBS, en Miami.

–¿Subirás o bajarás los impuestos? –le preguntó.

Vestido de traje y corbata, pródigo en sonrisas, aparentemente humilde, Chávez respondió:

–Bajaré algunos impuestos. Por ejemplo, bajaré el impuesto a las ventas.

–¿El tipo de cambio flotará libremente, o habrá un tipo de cambio oficial fijado por el gobierno? –preguntó Baylys.

–Yo estaría de acuerdo con mantener una tasa de flotación libre –contestó Chávez.

–¿Qué industrias del sector privado deberían pasar a manos del Estado? –inquirió el periodista.

–Ninguna –dijo el candidato–. Pero no compartimos la tesis de que PDVSA debe ser privatizada.

–¿Respetarás a la banca privada, o los bancos serán estatizados?

–Los bancos deben seguir en manos privadas –dijo Chávez–. Es más, quiero que vengan más bancos internacionales para crear un ambiente de competencia entre ellos.

–¿Pagarás la deuda externa o le darás un portazo en las narices al Fondo Monetario?

–No, ningún portazo –sonrió Chávez–. Pero debemos renegociar la deuda y extender los plazos.

Entonces Baylys se tomó unos segundos y le dijo:

–Te confieso que estoy sorprendido, Hugo. Yo tenía la idea de que eras un hombre de izquierda. Ahora ya no estoy tan seguro.

Luego preguntó:

–¿Eres un hombre de izquierda, un socialista? ¿Cómo te defines ideológicamente?

–Muy interesante la pregunta, Jaime –respondió Chávez–. Yo no soy socialista. No soy comunista. No me considero un hombre de izquierda. Pero tampoco creo en el capitalismo salvaje.

Baylys lo escuchaba con curiosidad.

–Creo en un proyecto humanista, integral –siguió Chávez–. El mundo requiere un salto adelante. Mi signo ideológico es bolivariano.

–Pero ¿te vas a llevar bien con los empresarios? –insistió el periodista.

–Ya me llevo bien con ellos –dijo–. No somos socialistas ni enemigos de la empresa privada. No vamos a nacionalizar ni a estatizar nada.

De nuevo Baylys se tomó un tiempo, acaso desconfiando de él, y preguntó:

–¿No vas a ser un presidente autoritario? ¿Estás seguro de eso? ¿No te va a salir el alma militar?

Chávez se rio, con aparente modestia, y dijo, en tono sereno, conciliador:

–Te invito a que pases unos meses acá, con nosotros, en Caracas, para que veas que soy un verdadero demócrata y estoy comprometido a no ser un presidente autoritario.

Al final de la entrevista, todavía al aire, en directo para toda América, Hugo Chávez le dijo a Baylys:

–Que Dios te bendiga, Jaime. Pronto nos veremos. Estás invitado a una cena conmigo en Caracas. No te ofrezco la cena en Miami porque tus amigos no me dan la visa.

Abril, 2002

Hacia las cuatro de la mañana, el helicóptero que llevaba al presidente Chávez descendió sobre el palacio de Miraflores. Desde la aeronave, Chávez contempló a millares de venezolanos saludándolo con fervor en las afueras de la casa de gobierno y dijo:

–El pueblo está conmigo.

Fue recibido con honores por la banda marcial y conducido al salón Ayacucho. Llevaba en los bolsillos de la chaqueta un pequeño crucifijo que le había obsequiado monseñor Baltazar Porras después de oírle la confesión, y un ejemplar diminuto de tapa azul de la Constitución de su país, escrita por sus leguleyos y tinterillos. Sus más leales colaboradores lo ovacionaron de pie. Parecía una película, un drama vibrante. El villano caído en desgracia regresaba como el héroe justiciero. Era el inesperado final de una trama improbable.

–A Dios lo que es de Dios, al César lo que es del César y al pueblo lo que es del pueblo –dijo, tan pronto como se sentó.

La televisión pública, canal 8, Venezolana de Televisión, transmitía en vivo desde Miraflores. Los canales privados, cuyos dueños veían con estupor el regreso al poder de su peor enemigo, propalaban antiguos culebrones.

–Estoy jodido –pensó Cardona, en su casa, viendo a Chávez por televisión: el empresario se encontraba desvelado, torturado, agonizando en una noche más sin dormir–. Mañana vendrán a arrestarme –se lamentó–. Hace dos días era presidente y ahora seré presidiario –se resignó, más solo que nunca.

Al lado de Chávez se encontraban sentados el vicepresidente de la república, Diosdado Cabello, y el presidente de la Asamblea Nacional,

William Lara. Detrás de Chávez, su ministro de Defensa, el veterano Rangel jugaba con sus bigotes canosos. Frente a él, sus incondicionales Maduro e Istúriz, entre otros. Chávez miró su reloj y dijo:

–Son veinte para las cinco de la mañana. Soy como un mar multicolor. Todavía estoy estupefacto.

Nadie lo aplaudió. Sus lugartenientes y allegados, todavía incrédulos por haber recuperado tan pronto el poder, no se animaban a aplaudir. Veían en Chávez a un profeta iluminado, un predicador religioso, un hombre tocado por la gracia de los dioses que había salvado la vida de milagro. No lo aplaudían porque acaso pensaban que era una vulgaridad o una indelicadeza interrumpirlo. Veían a Chávez con su crucifijo pequeño como si fuese el Papa hablando en el Vaticano.

–Esto es inédito en este país y en el mundo –siguió Chávez–. El pueblo venezolano y sus verdaderos soldados han escrito una página de gloria en la historia de este país. El pueblo ha despertado definitivamente.

Desde el cuartel de Maracay, el general Baduel, actor capital del retorno de Chávez al poder, derramaba unas lágrimas y pensaba:

–Se ha hecho justicia. Hemos derrotado a un golpe de Estado.

Todavía en la base naval de La Orchila, el general Lucas Rondón trataba de convencer con promesas monetarias a los pilotos del avión de fabricación estadounidense para que lo llevasen de inmediato a Bogotá o a Miami, temeroso de que Chávez tomase represalias contra él. Se lamentaba, hundido en la desesperanza:

–Me van a arrestar, me van a torturar, me van a matar lentamente. Chávez es un hijo de puta. Nunca me perdonará.

Atrincherado en la comandancia general del Ejército como el último de los golpistas en pie de guerra, el general Velásquez se retorcía:

–Estoy jodido. Nos demoramos mucho en mandarlo a Cuba. No debimos dudarlo tanto.

Pensó desenfundar su pistola nueve milímetros y pegarse un tiro en la sien, pero no encontró coraje suicida para quitarse la vida.

–Vamos a reflexionar todos –dijo Chávez, mostrando el crucifijo, sentado como un cardenal o un obispo, hablando sin exaltarse ni dar

gritos–. Vamos a poner a Dios por delante. Invoquemos a Cristo y a Dios Nuestro Señor para llenarnos de paz.

En su gigantesca mansión de Punto Cero en La Habana, Fidel Castro veía todo por televisión y daba un alarido ateo:

–¡Pendejadas, Hugo! ¡Nada de paz! ¡Hay que fusilar a todos los golpistas!

–Hago un llamado a la reunión del país, de todos los sectores del país –prosiguió Chávez–. Todos debemos rectificar y volver a la calma. Y todos debemos aceptar que aquí hay un gobierno legítimamente constituido.

–¡Si no matamos a los golpistas –rugió Fidel–, te darán otro golpe en menos de un año! ¡Y te matarán, Hugo!

–La semilla que hemos sembrado retoñó y creció en los corazones del pueblo –dijo Chávez, hablando lentamente, con pleno dominio de las circunstancias, como si se hubiese preparado la vida entera para pronunciar aquel discurso, como si lo tuviese bien memorizado–. El pueblo llegó a este palacio para no irse más.

Y todavía nadie lo aplaudía, como si no dieran crédito a lo que acontecía. Y sus hombres más leales se preguntaban si los generales golpistas atacarían de madrugada la casa de gobierno. Y los partidarios de Chávez, agolpados tras las rejas del palacio, continuaban gritando su nombre como si invocasen a un santón milagrero o al hijo pródigo.

–Ha sido una jornada memorable, histórica, imborrable para siempre jamás –dijo Chávez.

Luego besó el crucifijo, miró a la cámara con expresión beatífica y sentenció, recién llegado de la antesala de la muerte:

–Si ayer los amaba, hoy los amo muchísimo más.

En su apartamento de la torre Olympic, en la Quinta Avenida, ciudad de Nueva York, el magnate venezolano Gustavo Cisneros, dueño de Venevisión, le dijo a su esposa Patricia:

–Mucho me temo que nos quitará el canal.

Lo mismo pensó el dueño de Radio Caracas Televisión, Marcel Granier, cuya televisora había apoyado la destitución de Chávez y la breve presidencia de Cardona:

–La venganza será terrible. Nos sacará del aire. Y no habrá cómo sacarlo del poder.

Terminando su alocución casi mística, en un sorprendente tono melifluo, conciliador, Chávez, el culo escaldado, dijo:

–Necesito darme una ducha.

Caminó a su habitación en el palacio, pero Cabello lo detuvo un momento y le dijo:

–El comandante Fidel desea hablar con usted.

Chávez cogió el celular de Cabello y escuchó:

–¡Tenemos que capturar en unas horas a todos los militares golpistas, Hugo! –rugió Castro–. ¡Esta guerra no ha terminado! ¡Si no los matamos, vendrán de nuevo a matarte!

–Hablaré con ellos –prometió Chávez–. Pero les daré una lección de grandeza moral, Fidel. A los que se arrepientan, a los que se arrodillen ante mí y me pidan disculpas, no los daré de baja.

–¡Es un error, Hugo! –se enfureció Fidel–. ¡Tenemos que fusilarlos a todos!

Noviembre, 1998

–Estoy enloqueciendo –le dijo Chávez a Luis Miquilena, su principal asesor y estratega, semanas antes de las elecciones presidenciales de fin de siglo que aspiraba a ganar el comandante golpista para suceder en el poder al veterano señor Caldera–. Necesito un buen siquiatra –añadió.

Miquilena, antiguo hombre de izquierdas, le recordaba todo el tiempo a Chávez que debía dar una imagen de moderación y humildad, que debía sonreír y ser afable, que debía hacer bromas y cantar.

–El mejor es Edmundo Chirinos –sentenció.

El doctor Chirinos atendía a la gente rica y confundida de la ciudad, pacientes que llegaban casi en peregrinación a su consultorio, como si fuese un hombre superdotado, capaz de obrar milagros. Había sido rector de una universidad y candidato presidencial del Partido Comunista Venezolano en las elecciones que le dieron a Carlos Andrés Pérez su segundo mandato. En aquellos comicios, Chirinos obtuvo el 0,8% de los votos. Sin embargo, proclamó a los cuatro vientos que él había ganado, pero le habían hecho un fraude. Médico de una cabeza muy grande y una vanidad gigantesca, Chirinos era un frecuente contertulio de los programas de televisión, en los que brillaba por su chispeante locuacidad, su espíritu provocador, su amplia cultura y su desparpajo para hablar de cualquier cosa con autoridad de sabio u oráculo. Como el comandante Chávez, el doctor Chirinos, cuando hablaba, sabía seducir, y por eso paseaba su ego y su cabezota por los estudios de televisión, siempre bien vestido y perfumado.

–Estaré encantado de recibir en mi consulta a Hugo Chávez –le dijo a Miquilena–. Estoy seguro de que necesita mis servicios.

Chirinos solía alardear de sus éxitos profesionales y, sobre todo, de su extraña habilidad para seducir a las mujeres sin ser un hombre apuesto,

apelando a la gracia de su palabra y a su fama de erudito.

–Chávez ganará la presidencia a fin de año –le dijo Chirinos a Miquilena–. Y será un honor atenderlo. Y no será el primer presidente que atienda. Porque yo soy siquiatra del presidente Caldera y antes he sido siquiatra del presidente Lusinchi.

Días después, Chávez llegó al consultorio de Edmundo Chirinos y le dijo, antes de abrazarlo:

–Yo a usted lo admiro, doctor. Usted es un gran intelectual, una persona importante. Cuando usted habla en televisión, el país lo escucha.

Chirinos sonrió, como si mereciera los elogios.

–Yo a usted lo considero un sabio –siguió Chávez–. Nunca olvidaré cuando le dijo a Marcel Granier, en su propio programa, en su propio canal, que no era un periodista, sino un chulo –añadió, y soltó una risotada.

Luego encendió un cigarrillo, pero el doctor Chirinos le ordenó que lo apagase:

–Aquí, en mi consulta, mando yo –le dijo, sonriendo.

Chávez lo obedeció y se tendió en el diván que le señaló el siquiatra, quien le dijo a continuación:

–¿Sabe usted que yo traje a Fidel Castro a Caracas?

Chávez pareció sorprendido.

–No tenía idea –dijo–. Cuénteme, doctor.

Entonces el siquiatra le dijo a su paciente que era amigo personal de Fidel Castro, que había sido amigo del Che Guevara, que había sido amigo del presidente chileno Salvador Allende, y que, cuando Rómulo Betancourt era presidente de Venezuela, Fidel Castro había llegado a Caracas para reunirse con él:

–Yo lo invité a Fidel –dijo–. Pero Fidel y Betancourt tuvieron mala química. No se entendieron.

–¿Por qué? –preguntó Chávez.

–Porque Fidel quería petróleo regalado y Betancourt lo mandó al carajo –dijo Chirinos.

–Yo soy amigo personal de Fidel –dijo Chávez–. Es como mi hermano mayor. Es el padre que yo hubiera elegido.

–Yo lo sé –dijo Chirinos, vestido formalmente, con camisa y corbata, y un mandil blanco–. Yo sé cuánto admira usted a Fidel Castro.

–Yo quiero ser el nuevo Fidel, el heredero de Fidel –confesó Chávez–. Porque Fidel ya está viejo, doctor. Yo lo acompañé en La Habana cuando cumplió setenta años. Ahora tiene setenta y dos. Le toca cederme la posta.

–Lamentablemente, señor Chávez, debo decirle que usted no será el nuevo Fidel –dijo Chirinos.

–¿Por qué? –se sorprendió el candidato presidencial.

–Yo conozco bien a Fidel Castro –dijo Chirinos.

Quizás decía la verdad, quizás mentía. Tenía fama de ser bocazas, fanfarrón. Tenía la reputación de ser un gran mentiroso.

–Y usted no es Fidel Castro –continuó–. Y nunca lo será.

Chávez enmudeció, acaso arrepentido de haberse tendido en aquel diván donde solían reposar las mujeres más bellas de la ciudad, embelesadas por las dotes seductoras del siquiatra.

–Fidel es muy superior a usted –prosiguió el doctor Chirinos–. Fidel es más culto, más inteligente, más astuto, más consistente –afirmó, apabullando a su paciente–. Y Fidel viene de una buena familia, de una familia española, a diferencia de usted, que viene de Sabaneta, de Barinas, del pueblo llano.

–Pero yo soy el continuador histórico de la revolución antiimperialista que comenzó Bolívar y continuó Fidel –dijo Chávez–. ¡Yo soy el nuevo Fidel, yo seré el nuevo Fidel! –levantó la voz.

El doctor Chirinos lo miró con un cierto desdén, con mal disimulados aires de superioridad, como un médico calificado miraría a un orate pintoresco, y le dijo:

–Usted, como Jesucristo, como Hitler, es un líder con una marcada forma de esquizofrenia.

Chávez enmudeció.

–Usted se cree un superdotado –prosiguió Chirinos–. Y eso es porque sus neuronas cerebrales frontales están muy desarrolladas, por la educación, por habilidades propias y por la constante adulación que recibe.

–¿Y usted cómo lo sabe, doctor, si recién me está conociendo? –desconfió Chávez.

–Porque lo observo en televisión –respondió Chirinos–. Lo observo con gran fascinación, debo decirle. Es usted un hombre que ha nacido para llegar al poder, para ejercer el poder. No dudo de que ganará las elecciones en diciembre.

Chávez pidió una taza de café, una más. El doctor Chirinos se la sirvió. Chávez consumía más de treinta tazas de café cada día.

–Es usted adicto a la cafeína, ¿verdad? –preguntó Chirinos.

–Así es, doctor –dijo Chávez–. Nadie es perfecto.

–Es que usted es adicto al trabajo –dijo el siquiatra, observándolo desde su sillón de cuero negro, las piernas cruzadas–. Tiene una gran capacidad de trabajo. Y todo lo absorbe rápidamente.

–Gracias, doctor –se sintió más cómodo el comandante golpista.

–El problema con usted –observó Chirinos, a riesgo de mortificar a su paciente–, es que, como es esquizofrénico, es muy inteligente, claro, pero también muy manipulador, muy mentiroso.

Chávez guardó silencio. Nadie en aquella ciudad se atrevía a decirle esas cosas.

–Usted no es un intelectual, Chávez –dijo Chirinos–. Pero es fantástico para engañar a la gente. ¿Sabe por qué? Porque cuando miente, lo hace con afecto, con cariño.

Chávez sonrió, halagado.

–Nadie en este país miente con tanto afecto como usted –le dijo Chirinos.

–No es que yo sea mentiroso, doctor –se defendió Chávez–. Es que soy un soñador, como era un soñador mi maestro Simón Bolívar.

Chirinos se permitió una risa cínica.

–Lamento decirle que Bolívar, su admirado Bolívar, era un enfermo mental.

–¡No diga eso, doctor Chirinos! –se ofendió Chávez.

–Bolívar era un enano con una necesidad de reafirmación permanente –diagnosticó el doctor–. Creía que podía controlarlo todo. Creía que él era el

poder, todo el poder.

Chávez se sintió herido en su vanidad.

–Pero Bolívar, como usted, era esquizofrénico, y no sabía tolerar las críticas. Como usted, reaccionaba a las críticas como un adolescente, sobreactuando. Como usted, era inestable y narcisista.

Chávez se preguntó si había hecho bien en acudir al consultorio del doctor Chirinos.

–Me rebaja –pensó–. Me humilla –se lamentó–. Como es el siquiatra de Caldera, seguro que está contra mí y quiere que yo pierda las elecciones –malició.

Pero Chirinos le dijo que quería curarlo, sanarlo, liberarlo de sus traumas, para que Chávez triunfase en los comicios.

–Le voy a recetar clozapina –le dijo–. Le aseguro que le hará mucho bien. Es mi medicina favorita para combatir la esquizofrenia.

Luego se atrevió a decirle:

–Me gustaría someterlo a mi terapia más avanzada, Chávez. Es la terapia electroconvulsiva.

–No, doctor –dijo el candidato presidencial–. Me da miedo.

–No tenga miedo –lo calmó Chirinos–. Si usted aprueba, yo le aplicaré un poco de anestesia, lo dormiré y usted me hablará desde el inconsciente de los traumas de su infancia, de las cosas que más le duelen, de las heridas que no han podido cicatrizar.

Chávez se erizó. Necesitaba fumar un cigarrillo.

–¿Me va a hipnotizar, doctor Chirinos?

–No, qué ocurrencia –dijo el siquiatra–. No soy un hipnotizador. Solo le voy a aplicar anestesia. Y luego, cuando esté dormido, le voy a ajustar los neurotransmisores en el cerebro, para que usted salga de esta consulta liberado de sus traumas y su neurosis, para que salga de acá convertido en un líder más fuerte, más sabio y seguro de sí mismo.

–Duérmame entonces, doctor Chirinos –dio su consentimiento el candidato presidencial.

Chirinos se puso de pie, preparó la inyección y le aplicó la anestesia. Chávez se relajó y su respiración se hizo más profunda. El doctor le quitó

los zapatos y la corbata. Chávez cerró los ojos, como si durmiera, o casi. Luego Chirinos colocó las extensiones de su equipo eléctrico en la cabeza de Chávez y le administró una breve y poderosa corriente eléctrica.

–Nada funciona mejor que un buen electroshock –pensó Chirinos.

Dormido y en trance, dormido y convulsionando, Chávez habló desde una zona blanda, vulnerable, de su identidad, una zona anterior a su vida en el Ejército, a los golpes y las felonías, a la ambición por el poder, a los discursos caudalosos y a la política que crecía como una planta trepadora.

–Ahora eres un niño –le dijo Chirinos, sentado a su lado–. ¿Qué ves?

De pronto, Chirinos ya no lo trataba de usted, sino se permitía la confianza de tutearlo, como si fueran viejos amigos.

–Veo a mi madre –dijo Chávez–. Veo a la señora Elena Frías, mi madre.

–¿Qué más ves? –preguntó el siquiatra.

–Veo que mi madre no me quiere –dijo Chávez, y tembló de pronto.

–¿Por qué no te quiere? –preguntó el doctor.

–Porque dice que soy flaco y feo –respondió Chávez–. Dice que soy su hijo más feo. Me dice Tribilín.

–¿Qué más ves? –preguntó Chirinos.

–Mi mamá no me quiere –dijo el candidato–. Siempre está furiosa conmigo. Me dice cosas feas. Me pega.

–¿Te pega? –preguntó el siquiatra–. ¿Por qué te pega?

–Mi mamá me pega porque soy un mal estudiante –dijo Chávez–. Me pega porque no estudio. Me pega porque no me tiene paciencia.

–La paciencia es una pérdida de tiempo –reflexionó Chirinos.

–Y mi papá tampoco me quiere –siguió Chávez.

–¿Por qué no te quiere? –inquirió el doctor.

–Porque él quiere que yo sea ingeniero o matemático –dijo Chávez–. Pero yo no quiero ser ingeniero. Yo quiero ser beisbolista. Yo quiero ser pelotero.

–¿Y tu padre no acepta eso? –preguntó Chirinos.

–No. Mis padres no me quieren. Por eso me han mandado a vivir con mi abuela Rosa Inés. Ella sí me quiere.

–¿Tu abuela no te pega?

–No. Nunca. Mamá Rosa quiere que yo sea artista, pintor, y que sea pelotero. Ella quiere que yo sea feliz.

Chirinos aplicó otra leve descarga eléctrica sobre su paciente, quien convulsionó y, como le chirriaban los dientes, sangró por la boca.

–¿Y qué sientes ahora por tus padres? –preguntó a continuación.

–Yo siento una pena muy grande –dijo Chávez.

–¿Por qué? –preguntó el siquiatra.

–Porque ellos todavía no me quieren. Y todo lo que he hecho en mi vida es para que ellos, Elena Frías y Hugo de los Reyes Chávez, me quieran.

–¿Por eso diste un golpe de Estado? –preguntó Chirinos–. ¿Por eso has entrado en política?

Chávez se estremeció y sollozó, dormido, pero, al mismo tiempo, conmovido, y luego dijo:

–Sí. Yo quiero ser presidente de Venezuela para que mis padres me quieran.

Chirinos guardó silencio.

–Quiero ser presidente para que mis padres estén orgullosos de mí –dijo Chávez, llorando como un niño.

Abril, 2002

–¡Pídeme lo que quieras, compadre! –le dijo el presidente Chávez al general Baduel, pocos días después de recuperar el poder–. Gracias a ti, Raúl, salvé la vida y recuperé la presidencia.

En efecto, Chávez y Baduel eran compadres. Cuando nació su primer hijo, a quien llamó Raúl Emiliano, Baduel depositó en Chávez la honra temprana de ser su padrino. Se conocían desde que fueron cadetes en la escuela militar.

–Sería un honor ser tu ministro de Defensa –le respondió Baduel, un hombre austero, estoico, de costumbres frugales, enemigo de la jactancia y la ostentación, un individuo de profundas convicciones religiosas.

Chávez no ignoraba que había sido devuelto al poder gracias a la resuelta intervención, desde Maracay, de su compadre y compañero de armas, Raúl Baduel. Por eso, en un mitin después de recuperar la presidencia, gritó ante la multitud rendida:

–¡El general Baduel se ha convertido en un bastión de la resistencia popular, en un bastión de la victoria revolucionaria! ¡Es un héroe revolucionario!

A su lado, allá arriba, en el estrado, Baduel sonreía con humildad.

–¡Que viva el general Baduel, mi hermano de toda la vida! –gritó Chávez, vestido con una holgada camisa roja, y enseguida abrazó a su compadre–. ¡Todo ha valido la pena, Raúl Isaías, todo valdrá la pena, querido amigo y camarada!

Luego arengó a su tropa:

–¡Patria, socialismo o muerte!

Baduel frunció el ceño.

–¡Venceremos! –rugió Chávez.

De pronto circunspecto, Baduel bajó la mirada y no gritó a coro con su presidente. Veía con preocupación la amistad de Chávez con Fidel Castro, la obsesión de Chávez por perpetuarse en el poder como Fidel, la determinación de Chávez de implantar en Venezuela un modelo sin libertades como el cubano. Por eso, cuando sus comandos liberaron a Chávez en La Orchila y lo llevaron de regreso al palacio de Miraflores, el general Baduel, pocos días después, nimbado por la aureola de los héroes, le pidió a Chávez, su jefe, pero también su deudor, que firmase un manifiesto a la nación, prometiendo que no violaría el texto constitucional, presentándose a la reelección. Chávez pidió tiempo, se hizo el distraído, pero no quiso firmar la carta abierta que Baduel le propuso.

–Chávez quiere reformar la Constitución y presentarse a una reelección que sería ilegal –pensó Baduel.

–Baduel quiere prohibirme la reelección porque él quiere ser el candidato presidencial del chavismo, él quiere ser mi sucesor –pensó Chávez.

–Hugo, ten mucho cuidado con Baduel –le decía Fidel Castro a Chávez–. Te lo vengo diciendo desde que te liberó en La Orchila: ¡el único militar que puede sacarte es Baduel, el único que aspira a sacarte es Baduel!

–Estás loco, Fidel –se defendía Chávez–. Raúl Isaías es mi compadre, mi hermano del alma.

–Hazme caso, Hugo –decía Fidel, al otro lado del hilo telefónico–. No pierdas de vista a Baduel. Tarde o temprano, te va a traicionar, como a mí me traicionó Ochoa.

Chávez sentía que le debía la vida misma y el poder de mando a Baduel y por eso no dudó en complacerlo, nombrándolo comandante general del Ejército y, tiempo después, ministro de Defensa.

–Baduel nunca me dará un golpe –le decía Chávez a Fidel–. Es un militar muy respetuoso del texto constitucional. Me lo demostró cuando me dieron el golpe los fascistas y él no se plegó. Y me lo demostró tiempo atrás, cuando le di el golpe a Carlos Andrés Pérez y él tampoco se unió.

–¡Baduel es el único que puede sacarte del poder, Hugo! –insistía Fidel Castro.

Cuando el general Baduel pasó al retiro con todos los honores, Chávez le dijo, ante millares de hombres vistiendo el uniforme de la patria:

–Compañero dilecto, amigo, hermano del alma, camarada, ¡son cuarenta años de camino juntos!

Y luego añadió:

–¡Nunca nos separaremos! ¡Siempre estaremos juntos!

Un tiempo después, el general en retiro Baduel se pronunció públicamente, en una alocución televisada, contra el deseo del presidente Chávez de reformar la Constitución para introducir la reelección presidencial indefinida:

–De culminar este proceso –dijo, leyendo un texto que él mismo había escrito–, se estaría consumando, en la práctica, un golpe de Estado.

Luego sentenció, en abierto desafío al presidente Chávez:

–Quiere violar descaradamente el texto constitucional, introduciendo unos cambios fraudulentos, llevando al pueblo como oveja al matadero.

Y advirtió al país en aquel mensaje transmitido por la televisión:

–No podemos permitir que nuestro sistema se transforme en un capitalismo de Estado, donde sea el Estado el único dueño de los grandes medios de producción.

De pronto, y acaso ya tarde, Baduel percibía a Chávez tal como lo vieron sus compañeros de armas, quienes, años atrás, lo arrestaron en Miraflores y lo llevaron a Turiamo y La Orchila, acusándolo de gobernar como un autócrata que deseaba implantar una dictadura comunista. Finalmente, quizás arrepentido de haber salvado a Chávez en aquella hora crucial, Baduel dijo:

–Alerto a la nación toda para que no se deje quitar lo que le corresponde. Manifiesto públicamente mi rechazo a esta reforma constitucional.

Viendo a Baduel por televisión, Chávez pensó:

–Fidel tenía razón: Baduel me ha traicionado.

Horas después, Castro, desde su mansión de Punto Cero, llamó telefónicamente a Chávez:

–¡Te lo dije, Hugo! ¡Baduel es el más peligroso de todos, es el único que puede sacarte! ¡No lo subestimes! ¡Baduel está tramando un golpe contra ti!

–No me dará un golpe militar –dijo Chávez–. Pero tratará de darme un golpe legal. No quiere que yo me presente a la reelección, Fidel. No quiere porque sabe que ganaré de lejos. No quiere porque él sueña con ser presidente y sabe que, si se postula contra mí, yo le ganaré, ¡le daré una paliza!

–¡No dejes que sea candidato, Hugo! –le aconsejó Fidel–. ¡No lo subestimes! ¡Enciérralo cuanto antes!

Chávez perdió el referéndum para reformar la Constitución. Culpó de su derrota al general Baduel. Tiempo después, siguió los consejos de Fidel Castro y ordenó que Baduel fuese arrestado. La fiscalía acusó a Baduel de haberle robado millones de dólares al ejército. Lo condenaron a ocho años de cárcel. Baduel estuvo en la prisión militar de Ramo Verde, en los sótanos de La Tumba del servicio de inteligencia, en una mazmorra de El Helicoide y en un calabozo de Fuerte Tiuna. Cumplidos seis años y medio en prisión, y ya muerto Chávez, Baduel recuperó brevemente la libertad, pero meses después Maduro volvió a encerrarlo en un calabozo, acusándolo de traidor a la patria. Baduel pasó cuatro años y medio más en la cárcel, en celdas diminutas, apenas iluminadas por una luz blanca, sin acceso al patio, sin ver la luz del sol, sin saber si era de día o de noche, sin saber la hora ni el día de la semana, sin saber qué ocurría afuera, en su país, en el mundo, temblando de frío porque sus captores bajaban la temperatura del aire acondicionado para helarlo, pasmarlo de frío y minarle la salud. Barbudo, rezando, Raúl Baduel, con apenas sesenta y seis años, murió en la cárcel, ocho años después de que Hugo Chávez, quien fue su amigo, compañero de armas y compadre, y luego su peor y más vengativo enemigo, muriese en La Habana.

Epílogo

El general Efraín Velásquez fue juzgado por rebelión militar, meses después del golpe. Tras ser absuelto, su caso quedó sobreseído. Chávez lo perdonó porque Velásquez aupó a Cardona en la presidencia, pero, poco después, contra todo pronóstico, lo desalojó del poder, permitiendo el retorno de Chávez a Miraflores. Retirado de la vida militar, Velásquez se dedicó a dar clases de inglés en Caracas.

El general Manuel Rosado fue interpelado por la Asamblea Nacional. Meses después, Chávez, quien se burlaba del sobrepeso de Rosado, lo pasó al retiro en circunstancias deshonrosas, por considerarlo desleal.

El general Lucas Rondón fue sorprendentemente nombrado ministro de Defensa por Chávez, después del golpe fallido. Más adelante, lo designó ministro del Interior y, después, embajador en Portugal. Chávez encontró razones para ser indulgente con él y hasta premiarlo porque Rondón, estando Chávez preso, no le quitó la vida, a pesar de que tuvo varias oportunidades para matarlo.

Pedro Cardona se refugió en la embajada de Colombia en Caracas y pidió asilo, una protección que le fue concedida sin dilaciones. Cardona se mudó a Bogotá, donde dictó clases como profesor universitario.

Carlos Onega estuvo refugiado en Costa Rica y luego regresó a Venezuela, donde fue arrestado y confinado en la prisión de Ramo Verde, de la cual escapó. Pidió asilo en Lima y se lo concedieron por razones humanitarias.

El general García Carmelo fue nombrado comandante general del Ejército por Chávez, quien luego lo designó ministro de Defensa. Fue gobernador de La Guaira. Murió a los sesenta y nueve años.

El general Raúl Baduel fue reconocido como comandante general del Ejército por Chávez y luego elevado al cargo de ministro de Defensa. En venganza porque Baduel pidió públicamente que Chávez dejase el poder, este lo despachó a la cárcel con una condena de ocho años. Baduel recuperó brevemente la libertad condicional, ya muerto Chávez. Luego Maduro, sucesor de Chávez, volvió a encerrarlo en un calabozo. Baduel murió en la cárcel, torturado por no someterse al régimen.

El coronel Julio Ramírez Salas pasó a la clandestinidad, tan pronto como Chávez recuperó el poder. A pesar de que le ordenaron matar a Chávez y no quiso hacerlo en un accidentado vuelo en helicóptero, Chávez no encontró compasión en sus entrañas para perdonarlo. Por eso instruyó que se dictase una orden de captura contra Ramírez Salas, quien escapó a Miami, donde se ganó la vida como profesor universitario. Murió en esa ciudad, a los sesenta y seis años.

El expresidente Carlos Andrés Pérez murió en un hospital de Miami a los ochenta y ocho años. Su familia se enzarzó en una agria disputa porque unos querían sepultarlo en Miami y otros en Caracas. Al final, fue enterrado en la capital venezolana.

El cardenal Ignacio Velasco, quien bendijo el breve golpe de Cardona, murió con setenta y cuatro años, víctima de cáncer, al año siguiente de que Chávez recuperase el poder.

El soldado Luis Hierro fue homenajeado en público por Chávez, quien lo ascendió a maestre superior de la Armada. Tanto él como su familia se mudaron a lujosas residencias que Chávez les obsequió.

El sacerdote Baltazar Porras, encargado de confesar a Chávez estando este prisionero, fue nombrado arzobispo de Caracas y luego cardenal, por el papa Francisco.

El general Alipio Uzcátegui, quien rescató a Chávez en La Orchila y lo llevó en helicóptero de regreso a Miraflores, fue designado embajador en la República Dominicana, donde continuó siendo representante diplomático después de la muerte de Chávez.

El político Luis Miquilena se peleó públicamente con Chávez tres meses antes del golpe fallido. No se reconciliaron. Murió en Caracas, con

noventa y siete años.

El siquiatra Edmundo Chirinos fue encarcelado por matar a una de sus pacientes. Murió en su casa, bajo arresto domiciliario, a los setenta y ocho años.